

# El Inventario de las Naves

Alexis Iparraguirre

narrativa



Premio  
Nacional  
PUCP

2004

### Alexis Iparraquirre

(Lima, 1974). Estudió Lingüística y Literatura y la Maestría de Literatura Hispanoamericana en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Ganó los Juegos Florales de la Federación de Estudiantes de la misma casa de estudios en 1999.

Actualmente, se desempeña como profesor universitario de redacción y argumentación, y prepara un segundo libro de cuentos titulado provisionalmente *Light*.



## EL INVENTARIO DE LAS NAVES

# EL INVENTARIO DE LAS NAVES

Alexis Iparraguirre



Pontificia Universidad Católica del Perú  
Fondo Editorial 2005

*El Inventario de las Naves*

Primera edición, septiembre de 2005

Tiraje: 500 ejemplares

© Alexis Iparraguirre, 2005

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2005

Plaza Francia 1164, Lima 1, Perú

Teléfonos: (51 1) 330-7410; 330-7411

Fax: (51 1) 330-7405

Correo electrónico: feditor@pucp.edu.pe

Portal URL: [www.pucp.edu.pe/publicaciones/fondo\\_ed/](http://www.pucp.edu.pe/publicaciones/fondo_ed/)

Diseño de cubierta: Elena González

Diagramación de interiores: Aída Nagata

*Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.*

ISBN 9972-42-732-3

Hecho el depósito legal 2005-6304 en la

Biblioteca Nacional del Perú

Impreso en el Perú – Printed in Peru

*A papá y a mamá.  
Y a Manuel, Max y Martín, por la amistad.*



Y enarbola las páginas de los diarios, blancas y negras como el espacio cuando se estaban formando las galaxias, y atestadas —como entonces el espacio— de corpúsculos aislados, circundados de vacío, privados en sí mismos de destino y de sentido. Y yo pienso qué espléndido era entonces, a través de aquel espacio, trazar rectas y parábolas, individualizar el punto exacto, la intersección de espacio y tiempo donde saltaría el acontecimiento, indiscutible en el ápice de su esplendor; mientras que ahora los acontecimientos caen interrumpidamente como una coladura de cemento, unos sobre otros, en columna, unos encastrados en otros, separados por títulos negros e incongruentes, legibles en muchos sentidos pero intrínsecamente ilegibles, una masa de acontecimientos sin forma ni dirección, que circunda, sumerge, aplasta todo razonamiento.

*Memoria del mundo y otras cosmicómicas*

ITALO CALVINO



## SÁBADO

CUANDO LA LUNA SUBE HACIA LO ALTO, los chicos salen de a uno y se juntan a unas calles del parque. Lo cubre una tira de niebla de la que se distinguen ramajes como manos de ahogado. La pandilla decide que Carlos vaya porque es el más viejo y siempre ha tratado con los que no son del barrio y es más audaz y distingue cuándo es buen negocio y cuándo estafa. Pero esa noche hace mucho frío. Carlos se ha ido riendo, ha prometido novedades y ha empezado a soplar el viento que viene de las marismas. El olor malsano de los cangreiales los envuelve como una película vaporosa, mientras los cruzan las luces sesgadas de los faroles. De la impaciencia, Diego se come las uñas, Fernando da unas pitadas, pero quien parece que se tragara los dedos es Gabo. No tiene casi uñas. Es la primera vez que viene, lo sacaron de su taller con un par de llamadas, en verdad ni siquiera desea estar ahí, ni mirar, ni pensar, solo irse a la cama y amanecer sin ansia. Pero teme, tiembla, qué mierda, se dice. Percibe la taquicardia levísima mientras escucha apenas el silencio de las calles, el golpe de la hojarasca, y piensa, piensa sin dirección, en un dibujo que ha dejado incompleto en el taller: «Jaula de pájaros». Pudo venir de día, murmura. Ni hablar, replica Fernando, su enésimo cigarro al suelo, solo de noche se cae eso que es nuevo, el *menos*. Y qué tal. Lo ha probado la gente de Tato, más que distinto: dicen que no se ve nada, o que se han visto a diablos, a hombres con alas, pirámides con centenas de ojos, seres semejantes a dioses. Imposible, Gabo pateo. Claro que sí, Fernando se ríe, entre dientes, dicen que la hacen en Malasia... Y qué pasa con Carlos, no vuelve. No te preocupes, ha

ido y venido tres veces esta semana, se ha vuelto loco con el *menos*. Pero Gabo tiembla más, es el miedo, piensa, es frío. Llegan más vientos de descomposición, los cangrejales se le meten en las narices como pinzas y la alameda que conduce al parque parece un abismo. Si nos atrapan, se dice Gabo. Mira hacia un lado, se alza la luz azul de una patrulla. Le tiemblan las manos, frenéticamente. Piensa en jaulas de pájaros. No es una patrulla, no lo es. Nunca es nada. Y si la policía...

Nunca sucede. Carlos vuelve, caminando con las manos en los bolsillos, por la escalinata de piedras sueltas que sube desde el parque, zigzagueando entre la neblina. A unos pasos, sonrío triunfal a los chicos. A Gabo lo marea el viento. La llegada de Carlos no lo alivia, pero tampoco lo empeora. Debí quedarse en el taller, no ceder a la presión de Carlos. Cierra los ojos: la imagen se define mejor. A oscuras, ve unas jaulas de pájaros, no sabe por qué, pero se le dibuja en la mente, es una imagen de jaulas con decenas de aves chillando. Casi no oye cuando Carlos les habla. Aquí está, es *menos*, anuncia con el paquetito en la palma de la mano, mucho más veloz y caliente: miras unas cosas semejantes a muertos. Miran. Es apenas una bolsita transparente con un polvillo azul. A Gabo le parece la brillantina de los embaucadores, pero el énfasis de los ojos de Carlos, el viento, la noche lo enferma. La pandilla da vivas de emoción y Gabo solo percibe el olor a podrido del viento marino. Irse a dormir. Ni de vainas, hombre, niega Carlos, todos vamos al cumpleaños, lo dijimos, es el cumpleaños de Alfredo, ¿ya? Pero Diego, no Gabo. Te metes un jalón y te paras al toque. Pero ¿me escuchas, Fernando? Me sales medio marica, tanto por no ver a esa cojuda, a Luciana. Gabo calla. ¿Por qué siempre Luciana?, piensa. Alta, parece un caballo de humo. No debo ir. Y el aire golpea, es más apestoso, cuando la tira de niebla se espesa, los faroles parecen inútiles y un bulto con forma de hombre, luces azules de circulina, centellea calle abajo hacia el parque. La forma, que no es más que tiras de niebla, jirones como cuchillos, se lanza encima y el hombre detrás. Gabo lo mira. Centelleos. Más niebla apestosa.

Gabo solo distingue el juego de luces, aunque conoce de sobra el frío y viento de la marisma. Empuja a los otros. Nos vieron, nos descubrieron, carajo, ¡nos descubrieron!, grita. Carlos esconde el *menos* en su bolsillo, no sabe de qué huye, de la policía o del escándalo de Gabo. Y si no lo es, los vecinos llaman al sereno. Nos vamos todos a la mierda. Y el espacio huele solo a eso. Se lanza como Gabo, como Fernando, como Diego, calle abajo, a más nieblas, a alamedas empedradas de laja que se saltan como en un desierto lunar, como en una montaña rusa cuyo tren es el cuerpo que quema aire, cortado por el frío y al sesgo de las luces.

Escapan por las calles más estrechas. Al cabo de treinta, cuarenta metros, deciden detenerse. Se atropellan, torpes, mientras miran en todas direcciones. Se recriminan encabritados, mientras sale vaho de todas las caras. Carlos casi se va a las manos con Gabo, no hay nadie maricón, Gabo calla, déjalo Carlos, está loco, se paltea de nada, pero ya Carlos se abalanza hacia él. Lo hacen a un lado, se agitan por separar a Diego y a Carlos, que ahora se lían a golpes. A Gabo la taquicardia lo ciega. Quiere aire. Busca calma. Piensa en las aves, en los cuadros de jaulas con aves chillando. Experimenta entonces una emoción abrupta. Es como un líquido burbujeante que sube por el pecho, trepado a la garganta. No es un infarto, se dice, no puede ser, soy muy joven. La sensación lo destroza, es como vértigo, un abismo en los ojos, y se cae, se hace trizas. Ya paren huevones, Fernando grita, se pelean por las huevas, señala calle abajo, hacia el parque. Voltean en esa dirección: la tira de niebla se ha disuelto, los eucaliptos de la época de la colonia se alzan altos y exuberantes, algunos trasnochadores tientan desde sus balcones el aire fresco de la madrugada. Parece que ya no huele a pantano, dice Diego. Hace frío, Gabo tiembla. ¿Qué viste?, pregunta Fernando, Carlos da bocanadas. Gabo balbucea, yo vi a un hombre, dice, salía de la niebla, parecía que llevaba un cuchillo, déjalo en paz Carlos, no lo jodas, ¡está loco, Diego!, ¡está loco! Callan. Se miran, respiran con una serenidad que lentamente les enfría los músculos. Hay un nuevo griterío de vaho, hablan: nos vamos de frente donde Alberto, tengo

sueño. Vamos a la casa de Alfredo, grita, se impone Carlos, pero no de frente, por si acaso, hacemos un rodeo: Pescadores, salimos a la casa de los Linares, bajamos a San Martín y de ahí neoplásticas, a la Calle de los Sueños Perfumados. Vuelve el viento del pantano, piensa Gabo. Da dos pasos, cansado, voy a la fiesta de cumpleaños, ahí está Luciana, imposible no verla: aparece y el aire se quema. Emprenden la marcha. Diego muy calmo, Fernando enciende un pitillo, Carlos se apresura, de rabillo Gabo ve pájaros, se percata de que Diego finge y vigila a Carlos a ver si tiene miedo, y Carlos se adelanta con el paquete apretado en el bolsillo, Fernando tira el pitillo, va detrás, y Diego ya salta, y Gabo se abalanza a zancadas: odia esas calles. Lo siguen más hedor, más niebla, más jirones como espadas, y nadie.

Abre Luciana, qué es lo que haces, cómo te metes donde duerme un viejito, abre la puerta. No jodas, Anamaría. Pero... No jodas, aquí hay un espejo, qué risa, se dice, te hundes en él, hasta parece un pozo asqueroso, como el tiempo, sabes. Estás locaza, cojuda, sal, no vayas a hacer un incendio. Pero si aquí no hay luz, Anamaría, apenas una velita. Sal, cojuda, la fiesta es abajo y a Alfredo le jode que suban a fregar a su abuelo. Luciana se calla. Qué pasa. Me he pegado, qué risa, me he pegado. Piensa: pozo nauseabundo y no se sale a ningún lado, solo inmóvil al centro, inmóvil, inmóvil.

Se queda mirando al espejo, se echa a llorar. El tiempo es un estanque quieto, se dice, nauseabundo, donde nos hundimos a manotazos... pero ¿si todo cambiase?, y no... Se ve distinta en medio de la oscuridad, reflejada en el antiguo espejo de cuerpo entero. Mira atrás. Distingue la cama de metal que descubrió cuando se metió, el desbarajuste de colchas con el bulto humano encima. El abuelo respira pesadamente, como si fuese a detenerse, pero una fuga tremolante de aire al vacío golpea de nuevo. ¿Y si dejases de joder?, le dice Luciana, ¿y si ya no hubiese que esperarte?, guarda silencio, ¡no confiar, no temer que vuelvas a abrir la boca...! se exaspera: ¡pero solo das vueltas...! Parece un carrusel. El asunto es el tiempo. ¿Por qué no se acaba...?

Camina hacia una esquina y se hunde en ella. Hace frío. Aspira con fruición su cigarro. Se arregla el cabello que se le va a la cara. Hay que tirar, como dice Anamaría, tirar ayuda como mierda, las piernas abren el compás altisonante del mundo. Euforia, más, eso es, ¡la euforia! Escucha la vocecita de su amiga como tras cientos de velos de un tul muy sucio y agujereado: sales o no, cojuda, te quemas y nos jodes, ¡sal de una vez, huevona! Luciana se siente absurda, se contempla paralizada en el centro del espejo. Mira la vela que se apaga. La música asemeja una marea lejana en sus oídos, que explota en cortinas de agua a un continente de distancia.

Dan un empujón a la puerta de calle. De inmediato, se abren paso, a gritos, los que bailan saltan asustados. Carlos avanza a pasos largos por las habitaciones nebulosas de humo. Diego a zancos transpira detrás, copiosamente. Fernando sonrío y se suelta el cabello, pero la transpiración le desdibuja la cara en una mueca espantosa. Les dan manotazos, pasen, se han demorado. Un gentío baila, se agita. Los ahoga el aire viciado, las pitadas, el sonido de la música. ¡Bajen el volumen, carajo!, grita Carlos.

Qué dices, huevón, lo saluda Anamaría, lo abraza hasta estrujarse los senos, cómo les fue. De la puta madre, Carlos fuma. Si el marica de Gabo no nos anda hinchando las pelotas. No seas así, Gabs. Ve policías hasta en la sopa. Anamaría lo besa en la mejilla, cálmate, huevón, susurra. Gabo asiente. Pero la sensación se impone. Las ansias de estar en cama, como abismos en los oídos, los chillidos de los pájaros. Piensa: solo puede ser la imagen, el cuadro, pero cómo, y así. Percibe el olor a carne podrida del aire, lo descompone, le da náuseas, toda la noche sopla y sopla en sus pulmones. Anamaría hace una mueca. Huele a excremento, comenta. El imbécil del alcalde, observa Diego, más suelto, años que no deseca los pantanos. Cuando empieza *lo distinto*, Fernando aspira humo casi como desesperado. No hagas escándalo, cojudo, lo congela Carlos con los ojos, parecen lanzas, si todos saben no hay para nadie. Anamaría cierra la puerta, el

viento apestoso parece incapaz por ese instante de cruzar dentro. ¿Has visto a Luciana?, pregunta Carlos. Está loca, maldice Anamaría. Otra más, dice Carlos. Se ha pegado con el espejo, habla del tiempo, esa mezcla que ustedes dos fuman es psicodélica, es *bad trip*. No le avises que he llegado. ¿Y el *menos*?, insiste Fernando. ¡Calla, huevón de mierda!, con la mirada de furia Carlos lo fulmina. Ahí viene Alfredo, dice Anamaría. ¡Putra madre, qué gusto, muchachos!, Alfredo aparece, lánguido, asemeja un payaso en zancos, columpiándose de lado a lado, los pelos de esponja, los ojos saltones, el vaso de vodka, la pandilla de mierda, estalla, ya vienen a malearme la jato. Carlos se caga de risa. Le da un apretón de manos, un abrazo muy fuerte, mi pata. Diego, lo zamaquea. ¿Y Melissa? En su casa, ya sabes, el mes, se explica incómodo. Son estupideces, Diego, ¡son estupideces! ¿Y Nando? Ah, hijoputa, lo husmea, ya córtate el pelo, pareces marica. ¡Hola chata! ¿Mi beso?, le exige a Anamaría. Ya te saludé, Alfredo. Pero siempre es bueno abrazarte, Anita, tienes unas tetazas. Anamaría se desternilla de risa. Diego se sirve un trago y Fernando da vueltas, mira entre Waldo y: ¿dónde mierda está Carlos? ¿dónde mierda...? ¿Qué pasa?, Diego da un trago de vodka, la garganta le quema, los nervios, la carrera rodeando casi diez calles. Ese cabrón de Carlos, ¡por la puta madre!, se lleva el *menos*, ¿dónde carajo está?

Gabo se alza y comprueba que las piernas le tiemblan. No corro desde que salí del colegio. Extiende una mano y se apoya en una columna, por qué, me está pasando algo y no entiendo. Ese es mi Gabo, le dice Alfredo, se abrazan, matándose de risa, incluso Gabo suelta la carcajada de retrasado con que tanto lo joden, pero de improviso la sensación, la incomodidad de un olor, de una imagen que debe salir de su pecho y no la expulsa ni a arcadas de dedo hasta el fondo de la laringe, lo abruma, lo hace escupir. Puta, huevón, toma aire, no te malees, dice Diego. Lo jala hacia el livin, donde hay menos gente y más aire. Sabes qué, cholo, cuídate. Lo deja. Gabo se sienta, por un instante aspira mejor el aire. Mi casa, piensa, no salir, no respirar el hedor ni el humo ni el asco. No ceder a la

tentación de ver a Luciana, tentación inútil, ni más ni menos que en otros instantes y lugares (yo fui gentil, Gabo, pero Luciana, tú te lo inventas todo, magníficas gentilezas tus senos, Luciana). Asco, esa imagen a través de los ojos, los chillidos. Va hacia la puerta de calle tras la niebla de los festejos y cigarros, y busca el viento fresco de las tardes. Delante de sus ojos, como si diera a luz un feto que lo desencaja de las caderas, lo tasajea a cuajo, se le atraganta la imagen, y son sus abominables movimientos en un océano quieto y sin agua. Se desgañita de dolor. Sin tiempo, solo percibe el vacío de la imagen. Es una jaula de pájaros, pintada hasta en la minuciosidad de sus graznidos. Qué asquerosa, metálica y encajada ahí, en el cuello. Gabo jadea compulsivamente, sin salida. Cae hacia la ventanilla de la puerta de calle y con un manoteo la abre. Saca la cabeza y siente el aire de la noche. Apesta menos que cuando en el parque. Se calma. Abre los ojos que ha cerrado para disfrutar la frialdad. Mira calle arriba. La tira de niebla está ahí. Pero no es la familiar humedad, blanca, transparente, inocua. Las volutas asemejan cabellos, hay copos de bruma amoldados como cabezas humanas, despeinadas crines de niebla que se alzan tras quijadas batientes de potros salvajes en medio de una luz que se abalanza. Y ahora se detiene sin aviso y Gabo distingue las alas desplegándose, las cabezas y las crines, las espadas. La niebla se licua, desaparece, se va, pero deja esa luz y ese ademán de la niebla que es él, la silueta misma. ¡Ahí está, carajo, es él!, jalonea de las camisas con el escaso aire que le queda en los pulmones y corre hasta la sala, y ¿quién?, ¡ahí!, le indica a Diego, se le cuelga de los hombros, lo jala, ¡ahí está el hombre del parque!

Diego parpadea, lo sujeta, mira hacia Fernando, pero no tiene que intercambiar palabras. Sabe lo que él piensa: pobre cojudo, está bien loco, pero nunca se sabe, alega Anamaría, de qué hablas, esta es mi casa, se indigna Alfredo, ese huevón quemó hace años, no seas huevón, ¡afuera no hay nadie, carajo! No te pongas en plan de cojudo, habla Diego, se hastía, asómense de una vez. Anamaría se adelanta en la media luz y husmea sin suspensos. Fernando bufa: ¿y Carlos?,

dónde está, ¡es un hijo de puta! ¡Yo lo vi!, dice Gabo, ¡era el hombre del parque! No hay nadie, dice Anamaría. Ya ven, se exaspera Fernando. Estás cagao, loco, huevón, le dice a Gabo, lo sienta, cálmate Gabo, Diego suspira, ¿quieres, por favor? Fernando sacude el pelo, Carlos, murmura, con los ojos saltando de un lado hacia el otro, ¿dónde mierda? Insiste, ahorita el *menos* ya fue, es historia, está en la nariz del muy hijo de puta. ¿Qué es *menos*?, dice Anamaría, Fernando aspira su pitillo ¿Eres tan vicioso que la cagas?, piensa Diego, lo fulmina con la mirada, no contesta. ¿Qué es *menos*?, insiste Anamaría. Fernando fuma, al carajo. Es la vaina, la más... La música. Dile huevón, pero Diego, ya empezaste, carajo. La trae, no sé quién... ¿Y?, se le acuña Anamaría. La mueven bastante, está en todos sitios. Pero no se sabe nada, Fernando aspira. Se habla, dice Diego. Un inglés en Malasia, George, pero él no es, Fernando, niega Diego: se bajaron su jato, nadie vivía ahí como en miles de años. Malasia no es, bufa, pero dónde. Había una página web. Era clandestina, pero ya la sacaron. La colgaba un tipo que usaba un alias extraño, bien orate: Yavé... Es un chiste. Preguntas «¿Ya ve?» Y vas y ves y no hay nadie. Parece un alunado. Y cómo es, dice Anamaría, el *menos*. Carlos sabe, maldice Fernando. Pero es, tira el cigarro... no sé. Hay un chinito en internet, vivía en Bangkok. Estaba quemadazo. Vio, uno... bien, qué creer... Eran tonterías, Fernando. Dice que vio grandes estelas de fuego, torres altísimas y una criatura de cuatro cabezas. Qué, salta Anamaría, con los ojos dilatados. La criatura tenía lenguas de estrellas, y cada una de sus cabezas era de león, de toro furioso, de águila al vuelo y de hombre, y todos juntos a la vez. De qué hablas. Con seis alas y mil ojos. Qué... Dicen que el apóstol Juan se metía *menos* para escribir el Apocalipsis, Diego se mete. Y entonces el chino se loqueó. ¿Sobredosis? No, eso no. Se dio vuelta. No entiendo. Se tiró de un piso cincuenta, la cabeza fajada en plástico y explosivos. ¡Qué! *Voilà*, lluvia de sesos sobre Bangkok, qué asco.

Mitos, Diego traspira. Aquí Carlos, Tato, su gente, jalan tres veces por semana, sin miedos. ¿Y? Se alucina, yo no lo hago mucho. Pero parece lo mismo al

comienzo. Ves como torres y espejos, pero puede que no sea nada, o sea algo nunca visto. La vaina, dice Fernando, es que la policía la huele a distancia, y va detrás, y el pendejo de Carlos nos lleva a todos de escudo. Debe ser para todos. Pero se esfuma el imbécil. Cálmate. Me friega que me usen, maldita sea. Sé dónde está. Qué. Mira a Diego como a un oráculo. Sí, está en la cocina. Qué. ¿No te das cuenta? Es la única puerta cerrada.

¿Qué cambia?, le dice Luciana al abuelo, y cierra la puerta y se va, a saltos, por el pasillo. Nada en las vaharadas de humo que filtra el piso de madera canalado de rendijas luminosas. ¿Cuál?, se dice. Se tambalea de lado a lado a la vez que escucha el crujido de la madera y las voces que suben de abajo. Parece que el tiempo fuera a acabarse, piensa, pero esa sensación es un engaño. Fuma. Qué pegada. Es como un capullo imposible. Se apoya en una viga, el pelo contra la cara. Te deja atrás, pero sigues en él, qué locura. El tiempo. ¿Qué persiste de mí ahogándose inmóvil en el fondo del pozo en que estamos? Se ríe, avanza a tientas. Es el humo. Coge el pomo de la baranda. No acaba. Baja escalón a escalón. Hola, Luciana. Hola, saluda a alguien a quien no conoce. Me engaña, me miente esa voz que me da esperanzas. Baja. Y dice que de lejos viene el estremecimiento, el fin. Es un filo de cuchillo, un ala agitada, suena a golpe de caballos.

Hola, Gabs, dice Luciana. Lo contempla tumbado en el sofá del livin. Hola, Luciana, contesta. Saca un hilo de voz del vodka y el aire viciado de las voces de todos que lo ahoga. Cuánto he tomado, piensa. Ignora si está ahí hace cinco minutos, una hora o toda la noche. Apenas parpadea, los pájaros se le meten en los ojos y se le van a la garganta. Otra vez, no entiendo. ¿Qué haces?, le pregunta Luciana. Como pájaros, contesta. Se le traban las plumas en las amígdalas. Qué curioso, piensa, al fin, el instante. Pero el humo, el hedor a alcohol del cuerpo de Luciana que se sienta a su lado, que no le habla de nada lo desespera, lo llena de una sensación de vacuidad que es material, como si ella fuera un signo extraño que no se lee porque no es nada. Esa cara tan cerca no es nada, es

un balde vacío en el desierto. No dices nada. Tus palabras, tu imagen no tiene agua dentro. Y las palabras se despliegan como anguilas: te extraño, o te quiero, qué dices, no se oye por el escándalo. No importa lo que yo diga, Gabs, nunca es lo que quiero, por qué, pero lo pienso. Yo tampoco, no te quisiera aquí, dice Gabo, y así es, el desapego de ti, que no me dices nada, el asco del aire, y no se oye sino el sonido de la música dando codazos en las sienes. Pero Luciana cree oír, y lo mira con la cara hacia atrás, asustada, como si reconociera a un íntimo, a alguien que es desconocido y de pronto es cálido porque escucha su voz que se escapa contra la almohada. Y es de noche. Ella se para, se va a otro sitio, cómo me puede escuchar, Anamaría, dónde estás, cómo él.

Ah, los espejos, los veo. ¡Abre conchatumadre! Carlos da una aspirada fuerte, inclinado sorbe la mesa de diario. Ahora vienen las torres, o nada, lo que solo es mío. Puta madre, ¡Carlos! Cagaos, piensa, qué saben. Esto es inexplicable. Ver a Dios. ¡Abre, huevón, o te bajo la puerta! Hay que cantar el cumpleaños feliz, Fernando. ¡Cállate, Anamaría, carajo! ¡Quiero el *menos*! No entienden nada, mierdas. No lo conocen. No lo viven. Fernando mete el hombro, patea. El *menos* es justo el filo de un lanzallamas. ¡Ya te cagaste, conchatumadre! Late tras los ojos. Extiende otra narigada exacta sobre la mesa ¡Para, que nos mandas a la mierda!, Diego lo sujeta, ¡con el escándalo llaman a serenazgo! ¿Qué pasa, Anamaría?, Luciana la coge del brazo. Nada, contesta. ¡Está bien!, Fernando jadea, ¡pero ese huevonazo, ese hijo de puta! No saben nada, pero ¡yo no me muevo! El *menos* es fuego...

Vamos a cantar el cumpleaños feliz, dice Anamaría. Jala a Luciana de la mano. ¿Y el obsequio?, Luciana se agita, ¿será? Ya ni sé, Anamaría sonrío. Grita, ¡a cantar! Las apretujan, Diego baja el volumen del estéreo, todos abuchean, pero Anamaría habla sobre el griterío, son las doce, hay que cantar el japi berdi de Alfredo, y se agolpan en la mesa. No se apiñen, carajo, se queja Diego. Ya

vente, apremia Anamaría a Fernando, pero él no se despegaba de su sitio. Hay rezagados, vienen tumultuosos por la escalera. Luciana anima, vengan, cantemos, y no sabe a quién le está hablando o animando, qué infierno ella misma, piensa.

Qué pasa, se dice el abuelo. Abre los ojos, está en su cuarto. Sin más, entiende quién es, qué hace ahí. Es como si el viento hubiera cambiado de dirección, como un carrusel que se deshilvana veloz de su eje y salta al vacío. Jadea. Es que mi cuerpo *no ocupa mi espacio*, piensa y no se entiende. Qué ha cambiado...

¿Quién ha llegado?, pregunta Gabo. Yo no sé, fácil que nadie fue, dice Alfredo. Lo jalen a la mesa y le tira el vaso de vodka casi encima. *Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz*. Sí, ha sido alguien. Gabo se yergue. Qué pasa. Ah, no de nuevo, están sonando. Se lleva la mano a los oídos. ¡Los pájaros! Toma aire. Si aspiro a pulmón abierto, los pájaros se van. Pero siguen gritando y continúa escuchando el vacío de esa imagen. Avanza. Es un globo de aire apestoso atrapado en sus amígdalas. No entiendo, de qué soy culpable, gime. La sensación lo asalta desde el estómago. Además, la taquicardia y los chillidos de las aves. Quiere vomitar, y esa jaula no saldría así se metiera treinta dedos a la boca. Apúrate, lo llama Anamaría. La habitación se le figura una mancha oscura, limitada por estrías de luz. Todos lo apretujan, siente el pulso de sus hálitos. Están los cantos de los pájaros ondeando en el aire, qué sensación. Ese. *Que los cumplas felices*. Distingue a Luciana, a Anamaría, agolpadas contra Alfredo. Las aves agitadas son un laberinto de colores, sus graznidos. ¡Alto!, quisiera gritar. Solo que la jaula obstaculiza, atraganta, taponando la base de sus cuerdas vocales. Diego, jese es Diego...!, y ese. No... Entonces lo ve. Es el hombre del parque. No puede ser sino él. Lo embiste su aura de vacuidad, ese compás, la parsimonia de una espera que se anuda y es plástica y compleja. ¡Es él!, ¡mírenlo!, quiere gritar, pero no se escucha a sí mismo. Y ese, el hombre, camina entre los muebles como si

los partiese con una espada y apenas si los toca con un ademán impreciso. ¡Ese es! Lo sigue con los ojos: se sienta en un sofá y su perfil se deshace de inmediato con el contacto, se recompone al siguiente y se ensambla a cada segundo, es de velos, o de humo. Pero, además, es un cambio que descompone desde los intestinos. ¿Y todo cambia sin motivo?, dice el abuelo, da vueltas en su cama, ¿acaso es ese monigote oscuro la causa? Me dan ganas de saltarme de golpe hacia dentro y dejar de ser quien soy. Pero ¿quién es?, se desespera Gabo. ¡Se ve a Dios!, ¡¡puta, se ve a Dios!!, grita Carlos, ¡tiene miles de ojos! Gabo se detiene a su lado. Pero es como si lo tuviera de frente. El hombre está hecho de pliegues, siente su silueta sin luces que sisea. Si se aguza la vista, el espacio bulle de murmullos, de distancias que asemejan siglos: escucha aves graznando, voces humanas. Y entonces toca al hombre, sin pensar. Un laberinto de luces le cae como un balazo entre los ojos y sabe que ya nada desde ese instante se detiene, que hay un tobogán entre sus amígdalas, los latidos, las espadas, la jaula de pájaros y ese hombre que los envía contra un muro a velocidades imposibles. Es el fin, piensa.

Las velas se apagan. Alfredo sopla insensato. En el tumulto, la pandilla aplaude, silba. Feliz cumpleaños, carajo. ¡Regalo, regalo!, grita la gente. Diego bufa hastiado, piensa, me quito. ¿Lo hacemos, cojuda?, da un codazo Anamaría, en medio del zafarrancho de felicitaciones; ¡lo hacemos, carajo!, boquea Luciana. Ambas se quitan los polos, empujan a Alfredo a manotazos, contra un sofá, golpean sus senos contra la cara de Alfredo, que los coge a las malas con los labios mientras le tiran vodka a la cabeza, el hombre, dice Gabo, lo ataranta el griterío, regalo, dice Anamaría.

Entonces empieza el fin. Nadie sabe cómo, aunque Gabo lo tiene claro, pero no es una línea de tiempo o espacio, ni aire. Alfredo lo señala. ¿A este huevón qué le pasa? Diego le desbarata el pelo con las manos: ¿Qué tienes? ¡Está locazo el huevón!, vociferan. El abuelo, en la cama, dice ¡Son los pájaros! Gabo balbucea: ¡necesito más distancia...! así el vómito de plumas que sale de mi boca no me va a ahogar. ¡Está loco! Hacen sitio en medio del humo. Alza la cabeza. ¡Ahí está!

La ondulación, la distingue clarísima, se mueve como una gota de agua que se expande desde el centro de un pozo: hace ondas las siluetas de las caras, los muebles desvaídos, los objetos más ínfimos. La casa ya no le huele a madera, a alcohol o a pantano. Es él: ¡ahí está!, ¡ahí, carajo, sus mil ojos, sus alas, su aliento de muelle, puta... tiene cadáveres en los ojos! Carlos gime, el polvo azul en los ojos, ¡miles de cadáveres!, ¿acaso no lo ven? Las sillas se van de lado, estruendo al unísono, sin motivos, y una cortina de filigranas polvorientas se rasga desde los flecos. ¿Qué mierda pasa?, salta Fernando, Luciana mira como animal asustado, desconcertado por los espejos de un mago, repite sin ton ni son ¡qué sucede...!, pero también a ella la hipnotiza la espesura de túnel que inadvertidamente adquiere la atmósfera. Gira buscando su fuente. Piensa: «No es engaño», la huele. «¡Es la voz...! Se siente como si se nos metiera en los pulmones... no miente». «Yo me voy», piensa Diego. «¿El cambio es el fin?», se agita Gabo, mientras los pájaros picotean en lo alto sus brazos, buitres, y han adquirido la consistencia del vidrio. El abuelo jadea, quisiera vocalizar sí. Hasta combate el tirón de vacío, como un músculo o una soga que asciende en el cuello, estrangula, se afianza al aire que no tiene. Gabo piensa: ¡Cuántos graznidos! ¿Qué sucede, carajo?, vocaliza Anamaría, lanzada contra los muros como por una catapulta, las manos en alto. ¡Es el hombre del parque!, anuncia Gabo. ¡Mírenlo! Ahí está. Se distingue un segundo, casi ni lo ven, pero se extiende al modo de los ecos inacabables: altísimo, sin gestos, desenvaina la espada, las alas se despliegan, y los alcanza el laberinto de luces de todos los ojos como balazos. Carlos gira y el brillo azul tras sus ojos se vuelve el enviñón del mandoble del hombre y casi ni lo reconoce: ¡El de las...!, piensa, cuando el golpe de sangre de la nariz, la cabeza seca contra el piso, el suspiro, y Gabo, exhausto, insiste en gritar: ¡cuántos pájaros! Luciana piensa: «¡El tiempo acabó, el estanque desapareció!», da un paso hacia atrás, empuja a quien sea, y el mandoble, «¡y yo nado, impecable...!». A Gabo lo sobrepasa el combate de los empujones, los vidrios de ventanas sucesivas que crujen en una oscuridad abisal, el griterío devastador del miedo cósmico. Jadea. «¿Podremos

hablar...? ¿Ya?». Tumbándose, algunos se alzan a manotazos para asirse a un espacio que ya no existe. Vociferan sin dirección, se empujan mientras los despedazan, se alzan, baten puertas. «Son los pájaros chillando», Gabo gime, apenas antes de la vuelta de la hoja blandiéndose en lo alto, la embestida horizontal, el silencio.

## HOMBRE EN EL ESPEJO

MÓNICA DESPIERTA TARDE, luego del mediodía. Se sienta en la cama, bota las sábanas con los pies y bosteza. Se mira en el espejo. La piel blanca, los ojos pequeños, la faz perfilada a cuchillo. Se peina, decide hacer algo. «Lo que sea», piensa, «ya cumplí dieciocho».

Entonces ve al hombre. De pie, entre las batas. Tiene la cabeza ancha, la piel oscura, los ojos hábiles para escudriñar movimientos. Viste un sobretodo largo, talar. Mónica deja el peine, reprime su primer impulso: gritar, salir corriendo. Sabe muy bien que nadie puede entrar a su cuarto. Ni se molesta en voltear.

—No existes —le dice.

Pero el hombre en el espejo no hace caso. Siente el peso de su mirada.

Mónica parpadea. «Esto va a desaparecer». Y con los ojos violentamente abiertos lo ve de nuevo. «No quiero». Él asiente con su aire de fantasma y desaparece.

Cuando baja a desayunar se da cuenta de que el hombre la sigue, camina a su lado. Lo observa a través de las consolas que flanquean las escaleras. Mónica acelera el paso, salta de un escalón a otro, sin fijarse. En el descanso, dos espejos confrontados lo reflejan sin pausas. El hombre se mantiene un par de metros detrás, silencioso. Mónica finge ignorarlo. Ojea unos periódicos olvidados en el sofá y acomoda dos miniaturas del centro de mesa. Quiere oler el aire fresco que viene del jardín, lo único capaz de animarla, y solo ahoga.

Se sienta en el comedor, en el sitio de la cabecera frente al antiguo espejo biselado. Una vez más, el hombre la acecha como una emanación indeseable del sueño; se inclina sobre el respaldo, las manos perfectas sobre la cima del tallado.

—¿Qué eres? —le pregunta Mónica.

El hombre mantiene el mutismo. Sola la mira.

—¿De dónde vienes? —insiste Mónica, con la voz que se le parte.

El hombre habla con un sonido de vidrio crepitante:

—De otro lado.

Ella se estremece por el tañido de su voz, pero opina para no desmayarse:

—Parece un cuento de niños.

El extraño no replica. Cuando la madre de Mónica trae la comida, permanece inmóvil. Como intuye, su madre no lo ve. Da cucharadas a la sopa, mientras el hombre continúa detrás, prendido al respaldo.

Mónica se desliza al desván abandonado donde su madre acumula antigüedades. Es el corazón del polvo de la casa. «Aquí no está», se sofoca. Al lado de la figura de una virgen de yeso, ubica un espejo sucio. Mónica lo limpia con las manos. Distingue su perfil. Y ve al hombre.

No resiste. Tiene el aliento convulso:

—¿Por qué no te vas? —chilla entrecortada.

Su respiración opaca el reflejo. El hombre solo se encoge de hombros.

Mónica contiene un grito. La hastía. Sostiene el espejo para hacerlo añicos con la presión de sus dedos, pero no puede y lo golpea contra la esquina de una vitrina. Luego, se pone a llorar. Se hunde contra la vitrina, sin dejar de sentirse ahogada, enajenada en un mal sueño.

Entonces percibe que la miran. Abre los ojos. Incrédula, observa al hombre que se afianza, silencioso, sobre los travesaños del techo, en posición invertida, por completo libre del límite del vidrio e inmune al peso de los cuerpos.

Mónica no es capaz de gritar. El espanto la inmoviliza.

Se escapa de él o eso pretende. En el laberinto de opciones, presiente la necesidad de dejar la casa. Sale al aire libre como animal expulsado de su cueva. Da botes entre los espinos liados, le parecen garabatos, agitada, a cada paso en esa maraña. «La alameda no tiene paredes», se le ocurre, sale del jardín exterior. Encuentra el camino casi sin mirar. Es un paseo inacabable, gris, de árboles moribundos y solemnes, encajonado en calles que siguen la pendiente hacia el mar. Salta por costumbre las escalinatas. Busca que el esfuerzo físico le impida percibir sus pensamientos.

El hombre del espejo la sigue, caminando por las casas y los balcones en perfecto paralelo al suelo.

Mónica se rinde. Se apoya en un árbol. No sabe que decir. Le habla:

—En invierno vengo con Ton.

Sabe que no se va a librar de él.

—Yo estoy con Ton —continúa a tientas.

Él la sigue a su paso. No le presta la menor atención. Mónica sabe que no avanza, no camina hacia ninguna parte. Habla sin objeto, balbucea:

—Ton... es un apodo, ¿sabes...? Se llama Washington.

Mira al hombre que se detiene un instante como ella, el aspecto invariable. Intenta esbozar una sonrisa, aunque le apetece llorar. O gritar.

—¿No te parece feo... Washington?

Entonces él asiente con la cabeza.

—Es horrible —dice.

Mónica suelta el aire, mira las casas, agita la cabeza.

—¿Qué hacían? —pregunta él.

—Corríamos —contesta—. Nos íbamos de aquí hasta la playa.

—Corramos —propone.

La sorprende como siempre. No se puede imaginar esa palabra de desafío en esa criatura. Asiente, sin calcular nada.

—Ya pues —se ríe—. ¡Ahora!

Empieza a ir alameda abajo con todo lo que pueden sus piernas. El hombre da grandes trancos sobre las paredes, sobre las puertas y las salientes de las ventanas. Mónica se empieza a reír, como acostumbra, de su propia agitación. Mira a su lado: solo distingue el sobretodo convertido en una mancha de tela ondulante atravesado de las luces del crepúsculo, justo detrás de ella. Y no la alcanza. Ve cómo el hombre se abalanza, cómo se hunde en las aspas de sus manos y el gesto desesperado, boquiabierto, de quien sabe, sin aviso, que el piso se le acaba, que las casas y las paredes no siguen hasta la playa, y se cae de narices.

El extraño apenas puede asirse con gesto agónico de un poste, impotente, para no desbarrancarse. La mira, componiéndose el traje, y se encoge de hombros, ligeramente incómodo.

Mónica no sabe qué hacer. «Qué bien», chilla de alegría por dentro, le saca la lengua. Se acerca aún jadeando al margen de la alameda.

—Te gané —le dice, sin pensar si todo ello es sensato o adecuado.

Él se encoge de hombros.

—Creo que me libraré de ti —se ríe ella.

—¿Cómo?

—No sé.

Ahora Mónica se desentiende. Mira a otra parte.

—Pero ya me das risa. Es el primer paso.

Él niega con la cabeza, sin énfasis.

—El primer paso es que ya no sientes miedo. Debes de aprender de esto. Falta muy poco tiempo.

—Ton se va en verano a la casa de playa de sus viejos —dice Mónica—. Va con los gemelos y el grupo de Gabo.

En silencio, se han ido caminando junto al mar. Mónica se ha metido en una de las casonas señoriales vacías y en escombros que se extienden por el malecón. Avanzan en una habitación a oscuras. La luz del exterior apenas penetra en haces polvorientos que parecen tasajearlos.

—¿Por qué no fuiste con tus amigos?

—No sé.

Se descubre incómoda, perturbada. «¿Qué sé, maldición? ¿Qué importa? ¿A quién le interesa».

—Tal vez sea mi carácter.

Se percata de que el hombre ha adoptado una vez más una actitud ausente.

—No lo sabes, pero viene un viento —dice él, tras una pausa que por primera vez Mónica no interpreta como un acoso—. Lo esperan, pero no lo saben.

—Aquí no hay vientos —lo mira, con cierto desasosiego—. No corre ni brisa.

—Vendrá un viento.

Mónica pestañea, sin entender de lo que habla, pero la coge un escalofrío:

—Yo solo espero que Ton vuelva.

—Es muy tarde —dice él, alzando los hombros con desdén—. Tú ya te has ido.

—¡Yo estoy aquí! —protesta, exasperándose.

El hombre hace una pausa y voltea a mirarla.

—Andabas lejos. Por eso me hallaste.

Ella calla, asustada.

Algunas tardes repiten la carrera. O él bromea que le enseña a caminar por los techos. Aunque le tiende la mano, instándola a subir, no baja de ellos. Y a Mónica le asusta imaginar en qué consiste el equilibrio cabeza abajo. Además, no puede colocar la zapatilla en el tapiz. Tiene pánico de mancharlo. A veces las

discusiones llegan al escándalo. Cuando su madre piensa en ella quisiera saber el porqué de la bulla. Mónica no tiene nada que hacer y no la frecuentan sus amigos. Pero cuando se asoma al cuarto la distingue conversando sola sobre la cama con el espejo o con el techo. Se aleja porque la experiencia dice que es mejor no meterse.

Las mañanas transcurren límpidas, las tardes son cálidas en la habitación de Mónica. Esa mañana, el cuarto es un hueco pulimentado de calor, las sábanas tibias al contacto de su cuerpo. Mira de inmediato al espejo.

—Hoy viene Ton —le dice, soñolienta, y sonrío—. Habrá una reunión en la casa de los gemelos.

El hombre hace un ademán:

—Tienes cara de esperanza.

Mónica se ha habituado a sus comentarios inadecuados. Hace insinuaciones que no conducen a nada o constatan un miedo básico que no quiere entender.

—¿Cómo es eso? —le dice.

—Es el rostro abierto. Cuida tu esperanza. Se escapa por rostros así.

Mónica abraza una almohada, de pronto sensible al frío. Sabe que baja de la columna, de adentro.

No replica. Se pregunta por qué el hombre parece gozar elaborando esas frases que la hacen sentir mal. ¿Acaso no es un sadismo compartido? Porque ella las acepta en silencio.

—¿Eres mi amigo? —le pregunta, con la mirada húmeda.

Él no contesta.

Mónica se siente furiosa. Piensa que la camaradería es una farsa. Sí, en verdad él no existe, es un pedazo de vidrio. ¿Por qué no actuar con cordura? ¿Por qué no rechazar esa alucinación que le produce angustia y a veces pánico?

Pero le murmura afligida:

—Si eres mi amigo, no deberías ser cruel.

El hombre solo la contempla despacio:

—Si no fuera cruel, estaría mintiendo.

Se queda muda. Intenta pronunciar unas palabras, pero quiere llorar. Antes de que haga una cosa o la otra, él se adelanta:

—¿Me vas a invitar a tu fiesta?

Entonces, a ella la vence la risa y tiene ganas de saltar a abrazarlo.

Baila muy lento. El aire hiede a cigarro y a licor. Los golpes del piano y el silencio imponen una melodía difusa. Se suceden simulaciones de chillidos humanos, una trompeta en sordina. Los Cadillacs tocan jazz en el tocadiscos de los gemelos. Mónica experimenta a la vez el alcohol, la melodía, la trompeta.

Perfila con las manos el cuerpo de Ton. La saca de las sombras. Un contrabajo licua dos notas, resuena y los mece. *Estoy soñando que llega mi muerte*, canta Vicentico, *estoy soñando que veo la suerte*.

La tarola golpea los versos. Mónica escucha el cencerro como si fuese un vahído.

*Cuelgan guirnaldas de luz en la noche y hacen fiesta en toda la calle.*

Ella apenas si baila.

*Yo me despido que me lleva la muerte... ellos me abrazan y me dan buena suerte...*

Se desata el doble bombo, el procesador de efectos. Galopa una marea de cuerpos en colisión. Una voz con distorsión brama: *La Santa se soñó con llagas, con llagas. Lejos de la carne, torturada lloró... ¡su visión premonitoria!*

Mónica se esconde en el bulto de los brazos y piernas. Parecen lanzados por fuerzas irreprimibles. Ella también se lanza sobre los otros, sin detenerse un instante a reparar en la confusión de sus gestos. El aire es una llanura tumultuosa, que hormiguea a saltos, colisiones, penumbra.

Mónica aparta a Ton en un respiro.

Conversan con la música disuelta y los muchachos sumidos en una contemplación laxa del humo.

—Estás raro —le dice ella. Lo mira con los ojos tristes, le pasa un trago.

—Tú eres la rara —replica Ton—. Pero ya arreglaremos más tarde. Sonríe. A Mónica la agota la atmósfera. La envuelve como una banda elástica.

Cuando el escándalo y el humo se dispersan, distingue un espejo oval. Se examina sentada en un sillón contra la pared, la cara macilenta, las rodillas tocándole el mentón. Por instantes, la cubren los cuerpos imprecisos de los bailarines. El hombre aparece ahí.

Inmutable, posa los ojos sobre ella.

—¿Ves algo nuevo? —inquire, traspasando el vidrio.

Mónica se demora en contestar, pues no admite el juego de sentidos. Sin embargo, sabe que es la única contestación posible.

—Solo tú —dice.

No quiere pensar. Le hace un ademán muy elaborado para bailar, como en las películas de fiestas. Él la mira escéptico, pero acepta. El vidrio tiembla mientras su mano lo traspasa. Toca los dedos de Mónica. Ella siente que su mano es cálida y tiembla.

—¿Por qué no sales en el techo?

Él no contesta.

«Sí puedes caminar como todos», piensa ella, divertida «pero es otra lección: perspectivas distintas».

Gira al ritmo del hombre, que la conduce de la mano. Muchos se ríen al ver un baile pasado de moda, ejecutado de esa manera.

—Como siempre, Mónica ha tomado de más —dice Ton.

Mónica baila con los ojos cerrados. Cuando los abre, descubre, espantada, el espectáculo que dan los gemelos. Pedro y Manuel se están imitando especularmente. Los escruta un grupillo bullicioso en busca de fallas. Los movimientos más nimios se copian: la dirección de la pupila, el estremecimiento de los músculos. Mónica mira al hombre. «Me pasa lo mismo», piensa. «Me engaño. No existes».

Fuerza la mirada y no lo ve. Queda inmóvil. Quiere echarse a llorar sin motivo. Ton la detiene en los giros desbocados de loca. La fiesta se acaba.

Mónica camina de amanecida junto a Ton por la orilla del mar. Se tumban. Se empujan. Ton quiere que esté de humor. Ella piensa en juegos de espejos. «Estupidez», se calma, humedeciendo los pies en la arena. Finalmente, accede. Ton la acaricia de a pocos. Mónica percibe los murmullos que provienen de su cuerpo acicateado.

Cuando Ton la posee en los movimientos convulsos de sus piernas en alto, Mónica se queda fija en sus anteojos. El hombre destella en los reflejos. Lo mira sin curiosidad, pero sin salida. No puede seguir. Abandona su cuerpo y sus movimientos en brazos de Ton, que la aprieta. Se imagina que todo apesta, incluso ella misma. Se hunde, llora gimoteando, en silencio.

Se detiene frente al espejo del cuarto. Solloza:

—No entiendo nada...

El hombre en el espejo la atiende sin inmutarse, en medio de la oscuridad, de la habitación silenciosa. Como en un sueño, sabe que mueve los labios.

—Vendrá un viento.

Mónica se exaspera

—Yo no siento viento.

Tiene ganas de patear el espejo, gimotea.

— ¡Yo solo siento asco! ¡Asco de todo!

Lloriquea y, sin motivo, sigue empalideciendo.

«Una crisis nerviosa, se entiende perfectamente», explica el médico de la familia. «Con los antecedentes de Mónica es completamente normal».

Mónica oye voces disueltas tras el sueño.

«Ya van tres días, doctor», se queja su madre y escucha sus sollozos. «Se levanta, da gritos».

La tarde pasa diáfana entre el cortinaje del cuarto. Los fríos del invierno se disuelven como nubes de vapor. Por fin una tarde cálida en medio de ese hoyo oscuro. Mónica se destapa. Permanece quieta, observando el techo. Nada la llama afuera. Pero la estremece una paz sin nombre.

Ton viene, como de costumbre, desde que cayó en cama.

—Ya estoy mejorcita —le susurra ella, la expresión recuperada—. Vamos a caminar.

Entre los árboles de la alameda, el frío aún no la deja. Extiende una mano, lo triza. Pero el frío se reconstruye. Pestañea. Es lo contrario de su mundo, el de antes. Tiene la impresión de adentrarse en una impostura, en una tierra hecha de negativos.

—El aire parece lana —susurra.

Ton le sonrío. No entiende. «Hay una diferencia entre nosotros», piensa, mientras sus palabras adquieren sorprendente evidencia. «Ahora todo es símbolo». La vence la melancolía de su descubrimiento. «Él vive entre ciegos».

Ton empieza a jugar con ronroneos de gato apenas la observa ensimismarse.

Mónica le devuelve las caricias. Siente sus manos auscultándole los senos, la atrapan vivamente.

Lo percibe eufórico. La levanta en el aire. La besa. La vence con cosquillas. Entonces, como acostumbra cuando no sabe cómo terminar, se le ocurren los gestos del acróbata. La envuelve con un brazo por la espalda y con otro le levanta las piernas. El mundo es una composición impuesta de árboles y casas de cabeza.

—¡Bájame, bájame! —aúlla, con el estómago en la boca, con la desesperación que se le escapa por los ojos, por las contorsiones de loca.

Desconcertado, Ton la devuelve a la postura inicial, tan velozmente como puede, no sin esfuerzo. Mónica lo golpea en el pecho, llora y lo abraza con fuerza.

—¡Imbécil! —grita—. ¡El mundo de cabeza es horrible!

Lo abraza de nuevo, y él la aprieta con fuerza. Solo tras un minuto, Mónica escucha el eco de sus propias palabras.

Entiende.

—¡Quieres corromperme! —le grita—. ¡Quieres que todo lo piense y apeste!  
El hombre en el espejo contesta:

—No puedo hacer nada contra lo que viene de ti.

—¡Yo no saco pestilencia de mí! —replica Mónica—. ¡Me estás manipulando, me estás forzando a que vea como tú!

—¿Cómo veo yo? —dice él. Aparece en el cielo raso, de cabeza. Ella retrocede por el cuarto.

—Lo que ves es ruina, espanto, yo lo siento.

El hombre avanza hacia ella, pero parece no moverse. Le habla lento, pero ahora ella identifica un matiz oscuro, que otras veces ella ha descubierto en la proximidad de Ton, en sus gestos. Es un matiz que no puede nombrar, pero que la estremece, la cripa y la hace sentirse inepta. Experimenta deseos confusos, de no estar diciendo esas cosas, de estar de nuevo con el hombre en la fiesta de los gemelos y bailar juntos, sin que nadie lo sepa.

—¿Y no ves cómo los objetos cambian de apariencia, que sus caras son infinitas? —le dice él—. ¿No ves cómo se señalan entre sí y forman una madeja de líneas que se cruzan y que se esfuman y que nadie ve?

Mónica piensa en los objetos desperdigados en la oscuridad del cuarto, las relaciones entre ellos y sus sentimientos, su reflejo multilateral en el espejo. «Es el abismo de las cosas del mundo». Si sigue el tenue hilo que los vincula hasta el final, jamás acaba. Desde el verano los tiene dentro, como respiración. Densos de significado, pesándole hasta el llanto, los gritos. Si sigue los cabos de los hilos

solo encuentra nudos de los que cuelgan cadáveres amoratados y desconocidos. Ahora lo sabe. Ahora que ha buscado hilos o espejos en su cabeza ahogada todo el camino de vuelta a casa.

—¡Por Dios, no lo aguanto! —gime. Gira la cabeza alrededor, con los ojos a punto de soltar lágrimas—. ¡Lo veo... todos están muertos! ¡Ton, las cosas... hay muertos!

De espaldas al hombre, es incapaz de observar cómo él extiende las manos y trata de tocarla, de confortarla.

Sin embargo, habla chirriando, vítreo:

—En efecto, están muertos. Los vientos solo pondrán las cosas en su sitio. Ni yo sé cuándo ocurrirá. Pero sé que lo veo, sé que es pronto. Las casas se elevarán por los aires, el mar será la tromba que todos sueñan en sus pesadillas. Será una mañana de otoño; encontrarán decenas de cadáveres. Y el de Ton aparecerá en el puerto. Lo perforarán muchas estacas. Su cráneo se partirá como un huevo. Sigues ese hilo, ese espejo, ¿lo ves? El estómago abierto, desparramando gusanos; ¿hueles la putrefacción, el edema...?

—¡Lárgate! —aúlla Mónica. Tiene los ojos convulsionados, boquea—. ¡Lárgate! ¡No quiero verte más! ¡¿Entiendes?! ¡No más...! ¡Nunca!

El hombre se hunde en el espejo, sin replicar. Se aleja por una habitación que no es la de Mónica, aunque ella sabe que es la misma. Solo la mira lento.

Luego de medianoche, Mónica sigue despierta. Se contempla en el espejo. Con timidez, titubea, pregunta:

—¿Estás ahí?

Toca el cristal. No hay nadie.

—Mejor —se dice, sin creerlo.

Amanece. No ha dormido. Busca convencerse. El hombre significa problemas. Los objetos no son hilos que conducen a cadáveres. Pero la enfermedad y

las imágenes siguen. La persiguen en otros días. Y ahora sueña intrinçadamente con él. Los paseos con Ton solo traen el consuelo del hielo en la fiebre. Piensa: «Esto es placebo».

«¿Dónde hay paz?», susurra. Confusamente, sabe que su problema no es una respuesta. Percibe dentro de sí misma una jungla que es el límite de una pregunta. Desconoce la pregunta, pero la intuye en la espesura, hambrienta.

Los días se suceden de nuevo; respira agitada. Entra, vuelve a salir de la casa, siempre anda en bata o apenas vestida. De pie, en el umbral de la entrada, se mira en la consola del recibidor.

«¿Cómo te llamas?», pregunta al espejo. Pregunta por él. Entonces contesta su propia zozobra.

«Es el mismo aire estrecho de tocarle la mano», piensa sorprendida.

Luego se hurga despacio en sus propias facciones. Descubre su impaciencia, su nostalgia.

«Así lo extraño».

El pensamiento la entristece con brusquedad, pero de inmediato la enoja. Sube al cuarto. En ocasiones cavila durante horas. Rabia: «Cuán poco me entiendo».

Amanece bañada en lágrimas, sin que haya soñado una vez con las hileras de muertos, sino con él en cuartos enormes, borroneados. Hablan sin pausa. Él le dice, mientras la toma de la mano como para bailar: «La soledad no es estar lejos de todos, sino de una sola persona».

Pero no le toca el rostro, a pesar de la mano extendida, del gesto de súplica.

Llegada la noche, vuelve a soñar. Es un cuarto con límites difusos. Contiene el clímax de la fiesta de los gemelos: el pogo, los saltos, los gritos, las marañas de pelos y ropa. Mónica camina entre ellos con la misma certidumbre de todas las noches. Él debe estar ahí. Pero la violencia de la fiesta es desproporcionada. Hay rostros moreteados hasta sangrar, aullidos que no son humanos. Ahí la

empujan, la pisan con saña, y dos golpes contra el rostro le transmiten un dolor avasallante, enceguecedor. Solloza sin que nadie la escuche. Ve al hombre en el centro de los saltos, intacto, esperándola con el gesto imperturbable. Percibe cómo se derrama sobre ella una cortina roja y viscosa. Se palpa el rostro. Sabe que es sangre, tal vez una fractura del cráneo o una rotura del cuero cabelludo. Qué importa. Debe llegar a él; intuye que esta vez sí llegará, no como en los otros sueños. Tiene que hablarle.

Los que bailan continúan cayendo sobre ella, pero puede omitirlos, al igual que omite el aire. El hombre la está esperando. Mónica se adelanta sobre él.

«Te quiero», piensa; sin embargo, no lo dice.

—¿Quién eres? —pregunta.

—Me dicen el ángel Miguel —contesta—. Vengo antes de que todo acabe.

—¿Quién soy? —replica ella, que no entiende.

Él responde sin vacilar:

—Tú eres la mujer de la que habla la canción.

Mónica escucha, abriéndose paso entre el sueño, la voz distorsionada que agita esos cuerpos:

*¡La Santa se soñó con llagas, con llagas! Lejos de la carne, torturada lloró...  
¡su visión premonitoria!*

Entonces se mira las manos, recuerda con apremio los hechos de los últimos días. Todo cobra febrilmente sentido ante sus ojos: los sueños, los delirios, las angustias, el asco, las premoniciones, ese sueño. «Soy yo», piensa.

El hombre le limpia el rostro ensangrentado con las manos, le repasa el calor de las yemas de sus dedos. Ella solo acorta distancias. Lo besa. Le hunde la lengua, juguetea con la de él. Hay un silencio que quiebra, como un grito, como miles de gritos.

Abre los ojos. Despierta. Mira al espejo vacío, la habitación a oscuras.

—¿Cómo la ha visto? —pregunta el médico.

—Mucho mejor —replica su madre.

—Es lo normal —dice él—. Estos casos tienden a estabilizarse.

Avanzan por el pasillo. Ella da unos toquidos en la puerta, entran.

Cuando la ven, Mónica ha puesto un pie en la pared. Boquiabiertos, ven cómo sube el otro pie. En perfecta perpendicular, trepa sobre el papel tapiz hasta estacarse de cabeza en el cielo raso.

Observa el mar a través de la ventana, como quien busca barcos.

—Vendrá un viento —dice.

Ni su madre ni el médico se atreven en ese instante a negarlo.

*A Marco García Falcón*



## LA HERMANDAD Y LA LUNA

*Si bien la precocidad intelectual es frecuente y en algunos casos coincide en un mismo grupo humano, la madurez precoz es escasísima y, en ciertos pacientes, peligrosa.*

MARGARET L. TYLER. *Medical Review.*

*Dejad que los niños vengan a mí.*

Mc. 10,13

### *Sueño de Mario*

El naipe sale en sueños. Unos dedos que no son de nadie (pero que yo sé que son de mi mamá) lo sacan de un mazo. Tiene escrito *La Lune*. Su imagen me espanta. Una luna de locos desparrama su luz como lágrimas. Dos perros voraces, enfrentados, aúllan toda la noche. Una ciudad en escombros se ve a lo lejos. Y las lágrimas lunares incendian los techos de los edificios más altos. Es el día del juicio. Pero mi mamá dice no, Mario. Ella saca otra carta, se lee en la base *Le Jugement*. Yo niego. El Juicio no será eso. Mamá dice a gritos: «¿Sabes por qué es, niño?». Mira al planeta que se incendia. Me explica: «Porque ustedes dejaron las puertas abiertas y se escaparon los perros». No sé por qué miro la Luna y reprocho a mi mamá: «¡La victoria final no será de la Madre de los Lunáticos, tonta!».

Amanece. Siempre amanece. A mis doce años significa hastío. Ya no aguanto el hospital. Ya no puedo fingir que no me doy cuenta de que me muero de leucemia. Y hablar, actuar, como un imbécil, cuando soy genial, un tipo más listo que el bobalicón de mi hermano o el retrasado de mi padre. Es apenas un alivio: hoy vendrán Tiago y Angélica. Ella convenció a su papá de que la traiga, con un capricho de esos que se tragan los mayores. Hablar por fin de un asunto distinto. No más prensa basura de papá, ni la manía por el orden de mamá: ¿está todo bien, Mario?, junta tus sandalias punta con punta cuando regreses del baño, estupideces. Pero, ¿vendrán realmente Angélica y Tiago? El cielo está cubierto por más nubes de tormenta. Ellos son los únicos de mi edad que me sacan de esto. Esta pesadilla de dedo que presiona en la base de la nuca y deja constancia, y dice tú eres, te vas a morir. La idea me da náuseas.

*Diario de Angélica*  
*3 de abril*

Hay que poner las cosas en orden. Es la única forma de sobrevivir a esta locura. Es la única forma de evitar el dolor. Cuando voy por las calles hay un aura maléfica, como si un líquido denso y perverso ocupara el lugar del aire. Y pasa lo de Mario, muriéndose. Dan ganas de tirarse por la ventana, de no tener esta conciencia que se siente como un corsé de acero. Quiero llorar, salir corriendo, morirme yo también.

Y los días parecen de cartón; te apoyas en ellos y se quiebran. La cordura es un hilo. Yo escucho murmullos en los objetos, me pican como si fueran parte del cuerpo. Además, los animales hablan profecías que no puedo entender. No sé por qué soy capaz de ver portentos. Escucho a los gatos del barrio hablar de muertos; los perros se me abalanzan por las calles. Mamá tiene que salir con un





palo cuando me lleva al hospital y golpearlos mientras me introduce al carro y me protege con su cuerpo.

Tiago, qué significa esto, me dicen Angélica y Mario, qué es, y yo no sé qué significa. Se siente en las calles como si pendiera una amenaza. No puedo decir nada, aparte de que no hay salida y Angélica y Mario lo saben. Más muertos por televisión: ahora el papá de un amigo. La Hermandad no tiene por qué sobrevivir a esta locura. No hay ninguna razón. Solo somos niños, aunque tengamos la cabeza de monstruos (por eso somos la Hermandad: para ocultarnos y que nuestras cabezas no espanten; además nos abrirían como a ratas; los mayores parten lo que no entienden). Igual, ¿de qué sirve? Nadie se percata de nada. Les parece normal vivir como estamos: con esta amenaza de tormenta de días y más días. ¿Han olvidado que aquí no llueve nunca? Y las nubes no sueltan ni gota. Es definitivo. Existe una desazón que contagia hasta a los más mínimos elementos y yo no entiendo, y también es posible que me esté volviendo loco. En todo caso, si Angélica y Mario preguntan, qué les digo. Lo mejor es que se dediquen a los pasatiempos de siempre (Mario gusta de estudios sobre linfas, Angélica de filosofía existencial, yo de historia medieval de esquizofrénicos). Y que esperen. Que vivamos como siempre, despreciando la mediocridad de los otros y a este mundo que hasta, que está en manos de imbéciles.

*Diario de Angélica*  
7 de abril

Mario huele a muerto, pero no se lo he dicho. Ahora veo el futuro. Las cartas de su madre me sacan de quicio. ¿No puede dejar de tirarlas? Parece que mi destino pendiera de ellas. Pero es mi paranoia. De un mazo de cartas no cuelga nada. Menos el olor a vegetal, a pantano pudriéndose, que se mete por mi nariz y me

irrita los ojos. ¿De dónde viene? Mario, Tiago y yo —la Hermandad—, jugamos casino sobre la cama de hospital. Miro a través de una ventana: la calle es un pozo oscuro. El aire se siente con dientes afilados y boca. Tiene dedos. Se abalanzan sobre mi hombro. «¿Ahí está?», pregunta Mario. Yo asiento. Las visiones del futuro me atraviesan. Basta moverse para palparlas y cortarse. Hay calles incendiadas y no se apagan. Hay una ciudad vegetal, luego otra de bestias. Se alza una luna blanca a la que aúllan los orates. Es un manicomio abierto. Son las calles de toda mi vida. Las caminan jaurías de locos. El excremento gobierna, el desperdicio. Se huele. Me tapo la cara porque no puedo aguantar.

«Yo también veo esa imagen», dice Mario, «pero en sueños». Indica con un dedo el Tarot que su madre echa una y otra vez. «Es el arcano de *La Lune*».

«Es raro», agrega, «cuando duermo leo la carta y no entiendo más que sin sentidos».

Tiago señala la televisión encendida. En la pantalla se suceden imágenes incoherentes. Veo interrupciones, tomas sin foco, columnas de humo. Una franja anuncia el boletín noticioso de las seis. La mamá de Mario se pone de pie y alza el volumen, se estabiliza la imagen. Hay una pandilla de hombres harapientos que corre sin dirección, alejándose de un fuego. Uno se abalanza, gritando y escupiendo, sobre el lente de la cámara. No se ve nada, hay un forcejeo, imágenes que entran de la pantalla y salen. La voz de un reportero clama al micrófono: «¡Un incendio de proporciones en el manicomio! ¡Los pacientes se achicharran... huyen por las calles...!». No aguanto más. Me doy cuenta, rompo a llorar. Tiago me abraza. La mamá de Mario se queda inmóvil, mientras me libero de los brazos de Tiago; manoteo en el aire, pronuncio a gritos, las lágrimas me ciegan: «¡Se acaba! ¡Esta basura se acaba!».

Me dicen qué significa esto, Tiago. Una vez más no sé. Mario me dice que busque. Con Angélica en crisis soy el único que puede moverse. Por dónde empezar. ¿Por una serie de coincidencias, de presentimientos? ¿Por unas visiones de futuro

que no comparto? Sé que no es una patraña. Estuve ahí, escuché todo, lo vi. Además soy el más indicado de los tres. Conozco cada centímetro de la biblioteca, toda su base de datos. Hay algunas pistas: el día del juicio, el Tarot, el arcano de *La Lune*. Luego, hay que hundirse en polvo de libros.

Mis papás piensan que estoy con tía Brenda. El pasalibros cree que me fui a las seis. ¿Cuál es el comienzo?

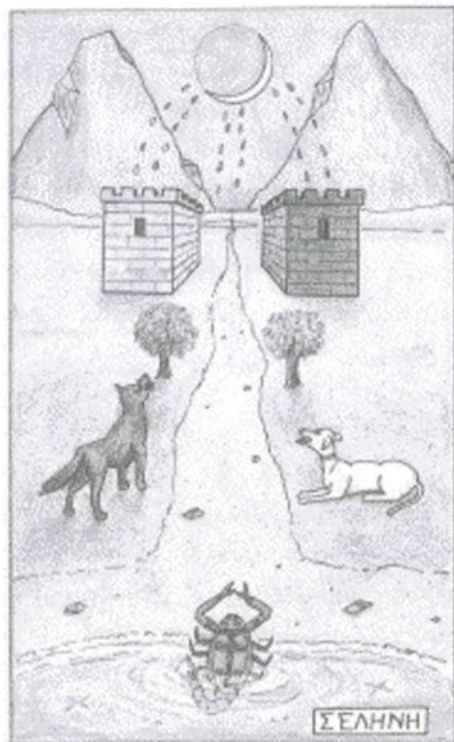
Quisiera saber con qué Tarot sueña Mario, por ejemplo, si con el de Marsella, el Ferrara o el Visconti. Si es el que manipula su madre es el de Marsella. Pero Gertrude Moakley dice que es el más reciente, hijo de deformaciones, de símbolos a la deriva. ¿Significa eso algo? ¿O es simplemente una circunstancia, un *hic et nunc* que desvía de lo esencial? Hojeo en la Guía Cavalcanti de Cartomancia y Emblemas. En el Tarot Visconti *La Lune* es una mujer lánguida que sostiene el astro entre los dedos; lo descarto. En cambio, el Tarot de Ferrara echa luz sobre el de Marsella; este es un ícono deformado por el paso de siglos. El mazo Ferrara se ve más elemental y es más antiguo. Sin embargo, las imágenes son de una complejidad que paraliza. Los símbolos que indican unidad en el mazo francés, en el italiano son de ambigüedad, de bifurcación. Me explico: la pareja de perros salvajes es una simplificación de otra más antigua de rasgos distintos. Examinó la carta original. Se trata de un chacal de pie y de un perro doméstico echado. Se ve hasta vulgar. Las gotas de agua mágica lunar se precipitan a tierra en tres vertientes ordenadas, irreales. Un camino ondulante pasa entre los perros y los edificios, y se pierde a la distancia entre los cerros, donde está próximo el amanecer. Confronto las cartas. Si el arcano *La Lune* de Marsella es una imagen de horror metafísico, su versión italiana refleja una angustia estática, de espera insufrible. No pasa nada, salvo la noche. Leo su interpretación: «El arcano *La Lune* indica el término, pero augura el comienzo. El alba se adivina al final del camino. La decisión es iniciarlo. Pero, ¿qué confianza hay de acabar? Ninguna».

Dejo la biblioteca lleno de preguntas. ¿Qué luz echa sobre nuestras catástrofes cotidianas el Tarot Ferrara? ¿La visión de Angélica y Mario es fragmentaria, una forma vicaria, una equivocación? Hay vacíos, piezas sin ton ni son. Ni Mario ni Angélica hablan de la masa de agua que ocupa la parte inferior de las cartas. En el Tarot de Marsella es una laguna; en el Ferrara puede ser la orilla del océano. Un crustáceo la navega. ¿Y si estoy viendo todo al revés? ¿Si nada es símbolo? ¿Si las cartas no connotan sino denotan? Entonces *La Lune* sería la imagen de un pueblo costero, de un barrio como este, una imagen tautológica, una constatación que no es sino espejo. ¡Confusión!

Salgo de la biblioteca, agotado, con la sensación de estar hundiéndome en más laberintos. Es medianoche y calle abajo corre viento que proviene del mar. Pero sigo pensando, sin pausa. Entonces miro el camino que conduce a mi casa. No está vacío. Está lleno de animales de múltiples especies que alzan sus cabezas apenas sienten el sonido de mis pasos. No quiero explicaciones mágicas. Ahora no. Me digo, inmovilizado: «¿Quién deja a sus animales libres a medianoche?». Deseo que sea mi única idea.

Tiago llama en mal momento. Siento el asco en las amígdalas. Como si unos dedos sucios me las sacaran. Y yo aguanto, con el vómito que sale. Manoteo el botón de la enfermera. Olor a alcohol, a algodón frotándome. *Mamá, no me dejen solo en la oscuridad. La odio...* ¡Dronabinol! No, los antieméticos convencionales no sirven. ¡Rápido! Odio la idea de morirme ahora.

Pasan horas. A veces oigo mi sueño: «Porque dejaron la puerta abierta y escaparon los perros». Me viene como en espirales y se va por el drenaje, de mis sesos. Por ahí me voy también. Estoy apaleado, no sé cómo se han ido las náuseas. No percibo ni el paso del tiempo. En este instante pienso que desperdicé el tiempo, estúpido. Es absurdo... pero me he dicho mientras veo los incendios de ciudades en mi cabeza: quién como yo, que soy lúcido, genial, incomparable a los doce años. Necesito aire... Pero es igual de absurdo para quien se muere a los



ΣΕΛΗΝΗ



ochenta. Oigo ladridos, muchos, es fuego... ¡Fuego...! Porque quisiéramos que el tiempo fuera un cuentagotas eterno. Me digo un verso maniáticamente: «Mañana, mañana y mañana se deslizan, paso a paso, día a día... hasta el día en que el tiempo escribe su última sílaba».

La enfermera viene con una sonrisa boba. Su cara me dice: «Entiendo todo lo que te pasa, niño bueno». Qué entiende. Pero qué entienden los adultos, al fin. Son demasiado estúpidos. Y me dice que Tiago ha vuelto a llamar. Pero ella no tiene por qué saber que esa llamada es importante. Significa que Tiago ha encontrado una respuesta a mis sueños de tarots, astros e incendios... o ha renunciado de plano a encontrarla.

Estoy más estable. Veo la calle y el cielo de tormenta. Qué absurdo. Los adultos no le temen. Tiago me llama. Que va a buscar a Angélica, juntos vienen a verme. No quiero dormir mientras espero. Los sueños me dicen la frase, a gritos: «Porque dejaron las puertas abiertas y escaparon los perros». ¿Qué significa?

### *Sueño de Angélica*

Sueño con perros, perros alados y escamosos, y perros con plumas y pelajes de todas las especies. Me arrecuesto a dormir entre ellos mientras aúllan y su aullido es un arrullo bajo el cielo nocturno. Cabalgo en uno de ellos por entre avenidas de escombros, por sobre la catástrofe esparcida en un océano lunar. Qué espanto, qué cantidad de muertos navegando en los flujos de su sangre. Mi perro salta a los cielos, seguido por un piélago de canes que hacen cabriolas desaforadas conforme van ganando altura. Miro hacia atrás y el barrio es una escenografía, un conjunto de frontispicios arrasados, una masa retorcida de fierros y granito sobre una roca gigantesca, que se hunde, girando a la deriva, en medio de un abismo de estrellas.

Cuando despierto, tengo una sensación de angustia refrenada. Estoy acostumbrándome a estos viajes transuránicos sin objeto; he escapado o me he habituado sin percibirlo al horror. Tiago ha venido a buscarme para ir a ver a Mario al hospital; está parco, macilento, agotado. Traigo la grabadora de mano porque Tiago me lo pide. Va a ser una Sesión de la Hermandad.

*Diario de Angélica*

*14 de abril*

*Acta de la Sesión Extraordinaria de la Hermandad de los Tres-en-Uno  
[trascipción de cinta magnetofónica]*

MARIO (ansioso): Informa, Tiago. [Qué sabes, *habla*]

TIAGO (lentamente): La ciudad vegetal y la ciudad de bestias que ven son imágenes apocalípticas (despliega un libro con litografías sobre la cama: dibujos góticos, de arquitecturas de plantas y de animales que integran edificios y plazas se alzan liados a volutas de emblemas y cintas con motes escritos). Son el Jardín del Edén y la Arcadia. En la literatura profética son metáforas de la historia del mundo, junto con una ciudad mineral, supuestamente Jerusalén La Nueva. La mitología cristiana las vincula con el Milenario: cuando venga el Juicio Final, la *Civitas Dei* dará por terminado el esplendor de las otras dos como utopías humanas.

ANGÉLICA (inquieta): Yo no he visto ciudades minerales; solo veo urbes de pantanos y de excremento de bestias, y a veces de cartón, una maqueta hecha añicos.

TIAGO: La sintaxis simbólica es compleja, sinuosa; se me escapa. Desde el pasado más remoto, el Paraíso y la Arcadia son íconos que bosquejan intuiciones. Con ellas la psique humana simboliza perceptos que le son inadmisibles. No puedo dar más explicaciones coherentes. Es un callejón sin salida. Sin embargo, mi «deformación profesional» histórica da una luz. El período de imaginiería apocalíptica más vasto va desde el fin del imperio carolingio hasta el siglo XIV; tiene un auge en torno del Año Mil..

MARIO (agita la cabeza): Es absurdo. ¿Qué tiene que ver esto...?

ANGÉLICA: De ser verdaderas imágenes proféticas, el mundo se hubiese acabado...

TIAGO (alza la voz): Apocalipsis no quiere decir «fin del mundo». No, en un sentido literal. Un apocalipsis es una revelación sobre la historia del hombre y el orden divino. Hay dos cronistas del Año Mil, Raoul Glaber y Ademar de Chabannes, que refieren la atmósfera: taumaturgia, milagros, apariciones satánicas. Ambos mencionan a la Abadía de San Víctor de Marsella como cabeza de una congregación importante en los prodigios del Milenario.

MARIO (exasperado): ¿Y eso? [¡¿qué?!]

TIAGO: San Víctor de Marsella es el primer sitio del mundo donde se jugó al Tarot.

MARIO (asombrado): ...

TIAGO: La baraja se convirtió en Marsella en una exposición de imágenes arquetípicas de la concepción de la vida medieval; la iconografía de la época se apropió hasta de sus minucias; incluso desplazó el motivo central de las cartas, de origen itálico, y se volvió su eje simbólico. Eso pasó con el arcano de *La Lune* (cubre los libros con un pliego que reproduce una carta descomunal, con perros y cerros y la luna, ampliados en sutilezas). Un hecho sin precedentes ocurrido durante la luna creciente en el norte de Europa desplazó el motivo central original.

ANGÉLICA, MARIO: ¿Cuál?

TIAGO: Un grupo de pueblos costeros daneses fue encontrado abandonado, poblado por locos y lo asolaban jaurías de perros salvajes (despliega una mapa de la Península Escandinava). Los pescadores germanos que trajeron las noticias hablaban de escenas escalofriantes... incluso de casos de antropofagia (Angélica asquea, Mario retrocede). La crónica de Glaber y las actas de la Abadía de San Víctor cuentan la historia como una señal del fin del mundo próximo... en especial en San Víctor: ahí hay casi treinta monjes daneses durante el Año Mil.

ANGÉLICA: Entonces, estos pusieron en el Tarot...

TIAGO (la interrumpe): ¿La imagen de la desgracia de su patria? Posiblemente... La relación no es directa. Pero es claro que no solo ellos, sino todos los hombres de la abadía vieron en la plenitud de la locura una manifestación del influjo lunar (muestra más litografías: lunas plácidas y lunas monstruosas, hombres caminando sin razón, trepados al mástil de una embarcación de madera, suelta a la deriva entre vientos de tempestad y oleajes sin freno. La mitología medieval establece una dependencia directa de las fuerzas irracionales con La Luna. Es otra señal del fin del orden humano. Aún hoy llamamos lunáticos a los locos. El arcano *La Lune* no difiere de ese sentido...

MARIO: Qué significa.

TIAGO: Angustia y miedo (la perfila con un dedo), pero también ambigüedad, indecisión. Una carta debe leerse en relación con las otras, en una maraña de símbolos cuyo sentido es fruto de la clarividencia. *La Lune* es un Arcano Mayor, un naipe que rige a los hombres y a las bestias, a las mareas y a los cielos embrujados. Para el hombre medieval era el faro de los viajes sin sentido...

ANGÉLICA (con impaciencia en ascenso): Eso ya lo sabemos, Tiago. ¿No te escuchas? *No has avanzado*, solo hay más laberintos. Nada de esto tiene sen...

TIAGO: Sin embargo, en la carta *hay* un sentido, pero es de otra manera... *La Lune* pertenece a las cartas llamadas Triunfos de la Eternidad... Escucha, la Alta Edad Media imaginó al ser humano atrapado en esferas de atracción jerárquicamente organizadas: al hombre lo mueve el Amor Loco, pero sobre este se impone la Virtud, y la fuerza del Tiempo los arrasa a ambos... Sobre el Tiempo prevalece la Eternidad, que es un dominio inexplicable, al cual los sentidos de los vivientes no pueden penetrar. La baraja del tarot reproduce la correlación de estas esferas en los cuatro grupos que integran la Arcana Mayor, las cartas más abstractas del mazo (gira a la carta). *La Lune* es un Arcano de la Eternidad; su locura es trascendente. La imagen que lleva, fuera del hecho extravagante que la originó, es como un mensaje... ¡cifra un simbolismo iniciático! El viaje de crecimiento: hay una jornada por emprenderse. ¿Ven el crustáceo al

pie del camino? (lo pincha con el dedo). Este es el camino para él. Sus estadías son muchas, de un valor bifronte: los canes son perros y chacales entremezclados, compañeros, pero a la vez depredadores. En verdad, del camino no se sabe, salvo que es del crustáceo... El viaje mismo está en duda [MARIO: Para]. El animal es de dos mundos: pertenece al seno líquido, que es el espacio de las ideas sin forma, pero también a la tierra que surca el intelecto de los hombres. [ANGÉLICA: Aquí hay *algo...*] La luna creciente y la bajamar obligan al crustáceo a elegir. ¿Hacia qué sitio? ¿La vuelta al mundo subacuático o el ascenso al nuevo día? [MARIO: ¿De *qué* habla?] [ANGÉLICA: Creo...]

ANGÉLICA (sus ojos saltan a Tiago): Puede morir en la playa.

TIAGO: Puede.

MARIO: En los sueños no hay crustáceos...

ANGÉLICA (sigue a Tiago): Ni en mis visiones.

TIAGO: Eso es de lo que hay que sorprenderse. Pero existe una explicación. La visión del crustáceo solo puede tenerse desde una proximidad que no la obstaculice. Ahora, miren a la carta: el animal resulta visible desde cualquier punto. Sin embargo, si uno se sitúa en el lugar que el crustáceo ocupa...

ANGÉLICA (salta): ¡Obviamente, desaparece!

TIAGO: Lo lógico es pensar que han estado observando en el sitio del crustáceo. Es la única manera de que no se le vea. Funcionalmente, ocupan su lugar.

MARIO: Magnífico. Soy un crustáceo.

TIAGO: En el sistema de intercambios simbólicos, para todo efecto, lo son. La analogía de las fichas de ajedrez se aplica: un alfil tiene un significado, no por su forma o el material de que está hecho, sino por las relaciones que guarda con las otras piezas. En el ícono de *La Lune* hay una pieza vital, quien marca el camino: *son ustedes*. Este es el arcano, *este* barrio.

ANGÉLICA: Lo que dices...

TIAGO: La escena de la carta, la desgracia danesa se llevará a cabo aquí. No sé por qué pasará. Pero sus sueños, las profecías, esta atmósfera enferma que nos

ahoga son la prueba. Y esta imagen es un grabado en vivo: *los tres somos el crustáceo*. Y podemos hacer algo...

MARIO: ¿Los tres?

TIAGO: Hay tres flujos de rocío que provienen de la Luna. Son información adicional; tres potencias de la psique que posibilitan cualquier acción humana: intuición, entendimiento y voluntad. También están representadas por los tres ojos del crustáceo. Juntos conforman el alma, pero separadas conducen al caos. Son tres fuerzas en una, como nosotros. *Somos nosotros*.

MARIO : ¿Y qué pasa...?

TIAGO: Nos toca decidir. Ya sabemos lo que pasa por mi entendimiento, por la intuición de Angélica. El mundo se acaba, huele a excremento. Y hay una esperanza: el amanecer entre los cerros (lo señala). La nueva luz significa que la Noche Oscura termina, si la acción se emprende, si se inicia un viaje. ¿Lo iniciamos? ¿Cuál es? Tú eres el jefe. Eres la voluntad. Debes decidir qué hacer.

MARIO (exasperado, mira a todas partes): ... ¡No sé sobre qué decidir!

TIAGO (acalorado): Es sencillo. (Abriendo y cerrando los ojos) ¿Podemos frenar este *Götterdämmerung*? ¿este fin del mundo? ¿Podemos... ?

MARIO (de pronto, tartamudea, deslumbrado): ... ¡Sí, claro que sí...! ¡Sí podemos...!

La solución es la analogía. Qué chistoso. Basta escuchar lo que nos dice Tiago. Pero es elemental, Mario. Siento el efecto de la morfina y me estabilizo. «La victoria no será de la Madre de los Lunáticos, de la Guía de todas las Jaurías», digo en mi sueño y ahora sé por qué. Para los adultos, jamás significaría nada, más que imágenes sin sentido... Ahora, Mario, descansa, por favor... Es tan lógico y tan natural, tan infantil, Angélica... Descansa... Pero el fin ya viene, Tiago. Miro a través de la ventana: las nubes se movilizan, se mezclan desatadas. Frente al tarot, dice Angélica, el mundo es una mojjiganga, una fiesta cuyos bastidores son oscuros y salvajes. Enciende el televisor; vemos los accidentes en masa, los asesinatos múltiples, los crímenes espectaculares. Me dicen descansa. Pienso:





«¿Cómo no detener tanta estupidez?». Angélica y Tiago vienen casi a diario. Sabemos que aún no se precipita la Luna contra nuestras cabezas. Y no se precipitará, Mario. El mazo del Tarot nos asalta, Angélica, escucha a Tiago, escucha el silencio de la ciudad. Triunfaremos. Sí, Angélica, Tiago, porque las cartas son un abismo de magias y analogías... ¿Y no es la analogía el fundamento del sentido de los signos? El dibujo de la paloma es la paloma, el signo *dragón* es cada una de sus escamas; el *castillo* está en el papel y en la cabeza de quien habla. Y como los sueños, la analogía es de doble vía. Si una imagen de la carta desaparece, su profecía, su seña, cae en el Vacío, es nada. Desde luego un objeto del mundo de los hombres se irá si queremos que la semejanza desaparezca... ¡¿Y no es obvio qué es lo que está demás?!

La victoria no será de la Madre de los Lunáticos. No nos vencerá. ¿Cómo nos puede vencer un pedazo de piedra suspendida en el cielo? Aunque, nosotros, los más lúcidos, los más dotados tengamos que desaparecer... El sueño de los antieméticos... Mi verso maniático al final se cumple: suena *la última sílaba*. Miro a través de la ventana y la lluvia empieza.



## EL INVENTARIO DE LAS NAVES

CUANDO SONÓ EL TELÉFONO, el comisario Dovidjenko no sabía si se peleaba con su hermano menor o simplemente renunciaba a ver el boletín del clima. El chico insistía en conectar los cables de su videojuego al televisor justo antes de que dijese si el bolsón frío que venía del interior iba a desembocar en las imprevisibles lloviznas. Ventanas afuera, se deslizaba un cielo oscuro, de columnas nubosas, movedizas, que no lo decidía a guardar su auto.

—Aló, soy Bellina —escuchó la voz de su compañero. Por la bocina del teléfono se colaban gritos, sirenas destempladas, la voz de un policía—. Tenemos *gusanos* en la Quinta Leone. Homicidios está hasta el cuello.

Dovidjenko suspiró y colgó, confuso. «¿*Gusanos*? ¿Una matanza?». Se convenció de que esa noche no comería. Se echó el gabán al hombro y vio a su hermano lanzándose sin impedimentos a jugar en el televisor. Salió apresurado, pero alcanzó a oír que el hombre del tiempo anunciaba:

—Los cambios del clima probablemente se originan en anomalías del anticiclón del Pacífico...

La atmósfera era un nido de humedad. Por todo el camino, el vaho se le metía como vapor de barco en los pensamientos. Su trayectoria por callejuelas desvencijadas y bulevares congestionados fue escoltada por el golpeteo de una llovizna cegadora. Dovidjenko se detuvo frente a la casona que cercaban las patrullas y un cielo de oleajes ennegrecidos. Se hundió en la vorágine del íterin

de policías, de haces de luz de múltiples colores, de gritos. Cuatro paramédicos iban y venían con camillas que escurrían sangre.

Un agente le indicó dónde estaba Bellina. Avanzó por un salón de espejos, sin luz, que olía furiosamente a cigarrillos. Bellina lo esperaba en el siguiente, encerrado por sombras. Las linternas de los agentes abrían túneles de luz que silueteaban los cadáveres destripados, separados a la derecha y a la izquierda sobre el piso de losetas.

—Es asqueroso, Dovidjenko —dijo Bellina, y dejó la *laptop* a un asistente—. Disparos estilo ejecución. Luego, los partió para desangrarlos.

—¿Para qué?

—Para esto —indicó frunciendo el ceño.

Iluminó con su linterna la pared próxima, cubierta de un papel tapiz hecho jirones. Había decenas de figuras de hombres pintadas sobre la cal viva. Al lado, unos signos apretados, a dos líneas. No más de veinte por línea, escritos con punzón o cincel y laqueados con óleo.

—¿Qué mierda es? —exclamó Dovidjenko.

*¿Te intriga?*

—Está en alfabeto griego —identificó Bellina—. No sé qué dice.

Palpó el tinte fresco en las hendiduras de los signos: más sangre, mezclada con alguna especie de sustancia oleaginosa.

—¿Alguien sabe griego en la oficina?

—Dejo, el letrado, creo que él sabe.

Ya los vecinos, un par de señoras obesas y un anciano con gorra y bastón curioseaban cuando salió de la Quinta.

—Todos pertenecían a la misma pandilla —explicó Bellina, mientras manipulaba el bisturí, vestido con el traje de forense—. No se metían con nadie.

*¿Los conociste?*

—Mi hermana trataba con la batichica *freak* —señaló con una mano enguantada y recubierta de linfa a una chica de cabellos descolorados y maquillaje negro que yacía en una plancha metálica, calzada en una bufonesca pantimedida de redes rojas.

—Mari Kod... algo —intentó hacer memoria—. Estudió primaria con mi hermana Made. Después la fichamos por tráfico de *skunk* y *menos*.. una droga nueva.

En la morgue se extendían los cadáveres en mesas de disección, iluminados por la luz cónica de las linternas. Mujeres y hombres desnudos, lavados, menores de treinta, estaqueados por un balazo en el ceño y la contracción muscular del *rigor mortis*. Dovidjenko los contó de nuevo: trece. Un oficial se deslizó en el ajedrez de oscuridad y luces, seguido por Dejo, peinado con los dedos y vestido a las volandas.

—Solo trece balas... —dijo Bellina. Leyó el papel que le tendió el oficial: —Una por cadáver. Balística está asombrada. El asesino se ubicó en la sala detrás de un sofá.

—¿No me pueden citar en otro sitio? —se quejó Dejo.

—Disparó desde la misma distancia en un lapso de cinco minutos —prosiguió Bellina—. En ese tiempo cualquiera pudo abandonar la habitación. No hay más de diez metros entre el livin y la puerta de la cocina. Pero nadie lo hizo.

—Era veloz —sugirió Dovidjenko.

—¿Alguien me presta atención?

—¿Con este grado de certeza? —Bellina metió el dedo en el hueco de una bala—. Además, usó una Browning HP de nueve milímetros, con cargador de trece balas. Un diseño de hace cincuenta años.

—¿Una por víctima? Entonces, no fue en cinco minutos. Debió apuntar con cuidado...

—Todos los vecinos coinciden en que fueron cinco minutos. Parece una fantasía.

—¿Para qué mierda me han llamado? —restalló Dejo.

Dovidjenko agitó la cabeza y extendió una fotografía ampliada de la escritura del muro. La cruzaba un barnizado de sombras, pero se distinguía el perfil cuneiforme de los signos.

—¿Entiendes lo que dice?

Dejo se concentró en la imagen.

—Hay un segundo cadáver que tiene *menos* en la pituitaria —dijo Bellina. Escarbó con el cuchillo en el cráneo y sacó la glándula como quien eviscera la panza de un pez. Dovidjenko observó la pulpa oscura y sanguinolenta enharinada en una materia cristalina y azul.

—¿Qué es exactamente el *menos*?

—Una droga sintética psicoactiva —explicó Bellina—. La han vendido en los parques, a pesar de los operativos. Produce alucinaciones.

—Es griego clásico... de la época de Pisístrato —identificó Dejo— con algunas variaciones léxicas tardías. Una revisión alejandrina. Dice: σπουδῆ δ ἔζετο λαός, ἐήτυθεν δὲ καθ' ἔδρας παυσάμενοι κλαγγῆς.

—¡En castellano, maldición!

—«Con esfuerzo se sentaron los ejércitos» —releyó, forzando la vista— «y se callaron en los asientos y acabaron los gritos».

—Una adivinanza —señaló Bellina.

—No es una adivinanza —se acercó Dovidjenko, con el dedo señalando unas fotos desperdigadas—. Los describe en la fiesta. El asesino se está inculcando... tal vez imponiéndose la condición de verdugo.

—¿Qué pasa? —Dejo los escrutaba nervioso—. ¿De qué están hablando?

—No puede ser un *serial killer* —agitó las manos Bellina—. Son del hemisferio norte. Nuestro barrio es sórdido, pero los sicóticos no son de nuestra jurisdicción.

—Es un ritualista maniático —dijo Dovidjenko, mirando alrededor a los cadáveres fastuosamente exhibidos—. Todos consumen *menos*, de veinticinco a treinta años, descritos por una cita griega y asesinados a tiros de precisión y destripados. ¿Qué más quieres?

—¿Qué pasa? —preguntó Dejo por enésima vez.

—Tenemos a un asesino en serie suelto en la lluvia —dijo Dovidjenko.

*¿No es natural?*

*Este es un juego que Alan de Lille había previsto cuando formuló de una vez y para siempre que Dios codificó la naturaleza como las letras de un libro. Que sea una idea frecuentada hasta el desaliento, no la hace menos agobiante que las pesadillas o la sed de un soldado condenado al desierto. Me espanta la tarea de seguir huellas que nos hablan de maravillas. Basta mirar en derredor —la lluvia, los muertos, el silencio— para saber que todas las huellas conducen a un Dios ciego, que dicta al desgaire un libro de embustes.*

Dovidjenko se hizo ideas camino a casa, atravesando el mismo dédalo de calles, la incomodidad semejante debido a la continuidad del mal tiempo. Los limpiaparabrisas parecían cercarle no solo la visión de los objetos sino el sueño de vaho que le subía a las sienes. Afuera, piscinas de agua de lluvia reflejaban decenas de lunas amarillas, amplificadas. Dovidjenko suspiró.

En casa, halló habitación tras habitación cerrada por seguridad y en la más absoluta penumbra. Subió, sigiloso, a la segunda planta con la cabeza aún infestada de velos tenues de morgue. En el manoteo de las sombras, escuchó la voz interrogante y rutinaria de su hermano. El niño, pecoso, rechoncho, aguardaba despierto en el pasillo. Pensó (adivinó) lo que preguntaría. Lo sabía porque era un lío de ornato, un caso policial a medias, una incomodidad punzante de las muchas de vivir en ese sitio y a esa hora.

—Los locos han estado gritando —susurró su hermano menor. La inmediatez asombrosa del silencio era desconcertante tras las obligatorias correrías de las investigaciones.

Lo abrazó y le dio un beso en la mejilla para que volviese a su cuarto. «Aquí es cuando solo quisiera tener quince años y simplemente jugar», pensó, dándole un apretón. La silueta filiforme del hospital de los locos destilaba más vientos y

agua en su cabeza que las anunciadas por el boletín del hombre del clima. Vivían a dos cuadras del manicomio y los aullidos de los locos se escuchaban todas las noches. Pero solo entonces y con ese ánimo parecían afectarlo.

Sonó el teléfono:

—Aló. Soy Bellina —llamaba desde la delegación policial—. Dejo ha encontrado de dónde es la cita. Va a seguir matando, Dovidjenko. Hay un patrón. Se desplaza sobre el barrio contra el sentido de las manecillas del reloj.

*Qué locura.*

La neblina del amanecer le pareció impenetrable a Dovidjenko. Igual cuadró el auto haciendo las señales que sabía inútiles.

—El observatorio de meteorología indica que las inestabilidades climatológicas continuarán —decía el locutor de noticias de la radio.

Distinguí la glorieta entre los oleajes de la niebla. Bellina aparecía y desaparecía mientras caminaba hacia él. Le hacía ademanes para que se pegara a la acera. Las luces de las patrullas inmóviles giraban en silencio.

Bellina lucía ojeras y el abrigo húmedo.

—Están dentro —indicó.

Vio una casa de paredes blancas. Su terraza techada sobresalía apenas de la bruma. Pasó entre las mesitas sucias de un bar al aire libre. Adentro, lo encegueció un instante la oscuridad. Únicamente se mantenía con luz eléctrica la habitación más profunda. Era un cuarto usado como depósito de aguardientes y vinos.

*Locos y alcohol. Los antiguos pensaban que la locura se gestaba por obra de un dios que poblaba el corazón de los hombres. El alcohol era, a veces, ese transporte; entonces, no había salvación. Por causas análogas, no obstante, algunos pueblos recurrieron a los locos para que juzgaran a sus asesinos los días de fiesta; entonces, un oráculo danzaba en sus labios. Tras los desiertos de la esquizofrenia y la psicosis, los hombres han imaginado continuamente la voz de un sabio guiándolos. No entiendo por qué.*

Cuello y tórax picados en cruz. Bellina le explicaba la escena del crimen. Él veía casi sin ver, el ceño fruncido. Les sacó el corazón y las vísceras. Las quemó empapadas de vino y devoró cuantas pudo, o al menos intentó hacerlo, pero no tuvo mucho tiempo. Costillas fracturadas y palanqueadas hacia fuera en los cuatro cadáveres de hombres. Aparecen vestidos, dispuestos boca arriba, los brazos desplegados, formando un círculo. Al de la mujer, el quinto, el asesino lo subió en una mesa al centro de los muertos (los cadáveres parecían peces nadando en torno de ella). A la chica le sacó los ojos, le devoró la lengua (distinguió mordiscos de animal), mutiló limpiamente sus muslos, manos y pies.

—Se puso artístico —quiso ironizar.

La mujer no tenía más de veinte años. Miraba, pálida y desmelenada, al techo, con la boca grotescamente abierta. Era muy delgada, sus ojos vacíos exhibían delineador en exceso. Sus pies no estaban completamente cercenados; uno colgaba de un cartilago por un lado de la mesa.

—Le gustan las niñas con cara de ramera —observó Bellina.

Dovidjenko no lo escuchó. No tenía ánimo para esos comentarios. Caminó de nuevo hacia fuera de la casa bar. La brisa del alba apenas despejaba el cartel sobre la terraza: *Bar de Chic*. Mientras se desembarazaba del malestar y el asco, solo quiso ver los movimientos ondulantes de la niebla. En la confusión de su blancura, un anciano cruzaba la glorieta. Le hizo un saludo de rutina y el viejo le contestó sin mirar con el bastón en alto.

La casa de Dejo era una biblioteca de letras clásicas muy completa que circunstancialmente le servía de dormitorio y cocina. Los tomos enfundados en cuero de ediciones centenarias se alineaban con brillantes fascículos de revistas jurídicas. Dovidjenko y Bellina se agolpaban sobre el escritorio sobrepoblado de papeles amarillos y de los códigos judiciales vetustos del erudito.

—Explícame lo del patrón —le pidió Dovidjenko.

Dejo, sentado tras su computadora, explicó:

—No lo imaginé... hasta que Bellina y yo recibimos la llamada sobre el crimen en el bar.

Introdujo al buscador de internet la dirección electrónica del Instituto Milanés de Estudios Homéricos.

—Esta es la página de un buscador filológico de estudios clásicos. Su base de datos contiene información sobre todos los pasajes de textos clásicos originales provenientes de cualquier soporte: tablillas, pergaminos, papiros, códices. Se usa para confrontar posibles nuevos hallazgos de fuentes escritas antiguas: saber si es una copia de texto que ya se conoce, si es una variación notable de uno ya conocido, si es absolutamente original. Cuando introduzco los caracteres que grabó el asesino en la Quinta Leone, miren lo que arroja.

—¿*Catalogus navium*?—frunció el ceño Dovidjenko

—El Inventario de las Naves —tradujo Dejo—. Es el canto segundo de la *Iliada*.

—¿No es el catálogo de las naves?—dijo Bellina.

—*Catálogo* es cacofónico e *inventario* se ajusta al sentido —bufó Dejo y se sonrojó—. Es mi traducción. Eso no importa. Es un pasaje de la *Iliada* de Homero en el que se enumeran las fuerzas griegas que combaten contra Troya. A partir del sitio de procedencia de los barcos y de los nombres de sus líderes se recorre prácticamente toda la geografía del Egeo. Pero ello siempre ha supuesto un problema filológico, histórico y geográfico bien conocido: ¿en qué orden hace Homero su enumeración? Para quien sabe de estudios clásicos, es un problema de primera prioridad. Supuse que también para un asesino que transcribe en lengua original un canto homérico.

Bellina examinó con mirada superficial el mapa de la península del Peloponeso salpicado de puntos negros que indicaban los pueblos de origen de los combatientes enumerados en el Catálogo de las Naves.

—Se pensó que Homero los enumera en círculos concéntricos. El más interno avanzaba en sentido horario y los otros se alternan de un modo más o menos arbitrario: horario y antihorario.

—Eso no es un orden —dijo Dovidjenko.

—No hasta que Felice Vinci desplaza la geografía homérica del Egeo al Báltico. Mediante el análisis de toponimias y de movimientos migratorios, demuestra que el Egeo homérico encubre, en realidad, una geografía mítica que remite a la tierra de donde venía la migración indoeuropea que pobló el Peloponeso: aparentemente el mundo balto-escandinavo. En ese espacio, la clásica indicación de ir contra el sentido de las agujas del reloj funciona a la perfección.

Indicó el mapa de la guía telefónica local con las calles del barrio entreabierto entre las rumas de libros que circundaban a su computador:

—Quinta Leone y luego el Bar de Chic, hacia la derecha de la quinta.

—Es un asesino muy culto —ironizó Dovidjenko.

—Muy fantasioso —subrayó Dejo, cogiendo las fotos desperdigadas por Bellina en su mesa de trabajo—. Esta barbaridad que hizo con los cuerpos... Demoré en verlo, pero... —abrió un libro de ilustraciones: indicó un ánfora de cerámica con figuras de toros despedazados a partir de incisiones en cruz entre costillas y vientre; en primer plano, bien definidas, eran visibles las extremidades desplegadas y mutiladas de las bestias, flanqueadas por sables y cráteras de vino a izquierda y derecha—. Es una pieza del siglo VI a. de C., extraída de asientos lacedemónicos tempranos. La perspectiva es casi inexistente y la filiación estilista dudosa, entre corintia y ática, pero la imagen es lo suficientemente clara. Se trata de un sacrificio de toros a Zeus Olímpico, cuyas carnes han sido dispuestas para el banquete de los combatientes. De acuerdo con la ortodoxia sacrificial, los toros fueron degollados y destripados; luego, los muslos se despedazaron y se quemaron untados en sus grasas junto con las vísceras, los ojos, las patas... —cogió las fotos de los cadáveres que Bellina colocó sobre su escritorio: un cuerpo eviscerado, empapado de sangre, con las costillas abiertas—. Como pueden ver, el asesino copió el patrón del sacrificio. Si hurgan entre los intestinos quemados, creo que encontrarán los muslos de la chica.

—En efecto, hay tejido muscular estriado —dijo Bellina—, pero no lo asociábamos con ella.

—Te voy a contratar de patólogo, letrado —Dovidjenko se rió entre dientes y dio un codazo a Bellina—. ¿Qué sabemos de las autopsias? ¿Tenemos identificaciones positivas?

Bellina leyó su *palm*:

—Jóvenes de la zona. Hemos identificado al hijo mayor de los Barezzi. La chica era una suerte de diva y poetisa local: Elsa Haslam. A diferencia de los vagos de la Quinta Leone, eran bebedores ocasionales, con familias y estudios, en algunos casos de nivel superior.

—La ornamentación del crimen puede responder a la condición sociocultural de las víctimas —especuló Dovidjenko.

Dejo abrió un ejemplar de la *Ilíada* y manoteó las páginas hasta alcanzar el canto segundo.

—Me parece que hay un motivo más fuerte —dijo, la mirada inquieta—. En la *Ilíada* II, 420, el *Inventario de las Naves*, hay un sacrificio de toros a Zeus Olímpico, justo antes de que se inicie la enumeración. Es verosímil pensar que está recreando el relato del canto segundo.

—¿Quieres decir que esta asquerosidad puede ser apenas un preludio? —preguntó Dovidjenko.

—No lo sé —Dejo agitó la cabeza—. Ese es terreno desconocido para mí. Soy erudito, no detective.

—Tengo algo —dijo Bellina, sacando una vez más su *palm* del bolsillo y conectándola al puerto de entrada de la computadora de Dejo—. Son fotos de la autopsia. Pedí que los chicos me las mandasen apenas tuviesen novedades. Bájalas.

El letrado tecleó la secuencia estándar y la imagen digital se perfiló instantánea en el monitor. Era la mujer mutilada, desnuda, sobre el brillo metálico de la mesa de disección. Su cuerpo exhibía la voluptuosidad de tatuajes ofídicos que

discordaban con sus carnes magras y amarillas. Las caderas anudadas de bailarina destacaban a primera vista por sobre sus extremidades de juguete y el aspecto escuálido de su musculatura. El tajo en cruz de cuello a vientre, los ojos vacíos y los cabellos oscuros y alados bajo el tórax la hacían asemejarse a un insecto de mirada intensa en plena vivisección.

—Debieran ser solo crímenes sexuales —observó Bellina—. Es muy bonita.

—Algunos asesinos en serie matan por fijaciones en alguna experiencia sexual traumática de la infancia —comentó Dovidjenko, examinando detenidamente la foto. Los dedos enguantados de un forense indicaban la sección interna del brazo derecho—. A veces, violación o una iniciación sexual que conduce a un erotismo retorcido. ¿Qué señalan tus asistentes?

—Hay un acercamiento —. Dejo presionó una tecla y se deslizó la siguiente foto. Era un primer plano del brazo destacado. Pequeños caracteres diseñados con una hoja o aguja muy fina recorrían el borde interno y piloso de la extremidad que hacía ángulo con la axila. Una tercera foto les dejó claro que los caracteres eran escritura griega una vez más.

El letrado leyó de inmediato, en medio de la ansiedad de Dovidjenko y Bellina.

—Βοιωτῶν μὲν Πηνέλεως καὶ Λήϊτος ἦρχον

—En español, maldita sea —se quejó una vez más Dovidjenko.

—«Al frente de los Beocios iban Peneleo y Leito» —. Corrió con los dedos, nervioso, las páginas de su ejemplar de la *Ilíada*, que había cerrado sin percatarse. Se detuvo en una pieza cuando alcanzó la línea y el verso buscado—. Es el comienzo exacto del inventario...

Bellina desconectó su *palm*. Se dejó caer en un sillón de paño verde que invitaba a la lectura o al sueño. Se desajustó el abrigo de botones y pechera cruzada. Subió los pies a una mesita de centro asfixiada de publicaciones de todo tipo. La habitación-estudio olía a los deodorizadores de ambiente esparcidos por Dejo para que las estanterías no sucumbieran al hedor de la humedad y el encierro.

—Pero ¿a cuántos más puede matar? —se frotó la frente—. Esto es

desquiciante. ¿Qué va ha hacer? ¿Una masacre genocida? ¿Y puede...? No sabemos nada de él, tal y como cuando empezamos en la Quinta Leone.

—Olvidas que sabemos que mata a trece personas a tiros sin que estas sean capaces de reaccionar —interpuso Dovidjenko, sentándose a su lado— y que somete y despedaza a sus víctimas sin oposición aparente.

Bellina sacó nuevamente su *palm* del abrigo y leyó el nuevo mensaje que anunciaba un zumbido electrónico.

—Las víctimas no se oponen porque tienen *menos* en la pituitaria —explicó—. La disección de la cabeza de Haslam y de los otros cadáveres ha descubierto trazas de *menos* en las vías olfativas y efectos colaterales de la adicción en el sistema vegetativo.

Guardó la máquina y añadió:

—Los chicos debieron drogarse en otro sitio antes de ir al Bar de Chic. Por eso no encontramos ni una pizca de *menos* en el bar.

—El *menos* de nuevo —dijo Dovidjenko—. ¿Qué más sabemos de él?

—Solo conocemos la información del boletín internacional de fármacos y el tratamiento de dos casos de sobredosis en el hospital público —respondió Bellina—. OMS piensa que es de manufactura asiática, pero Human Health y Drugs International se abstienen de opinar. En las calles, los *dealers* de *skunk* y cocaína se acusan mutuamente de venderla. Probablemente ambos grupos lo hacen, pero no tenemos datos concluyentes.

Miró el gesto insatisfecho de Dovidjenko y sugirió:

—También podemos declarar que solo es una disputa de pandillas y pedimos vacaciones.

Dovidjenko negó con la cabeza.

—Sabemos el patrón. El asesino se moverá por el flanco izquierdo del barrio en busca de aglomeraciones de viciosos para planificar una escena asimilable a las del Inventario de las Naves. Es un perímetro de cuarenta cuadras, que incluye el bulevar de los artesanos, los hospicios de mendicantes y el malecón de la Marina.

—Podemos concentrar agentes en las encrucijadas e implementar redadas cada doce horas y allanamientos si es necesario —dijo Bellina—. Dentro de veinticuatro horas tendré a las pandillas del malecón y de los hospicios fuera de las calles.

—Todas son medidas preventivas —observó Dovidjenko, impaciente—. Necesitamos saber quién es.

Enmudeció mirando en el monitor del computador la foto de Elsa Haslam destripada. Frunció el ceño y preguntó:

—¿Por qué el asesino separa a la chica de los otros cuerpos?

Dejo parpadeó:

—¿De qué hablas?

Dovidjenko buscó en el escritorio las fotos del cadáver de Haslam y las del salón de la Quinta Leone.

—Es lo mismo que con la batichica *freak* amiga de la hermana de Bellina, María —enseñó la foto del cadáver femenino baleado—. Cuando la encontramos, ninguna de las víctimas tenía contacto físico con ella. Por el desorden de los cuerpos, ni siquiera parecía significativo. Fíjense.

En la sala de los espejos de la foto, una media docena de cadáveres permanecía visiblemente dispersa. A distancia considerable, aparecía, bocabajo, la mujer con las pantimedias de redes rojas. Dovidjenko añadió:

—Pero en el caso de Haslam es clarísimo. El asesino las separa a propósito de los demás cadáveres.

—Tienes razón —asintió Dejo—. Que sepa no existe ninguna alusión de este tipo en Homero. A decir verdad, la ortodoxia prescribe animales del mismo género...

—Aquí hay otra cosa —aseguró Dovidjenko—. Un tipo de clave o desafío... Está diciendo algo de las mujeres.... o sobre sus mujeres.... o sobre su móvil.

¿Qué es?

El viento del ocaso soplabá con fuerza cuando salieron a la calle. Dovidjenko y Bellina caminaron presurosos hacia el auto por la inminencia de la lluvia.

—¿No desconfías de él? —preguntó el comisario, mirando hacia la casa de Dejo—. Erudito, no tiene más de cuarenta y cinco y sabe al detalle cómo actúa el asesino. Parece de manual.

—Entonces, también tendrías que desconfiar de mí —dijo Bellina—. El asesino no solo conoce del mundo griego, sino que ha estudiado anatomía humana. ¿Tienes idea de la cantidad de tejido y venas que tuvo que remover para dejar los cuerpos con ese aspecto? Que yo sepa, el único en el barrio con título de forense soy yo.

Se metieron a su auto justo cuando empezaba la lluvia. Las piscinas de agua reflejando las calles y las casas eran una pesadilla. Dovidjenko no tenía ganas de seguir en ese infierno. Parpadeó, muy cansado.

Llovió intensamente toda la noche. En un momento impreciso de la madrugada cortaron la luz eléctrica. El golpeteo metálico de la lluvia en los tejados no dejaba dormir a Dovidjenko. En la oscuridad, no supo por qué, imaginó que el asesino recorría la mampara azul del cuarto de su hermano. Su visión no le daba silueta, pero lo intuía como una sogá o una daga húmeda, al alcance de la punta de los dedos. Despertó sudando, atascado en su mismo vaho, con una sensación de agua amarga en la boca.

—Está adentro —indicó Bellina.

Las patrullas y las cintas amarillas impedían el tránsito libre en los terrenos del hospital para enfermos mentales. Llovía desde antes del amanecer y los curiosos se amontonaban tras los paraguas y el cerco perimétrico de los agentes de policía. El cielo permanecía inmutable, sin visos de despejar.

—¿Están absolutamente seguros? —preguntó Dovidjenko, en medio del chisporroteo ensordecedor del agua.

—Absolutamente —contestó Bellina, cubriéndose la cara una y otra vez lavada con las solapas insuficientes del abrigo—. Ha disparado. Le dio a Simmel y Sauwe cuando revisaban unas pintas en el muro norte.

—Adivino —dijo Dovidjenko—: balas de calibre de nueve milímetros, de la Browning HP de la Quinta Leone.

—Exacto —Bellina fue interrumpido por un cabo que le encajó en la oreja derecha un enlace de comunicaciones—. He mandado a Dejo para que vea las pintas. Es griego de nuevo.

—Carajo —maldijo Dovidjenko, examinando un mapa del barrio completamente desfigurado por la humedad—. Siguió el patrón del Inventario de las Naves: contra el avance del reloj. Pero solo tuvimos en cuenta la protección de las aglomeraciones públicas de gente. No pensamos en las cautivas.

La patrulla que traía a Dejo desde el muro norte se detuvo salpicando al lado de ambos.

—Son unos inconscientes, naturalmente —les increpó el letrado, chapoteando en el lodo—. ¿Cómo me traen a esta hora? Tenemos alerta de tormenta.

—Como fuese, te necesitamos en este momento —dijo Bellina. Un agente los cubrió con un paraguas impotente frente al diluvio—. ¿Qué dicen las pintas?

—Σκαμάνδριον, la llanura escamandria —buscó secarse la cara con una mano—, no es una cita del canto segundo en particular, sino un sitio donde transcurren los combates entre los griegos y troyanos durante el asedio. Está entre las playas y las murallas de Troya.

—¿Un campo para los duelos de campeones? —inquirió Dovidjenko

—Un terreno de masacres —precisó Dejo—. No había ganadores hasta que no se sacasen la lengua o los ojos. Los carros de combate arrastraban los cadáveres de los vencidos hasta despedazarlos.

Dovidjenko chasqueó la lengua y cruzó los brazos.

—Tenemos veinte personas dentro, sin contar a los locos —terció Bellina—. Hace media hora que intentamos comunicarnos con el asesino o con alguien de adentro. No obtenemos respuesta.

—Sabemos que los *serial* no negocian —bufó Dovidjenko, a quien conectaban otro enlace—. Debe de estar haciéndolos pedazos si lo considera indispensable para cumplir su ritual maniático.

—¿Entramos? —preguntó Bellina, tras un breve silencio.

—Bajo mi responsabilidad —asintió Dovidjenko, sacando su arma—. Ahora. Con francotiradores. No perdamos un minuto.

—Muy bien —dijo Bellina, hablando hacia el enlace—. En posición todas las unidades, confirmen —. Las respuestas se sucedieron, infladas de ruidos parasitarios y de estertores de la lluvia —. Dovidjenko al mando... ¡Entramos! ¡Entramos!

Al instante, el pelotón de agentes armados con protectores pectorales traspasó las rejas del muro del hospital. Las charcas de fango explotaron sucesivamente bajo las botas y las correrías. Dovidjenko y Bellina, las pistolas desenfundadas, saltaban en zigzag en medio del pelotón que desaparecía a zancadas en el escorzor de la lluvia. Llegaron casi sin aviso al vestíbulo de luces fluorescentes del pabellón principal.

—A derecha e izquierda —indicó Bellina por el enlace.

En el silencio de los sucesivos pasillos de iluminación oscilante no hallaron a nadie. Puerta tras puerta, las armas enfiladas, solo las sillas de espera, los aparadores de atención, las computadoras encendidas y solitarias. Los agentes se dispersaban con mayor celeridad.

—¡Entren! ¡Entren! —radió Bellina, mientras recibía media docena de solicitudes por el receptor auditivo—. Tenemos asegurada la primera planta. ¡Entren!

Sonaron balazos inesperados dos habitaciones más adelante.

Dovidjenko, sin saber qué pensar de cada encrucijada a oscuras, entró a lo que parecía la celda de un paciente. Una cama, las paredes acolchadas, un agente con una metralleta descerrajada, un hombre sucio acribillado de pies a cabeza.

—Se me lanzó —se excusó el agente, retrocediendo.

—Es un loco —identificó Dovidjenko con mirada expeditiva—. ¡Paramédicos!

Corrió sin detenerse a otra habitación y a la siguiente. Solo la continuidad de pasillos y más cuartos múltiples y silenciosos. Saltos de la luz a la oscuridad. Y sin previo aviso una vez más a la lluvia. Había cruzado la longitud completa del edificio.

—¡Dios mío! —exclamó.

En la playa en que desembocaban los fondos del hospital parecía diluviar.

—¿Qué es? —dijo Bellina.

Ambos vieron, trastornados, la matanza. Ahí estaban los médicos, los pacientes, los enfermeros, los empleados, todos sin cabezas, clarísimos en el lodazal de la tempestad por sus batas blancas ondulantes al viento. Permanecían ensartados de las entrepiernas en afiladas picas de madera de muelle. Algunos seguían hundiéndose por pura gravedad. Era una formación caótica, extensa, de la que la lluvia deslavaba sangre y su propia humedad sucia e inacabable.

—¿Dónde están? —musitó al cabo de un instante Dovidjenko, los ojos fijos en la matanza.

—¿Qué? —dijo Bellina.

—Las cabezas —contestó, y echó a correr por la playa entre los cadáveres diseminados.

Atrás venía Dejo, que palideció, vomitó de inmediato al ver los empalamientos. Trató de racionalizar lo que veía, nervioso:

—Parece imposible. Es un rito militar muy remoto, común a todos los pueblos indoeuropeos. La decapita...

Dovidjenko salió de la formación, mirando a izquierda y a derecha, temiendo por debajo de sus certezas que alguna mano lo tocara en el laberinto de la noche y la lluvia. Casi sin aliento, alcanzó un bote de pescadores varado contra bancos de arena en el límite con el mar. Los agentes corrían sofocados detrás de él. El bote estaba enfundado por una manta carcomida por los líquenes y la

intemperie y la alzó de un manotazo. Y, sin aviso, las cabezas, todas las cabezas de los locos, de las enfermeras, de los médicos, los ojos y los sesos desbaratados, los cabellos trasquilados, oliendo a carne fresca y a sal de mar.

Quiso vomitar, pero lo impidió la mano pequeña y pálida que se distinguía entre las cabezas. La jaló como quien jala un gusano en una pesadilla. Los agentes tuvieron que retenerlo, apaciguarlo, para que no se desgañitase ahí, para que no se lanzase como un loco a gritar cuando alzaba al cuerpo destripado de su hermano entre los ojos y los sesos, cuando lo abrazaba con la expresión desorbitada, demolida. Gimoteó, lo siguió acariciando, mientras los agentes lo ayudaban a sacarlo de entre las cabezas y a la vez lo sujetaban a él que estallaba en una mueca de llanto o gemido.

—¡Calma! —le pidió Bellina, le quitó el cuerpo y miró al vientre: —¡Es una endiablada colestomía múltiple! —. Le tocó el pulso—. ¡Está vivo! —. Gritó por el enlace: —¡Paramédicos, aquí, carajo! ¡Paramédicos!

Examinó atentamente las fosas nasales.

—Lo han intoxicado con *menos*. Parecen cantidades preoperatorias.

Dovidjenko abrazó a su hermano y lo besó en la frente.

—¿Quién fue? —le dijo, viendo que se movía.

El chico balbuceó:

—Un anciano con bastón me sacó de casa —se desmayaba a ratos—. Me habló de que tú me buscabas. Al final estaba loco... Me dijo que era Dios Todopoderoso.

Dovidjenko quedó paralizado. «Yo lo vi», se exaltó, mientras se acrecentaba en su memoria la visión de la niebla fuera del Bar de Chic.

Sacaron al chico en una camilla, mientras agentes peinaban el pabellón. No paraba de golpear la lluvia, caía a baldazos.

—Todo los cadáveres están tatuados —constató Dejo, corriendo estremecido tras Bellina—. Pero dicen lo mismo... Es ilógico: «Los ricos teucros de Zelea que beben el agua negra del Esepo...».

—Es una pesadilla. No estoy bien —irrumpió el letrado en la delegación policial. Tenía el aspecto tenebroso de las angustias meditadas—. ¡Nos equivocamos! Y esta tormenta maldita encima...

Bellina fumaba tras su computador, el semblante inexpresivo. En su pantalla giraba el ojo satelital de una tormenta ciclópea perfilada sobre una sección de planisferio verdiazulada.

—Especulan que el anticiclón se ha debilitado por una desviación casi imperceptible del eje de la Tierra —advirtió, frunciendo el ceño—. ¿Es posible? Los climatólogos no indican nada definitivo en sus páginas web.

—Esto es serio, Bellina —se dejó caer en el sillón frente a él—. ¿Dónde está Dovidjenko?

—Aquí estoy —dijo Dovidjenko, quitándose el sombrero y colgándolo a las malas en el perchero—. Parece que escampa. Vengo del hospital—. Cerró la puerta casi al mismo tiempo.

—¿Cómo está tu hermano? —preguntó Dejo.

—No muy bien—explicó, sacándose humedad de la frente—. Le han revertido las cirugías espantosas, pero temen por la intoxicación con *menos*.

*Es una típica maniobra killer. Es su forma de decir que sabe quién dirige la investigación.*

—Hemos estado equivocados, Dovidjenko —parpadeó Dejo—: hemos estado interpretando mal el canto segundo. Como leían el orden de las naves los comentaristas clásicos. ¡La interpretación del asesino es distinta!

—Hay un anciano en esto —dijo Dovidjenko—. Fue quien sacó a mi hermano de casa.

—Es cosa de viejos —se puso de pie Dejo, moviendo la cabeza.

—De un ejército de viejos —Bellina no pudo evitar la ironía.

—Está siguiendo a los gnósticos cristianos de la Baja Edad Media —explicó Dejo—. Se desplaza reproduciendo el canto segundo según una alegoría apocalíptica.

—Eso es un cuento —bufó Bellina, soltando humo—. ¿«La muerte y la brújula» de Borges? He leído muchas historias policiales cuando estudiante.

Dovidjenko dio un respingo, harto de la lluvia, del perfil de su hermano en la camilla. «Si esto tiene algún sentido, por Dios, debe ser ahora».

—¿De qué demonios hablas, Dejo?

—El canto segundo siempre fue un problema —Dejo cogió unos papeles del escritorio de Bellina y empezó a dibujar trazos largos, fantasiosos, acentuados en los extremos—. No sé cómo no pensé en ello. Fue un problema para los glosadores de la Baja Latinidad y una *crux desperationis* para los neoplatónicos desde Pseudo Dionisio Areopagita hasta el Renacimiento. Es un mamarracho de interpolaciones que los filólogos nunca tuvieron bien claro. ¿Cómo no me fue groseramente evidente? ¿Arcaico o pastiche? Una hoguera de vanidades. Todos los pueblos griegos querían tener inscrito su nombre en el Inventario de Homero y con seguridad la lista se fue ampliando conforme avanzaban los siglos y el prestigio de la *Ilíada*. Su entonación petulante... Borges lo llamó la pretenciosa enumeración de un poeta inseguro de sus magias. Los glosadores cluniacenses del siglo XIII pensaban que el diablo habitaba ahí...

—Cálmate —pidió Dovidjenko. Se sentó a su lado. Le clavó los ojos—¿Qué sabes?

—Sé dónde está el asesino —dijo Dejo.

Por un instante solo fue perceptible el zumbido levísimo de los calefactores. Las cortinas de lluvia escurrían las ventanas. El tiempo parecía el silencio.

—No te das cuenta hasta que piensas: «El Inventario no solo es la lista, es el canto completo».

—¿Y?

—Saulo de Montefiori señala en su *Antigua Glosa del Códice de Santa Teodosia*: «El Inventario de las Naves es nefasto porque enseña que Dios miente».

—Lo que el viejo le dijo a mi hermano...

—¡Primera clase de análisis de texto! —restalló Dejo—. El argumento del canto...

—¿Qué pasa con el argumento del canto?

—Jamás lo examinamos. Da miedo ver cómo hemos estado ciegos. Es así...—. Trató de hacer memoria.

*Yo lo conozco: «Zeus, el que porta el trueno, empeñado en restituir nombre y honra a Aquiles Pélida, envía un sueño a Agamenón, pastor de hombres, en que promete victoria a las huestes invasoras si atacan con fiereza a la bien protegida Troya al despuntar el alba. El dios profiere engaños para perder a los atacantes y así se vean obligados a recurrir a Aquiles, el de los pies ligeros, y se humillen largamente ante él. Agamenón convoca a los reyes griegos y, por su consejo, miente a las huestes multitudinarias reunidas al pie de las naves; les anuncia retorno sin gloria a su tierra natal tras nueve años de combates inútiles. Disconforme de ello, Odiseo, pastor de hombres de multiforme ingenio, azuza a los héroes valientes y a los desidiosos montado en su veloz carro de combate. También les miente con augurios, profecías, glorias sin fin si permanecen en el sitio, alzados en armas. Al despuntar el alba, Agamenón, pastor de hombres, rey de reyes, conocedor y beneficiario de su treta, conduce a la hueste más numerosa de los nueve años de asedio contra las murallas de la bien guarecida Troya, desconociendo que es solo víctima del engaño de los dioses».*

Dejo dilató las pupilas al concluir la síntesis.

—¿No entienden? —siguió dibujando con la mano izquierda, haciendo trazos que parecían alas—. Los neoplatónicos estaban espantados. La Antigüedad Clásica debía contener en su seno a la verdad cristiana, cada texto debía poder leerse como una alegoría de la Revelación Cristiana: Dios debía anidar en cada metáfora. Los textos romanos se ajustaban casi como domados; los latinos son casi antepasados morales de los cristianos con sus ideas de virtud cívica, de austeridad piadosa, pero el canto segundo de la *Ilíada*... Mentira tras mentira, el

orden del universo es un embuste en la *Ilíada*. La cara de la verdad es la cara de la transmutación, de Satanás, amo de lo mutable.

Bellina hojeó lo que Dejo dibujaba. De un solo trazo, sacaba elipses, alas de las elipses, una tras otra. El estado de excitación emocional de Dejo parecía sobrepasar por momentos los límites del mero nerviosismo. Sacudía las manos.

—Naturalmente, los gnósticos se lanzaron sobre el canto segundo. Los gnósticos pensaban que el universo no era obra de Dios sino de un diablo que nos engañaba. Basílides, en el siglo II de nuestra era, dijo que el cosmos era una temeraria o malvada improvisación de ángeles ineficientes. Si la verdad de Satán habitaba los textos clásicos, deberían mostrar el cariz monstruoso de su faz a cada paso.

El dibujo de Dejo continuaba. Salía una cabeza de un talle aplanado y alto, de bases vaporosas e infinitamente dilatadas. Las alas tenían ojos, decenas de diminutos ojos de pupilas agresivas.

—En el *Liber adversus omnes haereses* —Dejo sacó una cabeza más y otra cabeza del tronco monstruoso— se resumen las doctrinas gnósticas de Satornilo y Carpócrates, heresiarcas menores, pero que alcanzaron condena universal de la Iglesia. Para ellos, la mentira del diablo era la verdad de Cristo. Para ellos, la Buena Nueva del Evangelio se volvió la cara infesta de las mil mentiras del Diablo. Si el ángel es el mensajero de la verdad, a este lo delata su abominable anatomía de embustes.

Enseñó el dibujo que había terminado. Era una emanación de altos vapores envueltos en seis pares de alas con ojos de pavo real. Sobre el cuello cuatro cabezas: de león, de toro, de águila y de hombre. Nadaba en un océano que parecía de fuego.

—Este es Metatrón, también llamado Miguel, el ángel del Fin del Mundo —indicó Dejo—. Es un animal santo. Las cuatro cabezas son por su condición de mensajero de Dios. Los Cuatro Evangelios y él son uno: Mateo es el hombre, Juan es el águila, Lucas es el toro y Marcos es el león. Su presencia debe anegar el Inventario, gritar por todas partes.

Saltó al mapa del barrio, atravesado por los tintes y marcas de cercos, perímetros, escenas del crimen:

—Quinta Leone es el león, en el Bar de Chic los despedazó como becerros, es decir, toros. En el manicomio nos gritó: «Los ricos teucros de Zelea que beben el agua negra del Esepo...». Cualquier erudito clásico sabe que Zelea era famosa en la Antigüedad por sus águilas. El asesino nos está matando con una alegoría medieval del Fin del Mundo.

Dovidjenko y Bellina estaban de pie, aturcidos.

—Dices que sabes dónde está —Dovidjenko lo tomó del brazo, que temblaba.

—Falta el hombre, San Mateo —dijo Dejo—. El hombre es él, que nos engaña y acorrala. Como Zeus desde el Olimpo.

Dovidjenko se quedó inmóvil:

—¿La zona más alta del barrio? —preguntó.

—El observatorio climatológico —identificó Bellina—. Y justo se llama Olimpo.

Dejo asintió:

—Es su nido. No hay otro sitio.

Dovidjenko fue al perchero, se puso el sombrero:

—Vamos al observatorio. Bellina, llama al escuadrón especial. Rodeamos el sitio de inmediato.

—Imposible —negó Bellina—. Van a estar muy ocupados evacuando la zona. Estamos bajo alerta de huracán.

Y señaló la pantalla brillante del computador con el ojo satelital y el inmenso boletín rojo de huracán en el Pacífico Sur.

*Vienen al fin.*

En medio de la calma inexpresable del anuncio de los vientos, el automóvil de Dovidjenko corría hacia el observatorio. Las calles no solo permanecían oscuras,

sino despobladas. Jamás como ahora el comisario sintió la persistencia de cada esquina y declive como un infierno angular y certero.

—El huracán toca tierra en veinte minutos—dijo Bellina, de copiloto, mirando la página climatológica en su *laptop*—. Debemos partir ya, Dovidjenko.

Pero sabía (estaba convencido) de que no darían la vuelta, de que no tomarían el camino de las patrullas de emergencia y las evacuaciones.

—La más pavorosa locura—susurraba Dejo temblando, detrás—. ¿Y si en efecto es Dios? ¿Y si el huracán también sucede por su obra?

Los perros aullaban bajo el fondo de las calles vacías y abismales y el cielo inapelablemente gris. Y el viento empezó. Primero suave, casi imperceptible. Luego, fue adquiriendo un ondular que arrastraba basura, papeles, las copas de los árboles más pequeños. Un gato combatía contra el viento mientras lo golpeaba un bolsón de lluvia. Dovidjenko aceleró.

En el descampado aledaño al observatorio decenas de veletas giraban histéricas. Cuadró el automóvil cuando los vientos eran una azotaína que hacia explotar los vidrios del edificio. Se metieron a través de una puerta de vaivén que se movía sin pausa. Los muebles de la recepción se arrastraban de izquierda a derecha zarandeados por mucamas invisibles.

—¿Dónde puede estar? —preguntó Dovidjenko.

—En un lugar muy visible —contestó Dejo—. Dios en su gloria.

—El telescopio del planetario —indicó Bellina.

Sí.

Corrieron mientras el estruendo de los vientos ensordecía cualquier sonido, cualquier comunicación. Sin embargo, Bellina alcanzó a decir, sobresaltado:

—¡Alto! Falta algo. ¿Por qué el rito con Elsa Haslam, con María Kodama, la batichica *freak* de la Quinta Leone?

Sí.

Entraron a un gran salón oval. El anciano de bastón los esperaba, mientras los tímpanos parecían reventarles.

*Yo soy el dios ciego que gobierna este abismo de embustes* —vocalizó con voz de trueno y fue claro a pesar de la ventolera inclemente.

Dejo se lo topó cara a cara y dijo, incrédulo, tiritando:

—María Kodama es la esposa de Borges, el cuentista...

*Y Haslam el apellido de mi abuela* —asintió el anciano ciego, sin dirigir los ojos a ninguna parte. Asentó el bastón en el piso y continuó sin énfasis—: *Naturalmente, en la oscuridad de los últimos días, la cara de Dios es la cara de un asesino. Quien lee al reguero de cadáveres como una clave del sentido oculto de la mente de un hombre tiene más fe en Dios que un monje que ora en su mazmorra. Niega la equivocación, la casualidad, la malignidad de la naturaleza. Toda investigación es una teodicea. Y aquí heme, Dios. Yo los imagino para que piensen que siguen a un criminal, que el criminal los sigue a cada esquina del barrio, pero cazador y cazado solo testimonian la fe en el orden, en que las pistas que se dejan y se persiguen forman una figura nítida y legible en la última línea. Pero nada pasa, nada se lee porque los signos solo saltan y se mezclan en la promiscuidad ilegible de mi voz. Yo solo me dicto líneas donde ustedes son criaturas imaginadas, en las que no se dan cuenta de que lo son hasta este instante, en las que oculto mis fantasías y citas familiares —metrópolis axiomáticas, apellidos impronunciables, heresiarcas adictos a espejos, mi zoología fantástica—, en las que, no obstante, me oculto también tras el sentimentalismo, el miedo y el escándalo de folletín.*

Dovidjenko escuchó inmóvil. No podía decidir si eso era cierto. Pensó en su hermano.

—Usted puede parar esto —señaló al huracán de marabunta.

No —dijo el anciano—. *Deben de entender: Dios no existe sin la imaginación de un hombre. El mundo tampoco.*

Dovidjenko cerró los ojos. El golpe del vendaval lo borró.



## PROXIMIDAD DEL HURACÁN

APENAS DESPERTADO, el señor Linares sintonizó la radio y escuchó que no venía el tercer huracán. Aliviado, bajó al primer piso de su casa, donde su mujer ya combatía con los muebles tumbados por el viento.

—Nos salvamos, Caro —dijo, sin emoción— pero vienen más.

—Y Adelmo, mi hijo, para todo el tiempo en la calle —se quejó la mujer.

Padecía echando las aguas con un trapeador, pero volvían en un reflujó turbio. El señor Linares tomó un balde y empezó a ayudarla a desaguar. Miró hacia la calle con espanto.

«Esta desgracia hasta asusta las ganas», se dijo.

Siguió echando agua a un ritmo constante, como de olas.

Esa noche, vio la imagen de su suegro, don Roberto, muerto hacía años. Apareció cuando el oleaje se embravecía y el señor Linares padecía de un insomnio persistente. El espectro habló desde los artesonados del techo, retrepado en una viga.

«Se acaba», le dijo. «El huracán te lleva».

El señor Linares negó con la cabeza.

—Usted me dijo que no me casaría con Caro. Y mire.

Don Roberto se envolvió en su traje de mortaja y extendió sus manos con gesto amenazador de ave rapaz. Luego, se disolvió entre las vigas del techo.

Al día siguiente, un loco amaneció caminando dormido en el comedor. El señor Linares lo tomó de un brazo y lo guió entre las habitaciones, con cuidado de no despertarle. «Debo atrancar las puertas», recordó. Colocó al loco en la calle y le indicó con un dedo la dirección que debía tomar. Los locos habitaban esa zona del barrio hacía meses. Por un segundo, el señor Linares tuvo deseos de ser uno de ellos.

«Debería mirar a través de sus ojos», pensó.

No escuchó los pasos del cartero hasta que advirtió el chirrido de la bicicleta que este arrastraba. Venía con el ocaso de nubes malvas, enormes.

Desplegó su paquete de cartas y habló con desganado:

—Se cayó la finca de los Dávalos, la que tenía la divorciada. Era una finca grande, como para perderse. Pero decían que la utilizaban mal, Dios sabe...

El señor Linares asintió. Conocía todas las historias, tras cincuenta años de habitar ese barrio. Había comprobado que los rumores se parecían siempre.

—El alcalde espera que el barrio se hunda —dijo.

—Parece a propósito —se lamentó el cartero—. Y no hacemos mal.

El señor Linares le iba a dar la razón. Siempre se imaginaba atacado por algo. «Si no hubiera vivido tanto no estaría viendo esto», pensó, en un arranque derrotista. «Tal vez el mal sea durar». Quiso recordar su infancia, pero le pareció un pozo distante. Vio la cara de un amigo de su juventud, suicida, cuya muerte le dio escalofríos y le hizo prometerse vivir muchos años.

Lo trajo de vuelta el sonido de las motocicletas o un golpe de ola. El cartero y él vieron pasar a los jóvenes que iban diariamente a la playa de noche, escandalosos y alegres. Algunas veces solo pasaban a pie, empujándose, bamboleándose o simplemente gritando conversaciones.

—¿Adónde van? —preguntó el cartero.

—A la rompiente —contestó el señor Linares. Por costumbre tomaban ese rumbo.

Pero esa no era la respuesta, sabía él. Los miraba con intriga. Había jóvenes bellas andando entre ellos. Viéndolas pasar todos los días, ya podía identificarlas sin tener en cuenta la longitud del pelo. Y una joven en especial le llamaba la atención. Era una niña de cabello profundo, de blusas casi desabotonadas, que vestía los pantalones ajustados como una segunda piel.

En sus juegos de empujones, ella parecía un molino de pelos y brazos. Iba de un amigo al otro, la recibían en abrazos. Le tocaban los senos densos y los muslos suaves, sin que ella se quejase, mientras continuaban las manos y el vaivén de los cuerpos moviéndose.

«Tal vez ese es otro rumbo», pensó el señor Linares. Miró su casa, viejo monumento de sueños de otro siglo. «Hay que seguir desaguando».

—En la radio dicen que habrá calma por un tiempo —dijo el cartero.

Los jóvenes se perdieron de vista en el escándalo de los gritos. Parecían venir del mar.

Caro cerró con pulso vacilante la puerta de la habitación en que dormía. Anduvo con el paso lento que le permitía el reumatismo. Llevaba cinco años con un brazo inmóvil y de no usarlo no pensaba en él. Era un lastre de un tiempo lejano e intacto.

—Este Adelmo nunca avisa cuando va a llegar tarde —murmuró con cierto pesar, porque quería escuchar el consuelo de su esposo.

—Lo malacostumbres, Caro. Siempre para fuera de casa.

—Sus amigos lo entretienen y nos deja solos.

—Ya es grande. Ahorita llega.

En el techo de artesonado se dibujaba de a pocos la silueta de don Roberto, esculpido transitoriamente en la madera. El señor Linares, echado en la cama, lo observó con claridad. «Se sienten débiles las vigas», murmuró don Roberto.

—Ya pasarán las lluvias —dijo la anciana, mientras se acostaba al lado del señor Linares—. Iré a la iglesia a prenderle una vela a San Ignacio.

Don Roberto se puso a murmurar: «El mar golpea las vigas, horada sobre mi nuca. ¿No sientes cómo agusana la casa?».

El señor Linares tosió con suavidad. Se miró las manos y estaban amarillas. La hepatitis, la malaria, o solo un color de capricho, se le ocurrió.

—Falta caridad —susurró su esposa.

Afuera, en el paisaje de la marea alta, deambulaban los locos, dando alaridos que el señor Linares, para entretener los pensamientos, seguía como si fueran hilos. Se deslizaba por ellos como por cabellos de mujer. A la distancia de un alarido, a veces, había música exuberante apagada por el límite de la rompiente y el viento. Luego, percibía la lluvia.

—Hoy paró de llover a las nueve —le dijo el cartero al señor Linares.

Los charcos se esparcían azarosamente por la calle. Se alimentaban del agua que el señor Linares empujaba desde su casa con un trapeador. No prestó atención al cartero. La noche anterior, entre la refriega de la lluvia, había soñado con el loco que había encontrado en el comedor. La figura enclenque gritaba en lo alto de un trono en una habitación de concreto. Con una mirada de simio, el demente había tirado unos dados de bordes limados. «Aquí se corta», oyó decir a Caro, que venía mojada por el rocío furioso de la rompiente. Entonces, en una asfixia de mareo y ascenso repentino, el señor Linares había boqueado y abierto los ojos entre sábanas ceñidas por su desesperación.

Siguió trapeando hasta que el sol se puso.

Los jóvenes pasaron inusualmente tarde. Primero dos en motocicletas, las altas aceradas de siempre, con sus motores aullantes. A los quince minutos desfiló el batallón a pie, tan por costumbre desaliñados y alborotados que ya no le

llamaban la atención. «Tienen cara de muertos», pensó el señor Linares. Pero, a pesar de ello, giró para ver a la muchacha que solía observar. Tuvo que admitir, vencido, que encontraba cierto deleite en hacerlo. Ese día la encontró extendida en brazos de un mocetón que la estrujaba en besos, acariciaba su espalda por debajo de la blusa, con los dedos descendiendo, en un masaje suave, entre la piel firme y el pantalón.

El señor Linares descubrió que aún guardaba escrúpulos dentro de sí. Se sintió levemente estremecido. Parpadeó y quiso seguir desaguando la casa, pero una curiosidad mayor lo impulsó a dejar el trapeador.

Sin pensarlo, se adentró siguiendo a los jóvenes por la calle oscura y húmeda que iba a la rompiente.

Avanzaba ocultándose, pues temía que, aunque nunca le habían dedicado más de una mirada, consideraran peligroso a cualquiera que los siguiera. El barullo derruido y los gemidos nocturnos de los locos debían respaldar esa impresión. «El insomnio es peor que eso», se decía el señor Linares.

Llegó a la playa y vio las motos estacionadas cerca de las peñas. Al extremo de la escollera las olas se mecían lentas. Los hubiese perdido tras las rocas, si los jóvenes no hubiesen proseguido lanzando gritos y maldiciones. Se aproximó rodeando las peñas y oyó una radio encendida, que soltaba música estridente. El señor Linares asomó la cabeza para verlos. Encontró una hondonada en medio del roquedal; ahí se habían instalado, con el equipo estéreo de eje y con linternas jugando en la creciente oscuridad. En los cuerpos iluminados por esa luz había una ebriedad convulsa que crecía conforme pasaban los minutos. Algunos se habían dedicado a hurgar en sus mochilas con ojos de niños perturbados. No tardó en hallar a la muchacha de pelo profundo. Observó con el aliento contenido. Ella se quitó la blusa y mostró sus pechos como un truco recurrente de magia. El joven que era su pareja los besó, los lamió, mordisqueó los pezones como si se tratara de ciruelas. Se bajaron los pantalones y lo que les quedaba de

ropa, mientras él le hundía los dedos en las nalgas, las masajeaba siguiendo la tensión de las piernas y las repasaba juntas, una y otra vez, blanqueando los ojos y con el sexo erguido.

El señor Linares tembló. Hubo un cambio de vientos o un ritmo distinto en su respiración. Decidió mirar al cielo. Se dio cuenta de las nubes lentas y oscuras. Percibió una pausa similar a la de su cuerpo en esa atmósfera turbia, como de pantano.

—Déjense de vainas que ya los armamos —lo sorprendió una voz.

Había hablado entre chirridos uno de los que hurgó en las mochilas.

—Nosotros también —dijo el muchacho que se desprendió contra su voluntad de la chica.

Ella y él se cubrieron y se mezclaron con los otros. Se repartió la tanda de raciones, y yerba para la chica y su pareja.

—No sabes lo que te pierdes.

Luego los otros empezaron a aspirar el polvo con insania.

El señor Linares lo conocía desde la juventud.

«¡Nada cambia», pensó.

Vio cómo los jóvenes se columpiaban en brazos unos a otros, cómo la oscuridad se los tragaba perseguidos por linternas. Algunos tropezaron con piedras que emergían de pronto en un haz de luz; se quejaban aullando como animales. Tres se juntaron balbuceando a gritos, se pusieron de acuerdo. Se trepó uno sobre los hombros de los otros dos; vueltos pirámide, empezaron a moverse, y recitaban la letra borrosa de una canción muy vieja. Al señor Linares le sonó a escupitajos. Otros se fueron apretujados a insultar al mar que rompía más cerca, y el resto, como alertados por un latigazo, giraron las cabezas, los siguieron.

Se las ingeniaron, bamboleantes, por el terreno accidentado de pedruscos y declives. Solo eran manchas de oscuridad alejándose. Y el señor Linares los persiguió, dañándose la columna vieja a cada paso.

«Estoy fuera de los escombros», se dijo, sin saber qué significaba.

Por fin se detuvieron en la escollera y continuaron gritando. «Tal vez», pensó el señor Linares, «hasta sangrar las amígdalas». Y eran gritos que buscaban callar al mar, insensatos, disueltos en la oscuridad como un jarabe amargo pero inocuo. Tenían una intensidad de aguacero.

Un joven se puso a gritar, delirando:

—¡Oh, capitán, hay charlies a la derecha, charlies a la izquierda...!

—Calla, pastrulo de mierda —le replicaron.

Y todos se abrazaron, se rieron, luchando por arrebatarle la palabra y callar al mar revuelto que reventaba en cortinas de agua más y más altas.

«Basta», pensó el señor Linares. «Es muy rápido».

Se preguntó dónde quedaba su casa inundada, su mujer de años. «Este es el pulso de los sueños», se le ocurrió.

Un chico, uno de los que tenían motos, repartió más raciones envueltas en papel de aluminio muy pequeño.

—Ahí viene una grande —anunció otro chico y el señor Linares no entendió.

Y ni la chica de cabello profundo rechazó esta vez la invitación. El señor Linares casi la pudo ver absorbiendo la ración diminuta, casi pudo sentir cómo el polvo la asfixiaba por un instante indecible. Entonces un tajo de mar se elevó desde detrás de la rompiente, una pared delgada, oscura, pero rotunda, que reventó sobre ellos. El señor Linares ni siquiera la advirtió hasta que la ola ya espumaba, fresca, y deshacía con estruendo los perfiles de los jóvenes, los volvía siluetas borrosas, y finalmente se dispersaba en cientos o miles de riachuelos por el pedregal. Inmóviles, los vio yacer golpeados por la droga y el agua, asfixiados por una euforia silenciosa.

La muchacha de cabello profundo se arrastró sobre la cara del peñón en que yacía y se quitó la blusa, mientras el agua no paraba de escurrirle. Los otros muchachos se arrastraron hacia ella, en la medida en que el estado de choque lo permitía. Bebieron el agua que manaba de su cuerpo como perros, y todos sin excepción la lamieron, le besaron la boca, le mordisquearon los pechos, le acariciaron las piernas pulgada a pulgada, y le frotaron el sexo frenéticamente.

El señor Linares agradeció que los relámpagos llegaran. Vio a la chica con claridad en medio de ese revoltijo de cuerpos y le pareció una escultura viva de mármol. Vio sus senos duros y el rostro pálido de muerta. Pero los relámpagos duraron apenas unos segundos y luego la oscuridad volvió a los cuerpos un bullo lejano que se movía con temblor de anguilas.

El señor Linares pensó en esa predisposición de los jóvenes para el sexo, para ser deseables y verse deseables. Pretendió ocultarse a sí mismo la turbación que sentía, pero retrocedió con la imagen de la chica masturbada como un rayo de sodio en la cabeza. Deshizo el camino por el pedregal simplemente diciéndose que eso había terminado para él, sin comprender bien por qué, si esa advertencia era miedo o prudencia.

Caminó de vuelta a casa, meditabundo. Más relámpagos lo alertaron para avanzar derecho. Volvió a sentirse culpable de algo inasible. Pensó: «Uno no se casa con quien quiere, sino con quien puede». Y aún así sabía que eso no era todo, no esa simple frase que se repetía sin saber razones, sin encontrar alguna relación entre su matrimonio, esa chica, el fantasma de su suegro y los dementes que habitaban en sus sueños.

Esa noche don Roberto se atrincheró más que nunca en el artesonado. Como repique de campanas hablaba:

«Las vigas ya no aguantan, te lo dije. Las columnas del comedor están podridas y la pared de la habitación de Adelmo se caerá, no resistirá. Las polillas han devorado los marcos de las puertas, puedo sentir cómo trabajan. ¿Las oyes?».

Y el señor Linares las escuchaba.

«El peso de los comodines revienta el piso. Los hongos se comen la ropa. Y el agua se filtra por toda la casa. Las gotas se juntan en chorros, se hunden en el corazón de la madera».

El señor Linares oía la circulación de la lluvia por el maderamen. Era un pulso de golpes continuos. A veces le dolía en los tímpanos.

«Agua y vida», pensó. Pero esa agua no era la de su vida. No era agua para hacerlo germinar. Agua para podrirlo, para igualar la altura de la tierra. Para aplanar la casa. A lo mejor vida para una semilla enterrada o alegría para los locos que deambulaban por ahí. Tuvo pesadillas otra vez con los locos, tuvo sueños de agua. Abría los ojos, furioso. Tras las persianas veía el flujo ondulante de la lluvia. «Y, para colmo, Adelmo no vuelve», pensó.

Despertó con un presentimiento. Extendió la mano y no encontró a Caro. Otra vez debía de haber tenido visiones al amanecer y salido a perseguirlas. «Son pálpitos», le decía ella. «Tonterías», replicaba él, acostumbrado a esos actos de su esposa como síntoma de la locura que destruía su vejez. Se dedicó a esperarla, a tomar la escoba y pendularla arrastrando el trapeador y a sacar el agua. Al mediodía lo sorprendió una llovizna de viento disperso que lo molestó más que las tormentas. Un sinsabor casi palpable le amargó la visión de los objetos: solo veía frontispicios dañados y balcones caídos.

«Ya me voy» pensó y se vio las manos amarillas.

Pero no se resignaba a ser títere de la lluvia. «Ya te entiendo», le decía al golpe de las gotas, casi colérico. «Quieres acabarme».

Se metió de nuevo en la casa y sintió el olor de la madera podrida. La puerta solo era una barrera simbólica: no respiraba más que agua. Su suegro apareció esculpido en los entrepaños de la pared que cerraba el vestíbulo. La madera de sus labios tembló como fauces de una planta carnívora. Hablaba una lengua incomprensible, pero triunfal.

Cuando miró hacia fuera había calma. No temblaba ni el tiempo ni su mirada. El señor Linares se sorprendió pensando con tranquilidad que por fin los alcanzaba el último huracán, el tercero, ese previsto desde un inicio, y que esa era la paz muelle que lo anunciaba. Pensó en Caro. Tenía que ir a buscarla. Abrió con mucha prisa las ventanas del segundo piso, las puertas que comunicaban los corredores. Descorrió los cerrojos de la puerta principal y se fue calle abajo, con todo el apuro que le permitió su cuerpo viejo.

—¡Caro!—dijo gritos— ¡Caro!

Los vientos comenzaron a soplar. Gritó en un camino zigzagueante. Se metió a las casas vacías y tocó a las puertas de las que aún suponía habitadas. En su camino se sintió pesado, trabado, como si a sus piernas las manejara otro que no fuera él. Un jadeo febril, un calor de nieve, le quemó el resuello. «Calma». El agua de la lluvia empezó a caer en la oscuridad creciente y fue adquiriendo el ondular del aire.

No le importó empaparse y así permaneció, quieto, sin ver a Caro surgir de ninguna parte, de ninguna calle de las que buscaba con la mirada tras la tempestad para meterse en ella y volver a casa. Percibió voces lejanas que en esa atmósfera a la deriva eran señales indescifrables. Las escuchó tras las espirales del chubasco y el hundimiento de los techos de las fincas. Ahí donde estaba pensó en Caro o en alguien más pidiendo auxilio con gritos confusos. Se orientó sin confiar en sí mismo y quiso vencer el empuje del viento, pero se halló caminando con las manos apoyadas en el suelo, arrastrándose a gatas sobre pedruscos y escoria, con el aliento perdido, con cualquier simulacro de orientación, por completo extraviado en los pliegues de la lluvia.

Un fragor le indicó dónde se encontraba. El mar gritaba, y eran personas las que le devolvían gritos al mar en ese pedregal arremolinado de agua.

—¡Oh, divino gerifalte! —escuchó proferir a alguien, y había un joven de súbito parado a su derecha, y este observaba pasmado en una dirección oscura.

—¡Calla, huevonazo! —replicó otro unos metros por detrás— ¡Solo hablas huevadas! ¡¿Ahora a quién vas a invocar?! ¡¿Al divino búho?!

—¡Oh, sí! —bramó el otro —¡Divino búho, dame tu sabiduría! ¡Haz que no muera nunca! ¡Haz que no sufra nunca!

Y el joven se derrumbó en balbuceos ahogados.

El señor Linares se le acercó, y lo palpó real, y lo identificó sin emociones como uno de la pandilla que espiaba.

Aparecieron más. Agazapados entre rocas veladas por el temporal, cuyas cabezas a veces se distinguían, resistiéndose al agua y al viento.

El que quedaba de pie, indiferente a la lluvia, hizo ademanes de vidente.

—¡Padre, maestro mágico, liróforo celeste...! —empezó a recitar, y se calló de pronto.

El señor Linares no lo distinguió más. Los vientos hacían de la lluvia corrientes que lo recorrían como electricidad. Se preguntó si esa era una broma de su suerte, o a él también le habían tocado los golpes de locura de la vejez. No quería ser el sueño de un demente. Avanzó entre el oleaje negro de la lluvia y se echó para atrás, asombrado, ante el bulto tendido a unos pasos de él. La identificó con claridad. Era la chica de pelo profundo. Estaba desnuda y empapada en un torrente de barro, revolcándose. Se frotaba la piel tensa, las piernas largas, y los pechos cuyos pezones parecían explotar. Se detuvo al ver al señor Linares. Divertida, extendió una mano. Si no se equivocaba, le pedía que se le uniera. Casi le escuchó un por favor.

El señor Linares se descubrió vacío de reflexiones ante tanto absurdo. No se le ocurrieron frases como «Vivo un sueño» o «Es la fiebre de la lluvia». Solo experimentó un temblor de niño ante lo desconocido que podía cubrir el mar. Increíblemente, se inclinó sobre ella y la tocó; le palpó el cabello profundo, que le parecía lana mojada. Lentamente, bajó los dedos por el cuello, se extasió en sentir el latido de cada arteria bajo la yema de los dedos, en confrontar las sensaciones

percibidas por cada uno de sus dedos: agitación y ansia. Aquí su juicio burló el cerco de los sentidos. Pensó: «Soy el sueño de un demente».

No pensó más. Descendió las manos por los senos, que se le escapaban entre el barro de la lluvia; los sintió leves, casi de nieve, pero plenos de una esfericidad desesperante. Avanzó hasta descubrir la arquitectura del estómago: una dureza y un andamiaje de músculos que no poseía ninguna mujer de su juventud. Se sujetó al cuerpo que se resbalaba entre el diluvio. Caderas que intentaba amasar, piernas que en un golpe de osadía besaba con lentitud de amante buscándose a sí mismo en el amor.

Estimuló el sexo de la muchacha con una lengua paciente, de topo escarbando minucioso, hasta que la escuchó berrear de gozo como una recién nacida.

—Bien, bien —le susurró ella.

El señor Linares sacó del pantalón embarrado su sexo, pendiente y sarmenoso, que adquiriría tensión por momentos. No quiso andarse con miedos de joven. Se tendió sobre ella y se deshizo calentándole los sentidos, los sesos, la grupa. La tempestad era el aire. La volteó y se le subió como un perro, meneando el pubis con el frenesí de un poseso. Adoptó un ritmo que iba en aumento, ajustado de pronto con el chubasco, como si se estuviera montando a la tormenta, adentro y afuera, y su glande hinchado vivaqueara dentro de ella, quebrantándole la vagina, el intestino, el ano.

El ritmo se hizo lento hasta que el movimiento solo era un espasmo largo, un latigazo frío que reverberaba en el cerebro. Y al tercer espasmo la sensación de inyectar una orina blanda como en fuga lo dejó inmóvil, piedra empapada, en negativo por los relámpagos, echando los pulmones afuera, y los gemidos, y la furia de las contorsiones de la muchacha mientras la poseía.

El señor Linares se dejó caer entre el pelo de lana. Devoró un aire que olía a barro y a perfume, y se apartó; sintió que salía de un anquilosamiento sin tiempo. Vio la lluvia en retroceso. Pensó: «No llegó a huracán». Moviéndose, descubrió

el peso del agua en la ropa. Solo entonces se percató de la mujer pequeña que lo miraba desde sus ojos de naufraga, de pie, muy cerca. Escurría la lluvia por cada poro de la piel. El señor Linares supo que era Caro desde el primer momento en que la vio. Se percibió espantoso, incapaz de librarse de sí mismo. La volvió a ver: anciana, destrozada a partir del ceño por un estremecimiento.

—Manuel —la escuchó musitar, y se sintió asqueado e incapaz de reconocerse en su propio nombre.

—¿Manuel? —repetió lentamente la anciana—. ¿Dónde... está la casa?

Entonces, la muchacha de cabello profundo se puso de pie, semejante a una estatua de lodo; se fue caminando, ajena al deseo, y por completo indiferente a ellos.

El señor Linares se irguió, sin saber lo que hacía, y se guardó el sexo flácido. Se sintió grotesco. No sabía respuestas, no quería pensarlas siquiera. Giró la cabeza y vio un cielo nublado, sin huracanes, y una gran avenida de casas derrumbadas. Pensó con amargura: «Debió llegar el huracán». Respiró hondo, sin salida.

—Caro... —empezó por decir.

Pero no prosiguió. Tomó a la anciana de la mano, y la jaló como un peso muerto fuera de ese asco, de esa playa.

Se fueron. Avanzaron a un paso débil, que quebrantaba las columnas. Pero ella no emitió ni una sola queja. Entraron a las calles de los destrozos, él casi sin ver y ella con la expresión fantasmal de mujer ahogada.

Descubrieron, entre charcas interminables, la finca de adobe y estuco cuyos techos había hundido la tormenta y cuyas paredes se habían precipitado unas sobre otras, hartas de humedad. En este panorama de catástrofe, el señor Linares vio saltar burlón al fantasma de su suegro, columpiándose entre las vigas y haciendo maromas salvajes.

«Durar es vanidad», pensó, y se dio cuenta de que no podía pedirle la vida prestada a nadie, ni hurtarle un instante.

—¿Me puedes explicar dónde está la casa? —dijo Caro con un hilillo de voz.

El señor Linares la pasó por alto. Sintió el golpe leve de la lluvia, que aún no terminaba de irse, por primera vez dentro, que colmaba un recipiente hondo y bien medido.

—No sé —farfulló.

Sintió una furia fría que no conducía a ninguna parte.

—¿Y Adelmo? ¿Dónde estará Adelmo?

Las palabras de Caro ya no la inquietaron. La escuchó lloriquear por su hijo.

—Dónde estará —le siguió la corriente.

Se quedó mirando los escombros, convencido para sus adentros de que nada proseguía. Había llegado a un punto muerto: la lluvia, el huracán, los sueños. Pensó en desgañitarse, y echarse a correr.

«Me arrasó», se dijo, a punto de explotar. «El huracán me llevó».

## ORESTES

*Amo la paz (no la paz de la oveja)*

ANTONIO CISNEROS

*Oh, Pilades, ¿qué hacer? ¡Ella es mi madre!*

*¿No me atreveré a matarla?*

*Las Coéforas*

ESQUILO

DIEGO SALIÓ de noche en busca de alimentos. A los dieciséis años había aprendido a andar con harapos y a robarle comida a los locos delirantes y a los pitonisos. Vivía en una casucha hecha de latones y calaminas, al final del tiradero de hojalata que colindaba con las marismas.

Caminaba por el estrecho sendero al que llamaba el Camino de las Lozas Amarillas cuando escuchó la voz del enano. Su pequeña silueta se destacaba sobre la iluminación de yesca que se encendía al interior de la casucha de trapos y latones donde vivían

—¡No salgas! —le advirtió con su voz de contrabajo— ¡Sabes que me estoy muriendo! ¡Quédate a cuidarme!

Pero Diego sabía que el enano mentía, que se había inventado una forma para no decir que temía quedarse solo o, peor aún, de no decirle que temía que los locos lo lincharan o lo desollaran los perros famélicos que merodeaban entre los despojos. Sin embargo, si se quedaba, al día siguiente le gritaría cobarde,

saltaría sobre su vientre, se quejaría de que se estaban muriendo de hambre y él no hacía nada, niño asustadizo que no tuvo el valor de morir como cualquier persona en medio del albañal de esa catástrofe. «Tu padre se clavó un puñal en la cabeza, pidiendo piedad por el cáncer que le comía los sesos», le recordaba. «Dejaste que a tu madre se la llevara el huracán». Diego no estaba de humor para una retahíla de memorias sin fondo, idéntica al eco de las piedras desprendiéndose en los pozos. Lo dejó gritar, pedirle que se quedara, hasta que sus pasos y las cuatro paredes de la casucha lo encerraron en un silencio distante.

Mientras avanzaba envolviéndose en los harapos, Diego pensaba: «Es un miserable, pero es fiel. Hace que no me vuelva loco: es tan hipocondríaco. Además, sería incapaz de intentar engañarme». Recordó que lo había encontrado entre los postes caídos del circo, atrapado bajo cien kilos de madera y un bombo de orquesta a punto de hacerse añicos, con el lodo metido en las narices y en lo hondo de la boca. Lo había cuidado como a un pollito con moquillo, en noches de crisis pulmonares cuando los furiosos de las ventiscas les hacían temer la vuelta del tiempo nefasto de los huracanes. Y a pesar de todo, se habían divertido juntos a través de esa desgracia. En las tardes largas y sin viento del estío, el enano le contaba historias y leyendas que había aprendido para los espectáculos de circo, llenas de gestos altisonantes, saltos de equilibrista y ruidos guturales. Y a pesar de que básicamente sabía solo dos, a las que sometía a variaciones infinitas, a Diego le divertía saber en qué peripecias pondría el enano en esa ocasión al caballero Bradamante o al hada Melusina.

Esa noche, sin embargo, no podía darse el gusto de pensamientos tan ensoñados. La comida se acababa por doquier. Los supermercados, saqueados sin paz desde que pasó el huracán, llegaban al único límite posible: el vacío. Las casas particulares y las bodegas solo exhibían las cavidades deshabitadas de congeladoras hacía mucho tiempo abiertas. La noche anterior había creído ver, entre los espejismos de la carretera, una disputa sangrienta entre dos de los locos

más pacíficos. Se mordisqueaban y se clavaban vidrios rotos en los ojos y la entrepierna, salpicados en los charcos de su propia sangre, por el cadáver de un tercero, que se descomponía a la intemperie.

«No debo distraerme», pensó Diego. Miró hacia el cielo negro, iluminado por una luna llena tan desértica como las calles que lo rodeaban y percibió a lo lejos una señal de humo, indicio de que algún tipo de vida inteligente pululaba hacia el oeste.

Diego sabía que si a esas alturas quedaba comida en algún sitio, debía ser en el área del barrio que habitaban los locos pitonisos. Tenía miedo de ir hacia allá porque estos gustaban de confundir y envolver a sus visitas, atraparlas con palabras en la desesperación de la soledad y los silencios, y empujarlas a la muerte. Temía sobre todo a Melissa, que habitaba en el centro de esa zona, y que, como amiga suya de tiempos de antes de la desgracia, sabía presionar y manipular los pocos secretos y resortes que guardaba en los pliegues sin salida de su mente.

Y debía ir. Sin apuro, orientó sus pasos hacia la antena tumbada de la estación televisora, que indicaba el comienzo del área de los pitonisos. Se envolvió aún más en su chompa en hilachas y se adentró a través de las calles que se precipitaban sin pausa hacia el mar.

Desde que pisó la vieja Calle de los Sueños Perfumados, Diego percibió que los tentáculos mentales de Melissa se extendían flameantes e ineluctables hacia él. No sabía exactamente cuáles eran sus habilidades, pero sentía la pulsión de su cerebro atormentado barnizando el perfil desgastado de los cuerpos. Melissa habitaba en el fondo de una hondonada cónica saturada de cachivaches y mampostería insalvable. Diego no había querido aproximarse, pero ya llevaba tres horas metiéndose sigilosamente a las casas, hurgando entre papel platinado de alacenas las sobras hociqueadas de los perros, y no había qué llevar para comer. El único sitio sin visitar era el supermercado hundido de la plaza principal, cuyo acceso solo era posible circundando la hondonada de Melissa.

Apenas asomó su cabeza sobre los cachivaches, la cara de Melissa salió de la oscuridad asfixiante que anidaba en el fondo de su hueco. Sacó medio cuerpo como una hormiga león acechando a las víctimas de su reino. Agitó la caballera pelirroja entreverada con basura y lo encaró a la distancia con esos ojos melancólicos de mosquita muerta, el rostro cerúleo de santa en los altares y la debilidad física propia de los tuberculosos. Soltó una carcajada al comprobar la falsa serenidad que se esforzaba en demostrar Diego.

—Qué tal, Diego —saludó con calculada inocencia—. ¿Qué te trae por aquí?

—Sabes perfectamente que no hay comida —le dijo, deteniéndose justo antes de donde empezaba el declive y la caída inevitable. No podía mirarla sino con el aliento contenido y las zozobras en la boca del estómago—. Paso por tus dominios porque el supermercado está detrás.

—¿Por qué me hablas así? —dijo ella, en un tono neutral que buscaba no sonar nervioso—. Parece que me tomas por un monstruo.

Diego parpadeó. No tenía motivos, pero lo esperaba la cordura esporádica de la chica, hacía que imaginara posible una salida a sus delirios.

Pero Melissa soltó otra carcajada y chasqueó la lengua en gesto de reprobación.

—Caíste —susurró, con una sonrisa demoníaca clavada de oreja a oreja—. Yo puedo abrir por la panza hasta lo que sueñas.

«Loca de mierda», pensó Diego, pero en verdad se maldecía a sí mismo, «me estás leyendo la mente».

La chica se sonrió, desvergonzada.

—Ya te repliegas—. Frunció el ceño, detectó los esfuerzos del chico por mantener la mente en un blanco purísimo—. Eres un cobarde. El juego es menos divertido.

—No vengo a jugar —contradijo Diego—. Voy a pasar por comida, te guste o no.

—Mis gustos no son importantes —chilló Melissa; luego, tomó aire, y su expresión se volvió el espejo de su adolescencia devastada; era la niña guapísima que recordaba Diego, sentada en las noches de otoño en el pórtico de su casa, pero lacerada como un ave muerta encontrada en el seno apestoso de un tiradero. Dijo con llaneza: —Vas a encontrar comida, pero también *menos*.

Diego negó con la cabeza automáticamente. Se le aceleraron los latidos, mientras miraba a otra parte, a la luna, y el viento helado se le metía entre las hilachas de la chompa.

—No queda nada de esa droga —dijo—. El huracán se la llevó como todo.

—No. Hay una Máquina que guardó muchas raciones en *mi* supermercado—. A Diego se le atravesó la imagen de una Máquina; se atragantó de solo percibir los contornos de cuerpo y pelo y escupitajo animalizados danzando en el aire. Melissa se señaló desafiante las fosas nasales: —¿Qué piensas que es esto que tengo en la nariz, si no?

El gesto obligó a Diego a extenderse hacia adelante y a aguzar la vista. Una lata oxidada cedió bajo sus pies y se le cortó el aliento. Furiosamente, echó todo su peso hacia atrás y se golpeó las espaldas contra unas tablas podridas en un impacto seco.

Melissa se rió en silencio, mientras él se levantaba.

—¿Por qué te cagas de miedo cuando estás conmigo? —le preguntó.

Diego no quiso ni contestar mentalmente, pero no pudo. «Porque me acuerdo de antes y tengo ilusiones que no deseo», pensó. Puso de inmediato su mente en blanco, sin verla, ocultando despavorido sus pensamientos: la noche plácida, el beso largo entre los labios de Melissa bajo un cielo sin nubes, el barrio vital, populoso, seguro.

Le bastó mirarla para saber que nada de eso volvería, pero, mejor aún, que ella había permanecido regocijada en su sorna y que no le había saqueado los pensamientos.

—Voy por la comida —dijo.

—Sentirás el hambre de los muertos —replicó ella, de nuevo serena, neutral—. Eso dice mi visión.

Diego sintió escalofríos.

—La mitad de lo que dices son mentiras para envolver a la gente —contradijo.

—Me incitan los dioses —dijo Melissa y se rió.

Diego decidió no entretenerse más y abandonar de una vez ese lugar. Si el nuevo amanecer lo sorprendía en el silencio de las calles, los locos delirantes lo distinguirían como un oasis en el desierto de su carestía. Se lanzarían desde sus nichos entre escombros, acicateados por el hambre y las alucinaciones, y lo despedazarían, en medio de las celebraciones de los pitonisos, que entonarían cánticos en una lengua desquiciada.

En menos de un minuto rodeó la hondonada y estuvo al otro lado. Se alejó sin despedirse de Melissa.

—Es una pena —susurró ella, absolutamente conmovida—. ¿No te das cuenta de que también siento lo mismo? Te amo muchísimo, Diego.

Siguió su camino procurando pensar en la comida que necesitaba y en el enano que esperaba, medio hambriento y medio desesperado por su soledad, allá en la casucha del tiradero de hojalata, pero las imágenes del pasado vinieron en cascada. Pensó en los viejos tiempos, cuando la pandilla corría por las calles del barrio como una escuadra de bombarderos, con el viento contra el cuerpo y los ruidos del tráfico atosigándole las sienas. Entonces, se metían en el polvo de desvanes apolillados para respirar extraviados el humo de la marihuana y explorar laberintos peores que las calles: ácidos, alucinógenos, la propia depresión del grupo en monólogos larguísimos, cruentos y devastadores que seguían sin tregua hasta el amanecer. Pero eran felices. A veces, la noche los premiaba con las confidencias de una amiga casi íntima, con sus quejidos de borracha reticente, mientras ellos se entendían con sus nalgas y el perfume vaporoso de su pelo. Y

apareció Melissa, para darle vuelta a todo. Pequeña, quinceañera, andrógina, con su cabello de fuego incendiando los áticos y las hogueras pavorosas de sus vidas. Se les metió entre ceja y ceja con su tono de voz de adivina, sus silencios escalofriantes, su belleza translúcida y sus pasos de maniquí de desfiles. La acecharon como lobos en jauría desde que la conocieron, pero no cedía ante nadie, no se abrazaba con nadie, no se acostaba, pero bailaba con cualquiera, los agotaba en conversaciones intrincadas, metafísicas, sobre sí mismos, y los lanzaba al final al rincón más oscuro de la fiesta, exánimes.

Diego, mientras veía a lo lejos el supermercado y apretaba el paso, volvió a vivir en la cabeza el tiempo en que besó a Melissa. Fue en otoño, cuando estaba harto de las insinuaciones de Carlos, el más viejo de la pandilla, que insistía en acompañarla hasta medianoche y Diego la recogía a la salida de la escuela, se iban juntos a caminar lejos y volvían luego de las primeras horas de la noche, cuando Carlos ya se había cansado de merodear. Recordó que se sentaron uno junto a otro bajo el soportal de la casa de Melissa, cansados de decirse frases geniales, de sentirse las personas más interesantes del mundo, y se besaron lento, largo, con los recovecos insalvables de ternura de los adolescentes. Cuando Diego se fue ese día de la casa de Melissa, no sabía qué iluminaba furiosamente el planeta entero, qué chillaba adentro, muy adentro, y que decía palabras y daba nombres que eran de puro goce.

—Entonces apareció el *menos*.

Las palabras sonaron tan claras que Diego pensó que las había dicho, pero se convenció de que las había dibujado en su mente con tanta precisión que habían terminado por sonar en su cabeza. Luego, pensó que tal vez ese era el primer signo de los tiempos por venir. El *menos* apareció como el ladrón en la noche de sus desvanes y de sus besos. Un día llegó al cuarto de Melissa y la encontró junto a un chico y una chica de la pandilla boqueando eufóricos, con los ojos en blanco, estaqueados de la nariz por el brillo de un polvo azul. Al final de la crisis, Melissa cayó en un sueño en el que vio sargazos, correccaminos, vientos violáceos

y la panza mastodóntica de un avión jumbo cruzando el Atlántico a una velocidad de los infiernos. Despertó para decirle a Diego que debían meterse juntos esa maravilla, que era dinamita explotando en flores en sus sesos. Vino una semana de refriegas violentas de *menos* como vidrio molido contra sus cerebros, una semana de climas continuos y bajadas planas, hasta que en el caos de cabezas desgredadas sobre la cama tasajeada de haces de tragaluces, se alzó la cabeza de Melissa saturada de truenos y zafiros y gritó: «¡Viene un viento y se llevará todo!». Y así se convirtió en loca pitonisa, y luego se cumplió el huracán, y tras él las marejadas, los muertos diarios, los entierros, y luego otro huracán y, finalmente, el barrio titiló, lanzó un grito desesperado y se hundió.

Diego entró al parqueo del supermercado sin confianza, pero todo lo traía de vuelta al huracán, a los muertos y a los últimos días. «Hay que llevar la comida al enano», se repitió como una manera de fijar el presente, de asirse a la vida cotidiana. Además, el enano detestaba la soledad y hacía diabluras: meaba la ropa de espantajo de Diego, se cagaba en el depósito de agua de lluvia e intentaba desarmar la casucha quitando las calaminas y escondiéndolas, y después decía que los gatos se las habían robado. «Qué mierda es», pensaba Diego, pero se reía al imaginar los malabares del enano para hacer todo ello, su cuerpecito patidifuso de monstruosa hermosura trepándose a escalas improvisadas de tablas podridas, agitando las manos con el martillo sacaclavos que medía la mitad de su tamaño y lanzando al aire las calaminas como quien juega con papel de carnaval. «Mejor me apuro», pensó Diego.

Pero el espacio olía a pasado, a huracán. Mientras caminaba por el parqueo vio descuajeringadas las carrocerías de por lo menos veinte autos. El edificio era un trozo oblongo de cemento sepultado por escombros hasta la altura de un metro, con entradas de vidrio y aluminio hechas añicos y cubiertas de un polvo espeso. Se metió reptando por una columna de basura que caía dentro y de inmediato sintió el olor a sapo podrido de la humedad concentrada. Estaba al

inicio de una oscuridad extensa, ondulante, tras la cual podían adivinarse vagamente los cuarteles de productos y las callejuelas de anaqueles tanto o más complejas que las del barrio externo.

«¿Y ahora? ¿Para dónde voy?», pensó, pero se planteaba direcciones para no pensar que todos los alimentos podían estar descompuestos.

Pateó al aire de asco. Entonces vio que el perfil sin siluetas de la oscuridad se abultaba. De un pedazo de sombras erizadas de antenas salía un cuerpo que excedía de lejos las dimensiones de un hombre. «¡La Máquina!», se dijo, acordándose de la advertencia de Melissa. Había visto muchas antes del huracán, pero siempre le resultaban igual de apabullantes.

—¿Quién anda ahí? —dijo una voz.

Sintió el latigazo del escalofrío. La luz que caía de afuera dio de lleno en caras gruñonas o rientes, brazos musculosos o canijos, piernas lampiñas, peludas, laceradas o simples muñones. Se dibujó con nitidez el revoltijo de cuerpos, hechos nudo, pelmaza, convulsionando bajo un movimiento que parecía coordinado por una única voluntad que no se podía situar en ninguno de ellos. Estaban sucísimos, soltaban una vaharada pestilente a cada movimiento y latían como una víscera agitada. Diego contó seis cabezas. «He visto antes a esa Máquina», se dijo, asombrado, parpadeando. «Las Máquinas se diferencian por el número de cuerpos», les instruyó un policía, antes de los huracanes, «nunca es el mismo».

—¡Diego! —lo identificó una de las cabezas, una de anciana, mientras una mano hurgaba sin dirección en las repisas y llevaba un objeto que permanecía a oscuras a la nariz de otra—. La pitonisa anduvo acertada. Nos dijo que vendrías.

Diego escuchó que una de las cabezas aspiraba larga y profundamente, y pensó que debía estar soñando. Pero estaba ahí. Por un instante, venció el asco y el miedo que le producía la proximidad física de la criatura y se acercó para distinguirla mejor. Vio una cabeza rapada de niño que se retorció suavemente contra el suelo. Era presa del éxtasis de la droga.

—¿Quieres *menos*? —dijo el niño, casi chillando. Se frotaba las narices.

Diego negó con una mueca para sí, pero acusó un latigazo de escalofrío que ascendía por su columna. Primero no lo quiso creer, aunque lo veía. Luego, agobiado de pálpitos, distinguió el *menos* que se esparcía por los suelos, sucio de lodo, entremezclado por el manoteo de las extremidades de la Máquina. «Ahí yace mi vieja felicidad», se dijo sin querer. No quiso pensarlo, pero lo admitió al fin: «Melissa dijo la verdad». Se obligó a tomar más aire, a serenarse: «¿Qué está pasando? ¿Cómo puede aparecer el *menos* de nuevo?». Miró a la Máquina con más ganas de vomitar. Sabía que la sustancia se había hecho humo luego del último huracán. Quiso imaginar hipótesis, pero sus pensamientos fueron tragados por una pulsión ansiosa, que lo cogía de los sesos. Quiso impedirlo. No quería sentir los síntomas de la abstinencia. Se impuso una cantaleta: todas las criaturas del barrio querían matarlo, por maldad o por hambre.

—Vengo a buscar alimento —declaró secamente.

Ignoraba por qué, pero empezó a imaginar que entraba en contacto con esa docena de ojos húmedos y viscosos que lo miraban. Las cabezas, macilentas y acezantes, lo empacaban en una atmósfera de náuseas y vahídos que no podía soportar. «No hablen jamás con las Máquinas», le habían indicado la policía, «son peores que las pitonisas».

—Nos la dio el fantasma de tu viejo amigo Carlos —le dijeron las cabezas, casi al mismo tiempo, vociferantes.

Diego buscó tomar más aire. Pensó en el enano que lo aguardaba. El pequeñuelo le había dicho: «Las Máquinas hablan cosas que no quieres jamás oír». Agregó, ceñudo: «Siempre dicen la verdad».

—¿Quieres o no? —le ofreció a gruñidos la cabeza de un cincuentón, agitando el polvo entre los dedos, con expresión desfachatada. Levantó el cuello y la cabeza emergió clarísima en medio del mejunje de cuerpos. Agregó, fingiendo descuido: —Pero casi me olvido. Ya has aspirado con Melissa en su hondonada.

«¡De qué habla!», se dijo Diego.

El enano apuntó desde el hueco de su memoria: «Las Máquinas te dicen la verdad que más detestas».

—Te han dicho la verdad —dijo una voz distinta.

Diego se quedó inmóvil. Identificó la voz. Era la misma que había oído cuando se metió al parqueo del supermercado. La había confundido con sus pensamientos: «Entonces apareció el *menos*». Era una voz del tiempo de los áticos, de la vida que se extendía cada noche por las calles y casonas y parecía un regalo inextinguible, y ellos solo seguían porque estaban desesperados, hartos, instintivos.

—Cuando el barrio no se le podía venir abajo a nadie, menos a ti, que tenías a Melissa.

Oyó la voz. Volteó hacia atrás. Lo vio. Vio a Carlos, el de la pandilla. O al menos parte de él: sus despojos cubiertos de harapos, la cicatriz de bala que le cortaba la cara desde la altura de las sienes.

—Hola, Diego —le dijo la aparición— ¿Te acuerdas que me asesinaste?

Diego intentó quitar la vista precipitadamente. Pero el palpito de miedos fue más fuerte, se lo llevó, lo empujó sin tregua, lo arrinconó contra una oscuridad asfixiante, total.

—Cuidado —dijo una cabeza de quinceañera, sumida en la penumbra de la Máquina—. Los perros bostezan.

Diego despertó a una escena inverosímil. Sintió alientos y sopores cálidos, abrazado tenuemente al cuerpo finísimo de una mujer. Casi al instante supo que era Melissa, que se le deslizaba como una madeja lábil entre sus manos. Yacía en una habitación pequeña, minuciosa, oscura. Lo rodeaba un caos de vestidos de chica, un equipo estéreo que se desgañitaba con el volumen muy bajo. Distinguía decenas de espejos y muñecas de colores y tamaños múltiples. Le cogía el cuello una angustia seca, casi sin aire.

—Melissa, qué hago... —preguntó en un tono apenas audible.

No podía pensar una explicación. Tuvo miedo de padecer una clase de vejeción, una violación, no supo por qué. ¿Cómo había llegado hasta ahí? Una luz sin fuente difundía por el cuarto pinceladas de color. ¿Dónde estaba la Máquina?

La chica le contestó casi contra su rostro, ciñéndolo entre sus brazos blancos y afilados. Olió suavemente su sudor, su perfume, su pelo de seda. Su voz lo envolvió como un bálsamo:

—A veces tienes mucha imaginación, querido. Me has dicho que has soñado con que al barrio se lo llevaban las tormentas. Y que cuidabas a un enano de circo. Que yo estaba loca y hacía vaticinios.

Se rió fingiendo malignidad.

—Imposible —negó Diego—. Acabo de despertar.

Sintió que el bálsamo de la voz se le derramaba como un líquido burbujeante.

—Los sueños son lagos —dijo Melissa.

Una entidad sin formas emergió desde una oscuridad espesa, repentina, que distinguió tapizada de las emanaciones más nítidas y azules que podía imaginar.

—Ya vienen —dijo la cabeza de la anciana, haciendo muecas de felicidad, a la niña en el seno de la Máquina.

—Carlos ha muerto, solo que camina —se rió la boca de una mujer gorda y desgreñada—. ¿No te has dado cuenta?

Diego abrió los ojos y pensó en las imágenes como en una madeja de colores. La pestilencia y la humedad se hacían tan penetrantes que definían el espacio: las estanterías, el aspecto de pantano, las callejuelas silenciadas, la lluvia incesante y la clausura del edificio.

—Ustedes están bromeando —trató de componerse, retorciéndose y retrocediendo—. ¡No he visto nada! ¡¿Cuál fantasma?!

—Bah, tonterías, chico —dijo la anciana haciendo un gesto de distracción—. Ándate si quieres... o sigue adelante. Hay comida conservada en las neveras, por el pasillo de los baños... Pero Carlos no te dejará ir. Primero te va a matar.

—Te voy a matar —anunció la voz que solo podía ser de Carlos.

Una mano señaló con vaguedad hacia el fondo de uno de los cuarteles hacia su derecha. Ni una pizca de claridad podía filtrarse desde afuera.

—¿Qué piensas que es esto que tengo en la nariz, si no? —dijo Melissa, mientras descansaban a su lado.

—¡Es el pasado de vuelta! —gritó Diego, con los ojos brillando en azul—. ¡Es el *pasado*!

Aspiró y el polvo y el viento se fueron por la hondonada.

Los olió a la distancia. Los escuchó aullar desde las montañas de hojalata más lejanas.

«¿Adónde van?», pensó Diego.

Se asomó por una grieta de su cerebro. Los vio precipitarse hacia la zona de los pitonisos desde un horizonte inundado de luz lunar. Se abalanzaban con zancadas violentas de demonios.

Cuando la jauría ensordecedora superó la casucha del enano, este se escondía bajo colchas y almohadones de harapos, víctima del pánico y de una temblorina convulsa.

—Parece que me quisieran morder —dijo Diego.

—¿De qué hablas? —susurró Melissa.

—De los sueños.

—A la derecha —indicó la cabeza del cincuentón insolente—, las neveras.

Diego caminaba dando tumbos en la oscuridad.

—Ya llegan al supermercado —anunció la anciana, en plena conmoción.

—¡Yo no maté a Carlos! —gritó Diego.

Su voz no sonó. Hizo espirales como agua en el fondo de un pozo. Extendió la mano en dirección de la sombra más intensa. Buscaba apoyo, pero la soltó, la empujó dando alaridos. Agitó la mano salvajemente, como si quisiera sacársela del cuerpo. La tenía cortada de astillas de vidrio que la trinchaban con un dolor apabullante. No soportó. Se desmayó acogotado de gritos que se acumulaban uno tras otro, sin espacio.

Solo había un pozo de agua muy azul.

—Es el color del *menos* —dijo Carlos.

—Qué extraño —dijo Melissa.

Diego estaba apoyado en silencio tras una columna de madera, en un livin de una casa en la que, estaba seguro, jamás había estado. La noche parecía una maldición de soñolencia. Pero podía ver hasta las estrellas más lejanas y cada titileo le perforaba el pensamiento. Había música, en otra sala, pero no sonaba. El livin era una burbuja de silencio. Sin motivos, miraba fijamente hacia el marco de una ventana antiquísima. Observaba hacia afuera. Había una plaza con una estatua de mujer que no tenía cabeza, una fila de butacas de mármol muy sucias. Adivinó un grito calle abajo, pero fue más silencio, silencio insoportable. Giró la cabeza a la izquierda y pudo ver a Melissa y a Carlos en ese livin, que conversaban tumbados en un sofá, ella con las piernas larguísimas de ninfa estiradas hacia él.

—Me alucinas desnuda —dijo Melissa.

—Tienes el tamaño del deseo —replicó Carlos.

Diego adivinó la cara de ave transida de Melissa, desvaneciéndose, mientras sus ojos húmedos, su boca de ansia, se lanzaban contra los labios de Carlos, y las lenguas se juntaban complacida y furiosamente, y había una algarabía de piernas

primorosamente desplegadas, de bragas de satines y temperaturas cosquilleantes, atizadas por el contacto atildado de la punta de los dedos.

«Pero el pasado no es así», se cogió Diego de la cabeza.

Melissa se alzó los pantalones de espaldas a Diego. El espacio olía a peluche y a música. Lo miró con el aire despojado, de tristeza y melancolía.

—No me amas —le dijo con suavidad, pero parecía pronunciado por altavoces.

—¡Por supuesto que la amas! —exclamó indignada la cabeza de la mujer obesa, mientras las otras cabezas se interponían en marabunta de aullidos y arañazos—. ¡Si no, no hubieras matado a Carlos!

—¡Los perros de Carlos! —chilló el niño—. ¡Por fin! ¡Por fin!

Diego se vio alzando la pistola, sacada a escondidas del tío policía, blandiéndola como una espada de obsidiana, de oscuridad sin filos. Se vio apuntándola a través de la mezcolanza de sitios de delirio y de tiempos que el huracán había desacomodado desde sus goznes. Se vio entrando a gatas a una cocina de una casa que no era suya y que sonaba como cientos de latas azotadas a martillazos batientes. Vio a Carlos que aspiraba *menos*. Vio el disparo como un ave en la oscuridad del aire salpicado de corpúsculos silenciosos, de reposteros boquiabiertos, de utensilios de cocina que explotaban a sus ojos, de vajilla voladora y despavorida, de cometas incendiados en medio de los vientos sin bozal del huracán.

La cara de Carlos cayó en silencio, medio calcinada, acanalada de extremo a extremo.

—Me mataste —balbuceó.

Diego alzó la mejilla del agua podrida. Una tenue luminosidad se filtraba hacia el cuartel de estanterías.

«Nada pasa», se dijo, sin deseos de levantarse.

Movió los ojos a la derecha y sintió el almizcle del animal. El perro se le abalanzó.

—¡Qué espanto! —dijo el chico de cabeza rapada—. ¿Acaso no lo ven? ¡Es horroroso! Son esos perros... ¡Parecen abominaciones!

—Son mis perros —dijo Carlos, escondiéndose en las sombras del supermercado.

Desde el malecón, Diego miraba hacia el mar. Era una tarde de gaviotas gritonas y nubes malas. Melissa se acomodó a su lado en la banca y le tocó el brazo para pasarle un sándwich de su canasta, mientras pateaba con los pies pequeños y descalzos la arena que se les juntaba. Diego tenía ganas de besárselos, dedos de seda y hada, pero ya habría tiempo después. Quería sentir la calma fresca y picante de la tarde. Cómo la brisa se le metía entre el cuerpo flaco, le rebanaba la humedad exuberante de los poros y le inflaba la ropa como una ligera tromba.

—¿Y qué pasa si el mundo se acaba como en mis sueños? —dijo ella.

—Nada —se rió Diego.

Agregó, mirándola implacable a los ojos:

—Te adoro, loca del carajo, ¿no es suficiente?

La tomó de los hombros en un abrazo alegre y violento.

—¡Se lo van a tragar! ¡Le sacan la cara! —dijo la cabeza de anciana, mientras las otras la tapaban, no la dejaban ver, y ella gritaba para hacerse espacio.

«Melissa», pensó Diego, corriendo a empujones, cayendo, volviéndose a alzar por los pasillos de lo que era a tramos el supermercado, las calles viejísimas o los corredores de un sitio adorado y desconocido. «¿Sabes?, eres mi única casa y te

pierdo». Quiso tener de nuevo quince años, quiso de nuevo al barrio, a sus padres, quiso a Melissa, quiso la calidez de su boca, el juego de sus manos que le pintaban la espalda de colores bajo los polos cuando se besaban o hacían el amor. Suspiró y volteó para adivinar el aliento de Melissa detrás de él, como siempre en las noches, tras usar sus cuerpos de lienzos y todos los dedos de pugnaces y delicados pinceles. Pero no la vio y sintió una nostalgia ácida. Solo entonces se dio cuenta del animal veloz que se le lanzaba a la nuca, furioso.

Los perros eran tres, corpulentos, de bellos babeantes, de osamenta compacta, y saltaban contra él como si fuera una pelota de espuma que desbaratar. Lo primero que percibió fueron sus mandíbulas que se le clavaban en un brazo, que le sacaban un pedazo de piel como una hilacha de tela y parecía un daño ajeno, una catástrofe irreparable que no le acontecía a él. Hasta que el dolor subió relampagueando y aulló, gritó sin ganas de gritar, harto porque llevaba haciéndolo en un silencio cataclísmico toda la noche. Y no oyó su grito. Los perros lo habían despojado en un mordisco indoloro de medio maxilar y la voz se le escapaba desbandada por el hueco de los cartílagos, sin boca donde resonar.

—¿Qué se siente? —se burló Carlos.

La tarde se había enfriado y Melissa sacó su chompa de la canasta. La olió como un gatito identifica lo que es suyo, y se la puso, oscura, la delineó esbelta, en medio de los gritos lejanos de las gaviotas. Luego, sacó una libreta de tapas multicolores y empezó a anotar palabras y frases sueltas que se le venían a la cabeza. Cada vez que terminaba una, se reía entre dientes.

—Mi mamá dice que tengo un sentido del humor contrahecho —le comentó a Diego y puso cara de hacer memoria.

El más grande de los perros le abrió el estómago a mordiscos. Los otros caían a dentelladas, ampliaban el corte y jalaban de un intestino. Se empecinaban

tirando de las vísceras como de lazos de un obsequio que no terminaban de abrir. «Me muero», pensó Diego, agitando los brazos.

Melissa cerró su libreta y, a lo lejos, un barco tocaba sus sirenas. Le explicó a Diego:

—Me acuerdo de las palabras que dice la gente y las anoto si me gustan. Luego, hago poemas. A los otros les parecen bonitos, pero no se dan cuenta de que son sus palabras. Ese es el engaño de los poemas.

Se puso de pie, caminó unos pasos y miró al mar, estirándose para desperezarse.

—Haces que la gente sienta lo que tú quieres con apenas palabras.

—¡El hada Melusina es una farsante! —dijo el enano—. ¡De día es una dama, pero de noche es una serpiente!

—¡Lo va a descubrir! —protestó a gritos la cabeza de la anciana, y las otras se agitaban frenéticas.

Melissa cogió su canasta y caminó hacia el barrio lentamente. Diego vio que se iba: finísima, de espaldas blancas, agitaba las caderas como cuando se fingía sexy.

Diego se puso de pie y fue tras ella. La alcanzó ágil y violento por la cintura desnuda. La sintió sedosa y cálida.

«Haces que la gente sienta lo que tú quieres con apenas palabras», pensó, «como las pitonisas».

—¡Lo ha descubierto! —vociferó la Máquina al unísono.

Era casi de noche. Diego sintió el vahído de niña torpe, el perfume suave. Melissa cogida entre sus brazos, encabritada en un beso largo de ciega y ahogada abriéndose paso al resplandor del aire. Luego, lo contempló con los ojos humedecidos.

—Te adoro, ¿sabes? Como a nadie —musitó.

«Todas las criaturas del barrio quieren matarme por hambre o locura», pensó Diego. El perro más próximo le desbarató los huesos de la cara y hundió sus zarpas en el cráneo. Los otros dos se sacaban de los hocicos las vísceras y seccionaban un brazo que asemejaba a los despojos de un maniquí viejísimo. Se abalanzaban a mascarle los sesos, a engullírselos, jadeantes e incansables. Cuando cesaban, lo hacían para tragar y escupir bocanadas de sangre. Entonces, se incendiaron sin previo aviso. Fueron fulminados por la flama punzante de un soplete invisible. Se desvanecieron en aparatosos lamparazos de oxígeno que se consumían sobre sí en golpes de aire tempestuosos y ensordecedores.

«Nunca existieron», se dijo Diego, «ni Carlos».

Luego, se extendió un silencio inflexible, casi de espacio precintado al vacío.

Abrió los ojos. Supo que yacía en una charca de agua helada, el cuerpo calado de pinchazos de humedad, la piel macerada en pestilencia. Tenía las espaldas mojadas tan frías que con cada aliento lo amenazaba un espasmo pulmonar. Se alzó agitando el agua y dando traspies, como pudo. Tomó más aire, queapestaba, y tosió. Habituó sus ojos a la espiral de sombras que se le imponían como único espectáculo. Luego, dio unos pasos, agitó la cabeza seca de barro para despejarse y el agua empozada hasta los tobillos le puso la piel de gallina, le dio más escalofríos, le indujo una nueva tos. Se sintió afiebrado, parpadeó para aclarar la vista, lo poco que la escasa luz le permitía ver. Situó, contra sus expectativas, un perfil indefinido de cuerpo humano boceteado a las malas por las sombras, y no le sorprendió en lo más mínimo la aparición: la imagen de un padre de familia encorbatado que sonreía con festín de muelas para la publicidad de una pasta de dientes.

«Otro chiste de Melissa», pensó Diego, leyendo esa imagen con ironía, demasiado curado de males para pensar ingenuamente.

Lo que sí lo incomodó fue el hecho de distinguir los objetos con nitidez, de no continuar ciego en la penumbra bien cosida de catafalco que poblaba el sitio. Descubrió que una luz blanca venía de sus espaldas, manchaba las cosas y las distancias con un esplendor constante; extendía un aura grave, sólida y antinatural. Giró preparado para encarar a cualquier criatura deforme, o a un demonio de topacio o diamante, pero se halló con unas vitrinas resplandecientes, bañadas en un fulgor de sodio que emanaban unos fluorescentes antiquísimos. Eran las neveras del supermercado, llenas de escarcha y paquetes de aluminio con la etiqueta de una compañía de hamburguesas, de la que casi se había olvidado por completo en esos tiempos.

Dilató los ojos, emocionado. Se pegó a los vidrios nublados de frío, pensando: «¡Comida! ¡Comida!». Agregó para sí, sin levantar censuras para esconder sus pensamientos: «¡Y no es engaño, ya me doy cuenta de qué forma me embauca, me ataca!».

Mientras se cuidaba de la manera en que deslizaba las tapas corredizas de la congeladora, se imaginaba la alegría del enano con tamaño atracán de carne y embutidos.

Se topó con la Máquina en el camino de vuelta. Distinguió su imagen extendida y oculta en una escala vacilante de grises a pocos metros de la bocanada de luz que se metía por una puerta del supermercado hecha pedazos. Permanecía casi inmóvil, navegando en un lodazal de una sustancia fibrosa, coloidal, azul. «La mucosidad que destila producto de la combustión psíquica», pensó Diego. Le pareció tonto y se sintió estúpido por no haberlo percibido. «La Máquina», le urgió un policía en el soportal del colegio, y llovía a cántaros, «cuídate cuando tenga *menos*. No se sabe cómo, pero inventa simulacros y te los mete a la fuerza en la conciencia». Cómo no lo había pensado. La Máquina acumuló la droga a quintales. Quería sujetarlo desde sus sueños y obsesiones, en combinación con Melissa. Las seis cabezas quemaban el *menos* en sus cerebros hasta que la sustancia

catalizaba sus facultades y proyectaban psíquicamente sus imágenes sobre sus víctimas. A la vez, debía estar en contacto con Melissa, porque solo ella era telépata y debió revisarle la mente cuando se descuidó hecho un sentimental en la visita a la hondonada. Con seguridad, sus sentidos telepáticos lo seguían desde kilómetros de distancia, a través de la mampostería y los escombros; por eso su impresión inicial en el área de los pitonisos, la andanada de recuerdos como si se los sacaran a lampadas de la memoria, las voces que dialogaban con sus pensamientos para que recordara más. «¡Se les llama Máquinas porque fabrican las imágenes que les transmiten las pitonisas!», se apresuró a gritarle el policía, se limpió la cara sucia de lluvia de huracán y se fue. Ahora lo entendía. Desde que se había metido a la Calle de los Sueños Perfumados, había imaginado la pulsión del cerebro atormentado de Melissa que barnizaba el perfil desgastado de los cuerpos, y jamás había andado tan certero.

Vio a las cabezas de la Máquina que dormían, agotadas por el proceso de combustión de la droga. No la odiaba. «Pobre animal», se dijo. Solo sentía furia ácida por sus propias inconsistencias. Le molestaba la facilidad con que Melissa se había infiltrado en sus temores y la Máquina había construido la escenografía que moldeaba su mundo íntimo. «¡El color azul!», se exasperó. «No había consumido *menos*. ¡Me estaba bombardeando una mente repleta de él!». Pero debía sentirse aliviado en lo más hondo: había sobrevivido una vez más, aunque desconocía cabalmente para qué. Dándole vueltas, se regocijó en la pura alegría elemental, muy humana, de comer carne de nuevo esa noche.

Mientras la dejaba atrás e iniciaba la escalada de la columna de basura, una de las cabezas de la Máquina se movió.

—¿Adónde te escapas... Diego? —dijo, entre bostezos. Pero no pudo continuar porque el sueño la tumbaba.

Emergió al aire frío de la noche. La atmósfera gélida y húmeda lo golpeó como a olas. El panorama familiar, pero ahora gratamente asombroso, se extendía

por millas hasta el horizonte. Las casas, los edificios, los árboles dispersos, la carpa abandonada del circo, los sinuosos caminos que veía desplegarse por doquier, inacabables, compartían la naturaleza de la niebla. Hacía un frío y una niebla incomparables. Se sintió demasiado húmedo, en exceso estremecido por el agua coagulada en la atmósfera, pero no podía hacer nada. Si se quitaba la chompa, el viento helado con sereno del amanecer terminaría por amorarlo o inmovilizarlo. Decidió que lo mejor era caminar, llevar la comida de una vez y calentarla bajo el fuego que encendía el enano allá, lejos, en la casucha de las marismas. Se exprimió el extremo deshilachado de la chompa. Avanzó por el estacionamiento casi contento. Se imaginaba las quejas aguardientosas del enano. «Muy tarde», gritaría, «¿crees que te voy a estar esperando?». Y luego se tragaría dos hamburguesas de un bocado. No se aguantó, se rió.

Volvió por la Calle de los Sueños Perfumados. No demoró en adentrarse entre los nidos de los locos pitonisos. La hondonada de Melissa estaba ahí, como siempre, un embudo de latas oxidadas de diámetro creciente, socavado por las muchas caídas de víctimas ingenuas. Melissa apareció desde el fondo de su hoyo. Lucía confusa, frágil y descubierta.

—Quédate —le susurró, sin embargo, mirándolo, con gesto imperioso, de maga.

Diego se percató de las artes de telépatha trasteando en sus pensamientos. Sin embargo, solo permitió que contactase con las imágenes y emociones inevitables. Una nostalgia aluviónica de ella. El cuerpo de niña navegando en sus manos, los dedos de vieja adivina. La cadencia de sus pasos, la voz que musitaba: «Te adoro, ¿sabes? Como a nadie».

Diego se dijo: «Pero siempre andas sembrando espejismos».

—Quédate —insistió Melissa.

No soportó la congoja, las ganas de besarla en pensamientos, de acariciarle los cabellos húmedos. Sin embargo, añadió una despedida, una emoción cortante. Apartó la vista de ella y observó displicente el barrio que jamás volvería a ser.

—¿No entiendes, verdad? —le dijo, mientras metía las manos en los bolsillos, donde también escondía la carne. Quería insultar, berrear y escupir improprios, pero solo soltó uno, que musitó y escuchó sin solemnidades, pero que le pareció incuestionable como un grito, como esa noche:

—Tengo que cuidar al enano, Melissa.

Quiso explicarse. Añadir que el mundo era el espacio de bestias y furias que los circundaba, y no los sueños y las culpas de su vieja adolescencia. Pero se dio cuenta de que no deseaba hacerlo, de que deseaba meterse a encontrar su camino y el fuego de la comida en ese acuario blanquecino que era la ciudad antes de las luces del alba.

—¡Hay que cuidar al enano! —le gritó, mientras se alejaba y continuaba hacia las marismas.

Entonces lo sorprendió la plenitud del amanecer. Casi sin aviso, pudo distinguir sobre los escarpados de las montañas de hojalata aquella zona de la ciudad que el enano y él habían bautizado el Camino de las Lozas Amarillas. El estrecho sendero que conducía a las casuchas de las marismas resplandecía como si le hubieran echado una cera mágica con la nueva luz del sol.



## EL FRANCO TIRADOR

FRANCO AMANECIÓ una vez más desvelado, dándose ánimos. Llevaba tres días sin dormir. Con frecuencia, los sueños terminaban por sacudirlo a gritos, lo despertaban. Era cuando se daba cuenta de que aún permanecía en la colina más alta del parque, en la intemperie. Desde ahí, podía ver casi todas las calles cubiertas de escombros, el puente tendido sobre la autopista y los avances de la niebla que venía desde el mar.

Como era habitual, apretó su fusil contra el cuerpo, se levantó y empezó a caminar entre la infinidad de cascotes. «Tiene que haber personas», pensó. Hacía días que no veía a ningún sobreviviente del huracán, ni siquiera a los locos que se escaparon de la clínica de salud mental. «¿Adónde pueden haberse ido?», cavilaba, mientras salía del parque. Y bajo sus especulaciones había una verdad que ni se atrevía a pensar: «Es imposible que me haya quedado solo».

En su camino, a veces, el sueño le ganaba el paso. «Los sobrevivientes del huracán deben de haber huido luego de percatarse de que los mataban», se decía. Le daba vueltas a la idea. Casi podía asegurar que los vivos no estaban lo suficientemente locos para no entender que alguien los mataba. Miró las avenidas de fango. Decidió seguir adelante hacia el oeste, a verificar los señuelos que había dejado hacía una semana. Mientras subía y bajaba con cuidado por una serie de terraplenes, pensaba: «Si hay modificaciones, alguien debe de haber pasado durante la noche». Silencioso, miraba desconfiado las fracturas del asfalto. «Ya hace cinco días...», se dijo. Recordó que la última persona que vio había sido un

anciano al que mató durante el crepúsculo en un tiradero de hojalata. Desde entonces, solo falsas alarmas. «Todos muertos o tal vez escondidos».

Al medio día, cercado por un calor abultadamente seco, entró en lo que fue una loza deportiva. Ahora era un trapecio sin forma en medio de un terral, con farallones carcomidos que fueron paredes de edificios. Ahí había distribuido, como en otro sitios, unas columnas de piedrecillas disparejas, sus señuelos favoritos. Examinó la estabilidad de cada una y concluyó que estaban perfectas: ni un viento de los de antes podía tumbarlas, pero un temblor minúsculo, consecuencia de los pasos de una persona, inevitablemente las traería abajo. Y estaban perfectas, intactas. Se exasperó y se desalentó a la vez. «Estoy harto de caminar en círculos». Se fue escupiendo polvo hacia el paredón que protegía inútilmente la loza deportiva. Se preguntó: «¿Las personas se hacen humo para que no las asesinen?».

Se apoyó en el paredón y percibió una vez más el peso incalculable de su sueño. Como nunca antes, tenía empozada en las pestañas el malhumor constante de los escombros, la oscuridad perpetua de las casas, la pestilencia del lodo que picaba. Se rebeló contra esa sensación. Sabía que volvería a soñar el sueño. El de siempre: las imágenes tumultuosas de una cárcel que jamás había padecido. Estaba atrapado en una habitación diminuta de caliza, agrietada, como tras un cataclismo. Tenía una salida tapiada, la única salida, pero sabía que le estaba prohibida. Lo asaltaban las voces y la fiebre se le metía a la cabeza. Experimentaba la sensación vaga de un mensaje seductor que no podía oír, que deseaba y que se le escapaba tras el tacto de las paredes.

Rechazó el sueño con asco. Se puso de pie, agitando la cabeza. Entonces vio a la chica.

Caminaba como a unos treinta metros de él, por un declive largo y polvoriento. Era una muchacha rubia, no tenía más de veinte años y llevaba una peinetita en la frente que destellaba contra el sol. A Franco le pareció una estrella

fugaz. Vestía un pantalón gris que ceñía sus piernas largas, esbeltas, y una blusa con tiras aún más apretada y oscura, que la mostraba exultante, de senos pequeños y hombros y brazos blanquísimos.

Parecía vestida para una fiesta, pero Franco no podía imaginar adónde iba en medio del paisaje bombardeado por los huracanes. Le asustó la naturalidad con que se desplazaba. Esa gracia etérea con que esquivaba las vigas. Caminaba como omitiendo el mundo, pero sin distracción. En ese estado espiritual, sin embargo, su expresión delataba la intención de llegar a alguna parte. Por el camino que seguía, Franco solo pudo especular que se dirigía hacia el océano.

Permaneció inmóvil, apoyado en el paredón, mientras la muchacha se alejaba. Estaba confuso, buscó tocarse el pulso en la muñeca y en el cuello. Quiso saber si la mala comida y el hábito de la intemperie por fin lo hacían ver visiones. Lo sintió normal; alzó el fusil y centró a la muchacha en la mirilla, como lo había hecho innumerables veces después del primer huracán. Inexorablemente, vio cómo la chica desaparecía tras una montaña de basura. Se puso de pie, hartado de ese tiempo desesperante y muelle, y no se detuvo a pensar que, en esas circunstancias, se juntaban demasiados imposibles. Se precipitó corriendo tras ella, cauto, silencioso.

La vio tan pronto trepó a la montaña de basura. La chica bajaba con prisa por un terraplén que se empinaba cada vez más. Marchaba hacia los pabellones de la vieja escuela secundaria, arrancados de raíz por los vientos de los huracanes. Franco se colocó a su paso, a una distancia constante de veinte metros, sin atreverse a disparar. «¿Adónde va?», se preguntó. Pensó que se dirigía a una madriguera. Los sobrevivientes se volvían animales; adquirían los hábitos de bestias: se enterraban en el suelo hasta la altura de la cabeza y perdían la memoria de su vida humana. Siguiendo a la chica, tal vez encontraría a los otros, a los que no aparecían. Evitó fijarse en el temblor cálido que le producía verla de espaldas, con las nalgas ondulando. No pudo evitar precipitarse cuando ella se hundió en las sombras de una galería profunda. «No se me va a escapar», se dijo, y saltó a

un intervalo de oscuridad que lo desesperó como si fuera aceite y se ahogara en él. Salió a un pasillo estrecho, flanqueado por cuartuchos devastados que botaban un olor a podredumbre. Buscó a la chica con los ojos: seguía adelante. «Aquí han muerto demasiados», maldijo, tapándose las narices. Debía ser una zona de servicio, refundida en las entrañas de la escuela, tal vez una lavandería, en la que muchos se habían considerado protegidos. No contaron con que el último huracán levantaría las casas desde sus cimientos.

La chica se abrió camino entre esos cuartos saltando sobre las maderas podridas, a través de huecos en los muros. Franco imaginaba satisfechos sus anhelos. «Una madriguera», se repetía, «tiene que ser una madriguera». La siguió hasta una habitación delimitada por tres columnas y una pared en escombros. En el muro, al lado de unos retretes, había una puerta diminuta, de goznes oxidados y de apariencia sólida. Franco vio cómo la chica la abría, sin que ofreciera la menor resistencia. Luego, se metía adentro, a más sombras. Desde su puesto de observación, no supo qué pensar. En otras circunstancias, hubiera temido una emboscada. Pero no estaba seguro de que, a esas alturas, los sobrevivientes pudieran idear alguna trampa. Sin embargo, cualquier cosa era preferible a ese silencio. Se dio ánimos. Se metió, sin pensarlo, en la oscuridad.

Al otro lado, descubrió un barullo insoportable y un número incalculable de personas. Era una habitación que se le antojaba profunda y cavernosa. Demoró unos instantes en adaptar su visión a la semipenumbra que lo circundaba. Sintió el movimiento de cuerpos que se desplazaban por doquier. Franco se quedó inmóvil, incapaz de entender. Cuando pudo imaginar su posición, el barullo se transformó, se dividió en gritos como agujas en sus oídos. Distinguió voces, alaridos, música. Estaba atrapado entre cuerpos que lo rozaban en un *pandemonium* pegajoso. Angustiado, sintió el miedo antiguo a lo imposible. Quiso, con desesperación, que sus sentidos le transmitieran algo distinto. La memoria le

dio una explicación inverosímil, pero que se imponía desde el halo fantasmal que circundaba a todas las siluetas. *Estaba en una fiesta. Eso era una fiesta.*

Avanzó unos pasos y fue ordenando con lentitud sus percepciones. No podía sacar los ojos de la masa de cuerpos que saltaba y se movía al compás de la música. Apenas divisaba a hombres y a mujeres, vestidos con una extravagancia desconocida. Usaban afeites y ornamentos que no lograba discernir. Casi no había rostros identificables. La mayoría llevaba máscaras de cartón con rasgos de seres desafortados, terminadas en una cornamenta incipiente. Se percató con facilidad de que nadie en ese sitio estaba armado. Renunció de plano a hacer la matanza que le hubiera exigido su desconcierto. Le ganaba la curiosidad. Desplegó la correa del fusil y se lo acomodó al hombro. Por un segundo, tuvo un sentimiento extraño que espantó con un movimiento de cabeza: tuvo ganas de participar con ellos en la fiesta.

—¿Sabes qué significa ese sueño tuyo de la habitación de caliza?

Franco volteó a ver quién le hablaba. Una mujer había aparecido a su lado sin previa advertencia. Le pareció extrañamente familiar. Tenía la cara huesuda, los cabellos cortos y sus ojos destellaban como canicas. De su cuello pendía inexpresiva una máscara de ave.

—No lo sabes, lo suponía —lo miró, escéptica—. Es todo un problema eso de solo mirarse a sí mis...

Hizo un ademán de menosprecio y extendió un vaso de licor hacia él. Franco aceptó sin pensar y se dio cuenta de que el miedo y el asombro no eran tan urgentes como la necesidad imperiosa de satisfacer su sed. Pensó, devanándose los sesos: «¿Cómo sabe de un sueño que nunca le he contado a nadie?». Tomó asiento junto a ella, que intempestivamente se había acomodado con las piernas cruzadas en el suelo. Miró con mayor atención sus facciones, buscando separarlas de los danzantes enmascarados que sembraban el aire con sus olores de alcohol y sus gritos festivos.

—¿Camila...? —la identificó, sin creer.

—El problema es muy sencillo —continuó ella, como si no lo hubiera oído, pero con los ojos fijos en su cara—. Es una línea la que une tus fracasos. Desde que te alejas hasta que empiezas a matar gente. ¿Qué pensaste? ¿Que desde más alto ibas a ver mejor?

A Franco se le juntó el sonido de esa voz en otra época, los ademanes de esa mujer con menos años, a esa voz y a esa mujer, y se sintió estremecido. Había tratado con Camila en una época de clases y cuadernos, cuando aún no había huracanes. Mucho tiempo después, aún la percibía como frío en los huesos y calidez en lo hondo de la cabeza. Se había enamorado de ella a fuerza de mirarla a los ojos mientras conversaban, de narrarle cuentos de caballeros y hadas en las tardes de un invierno cálido; la había imaginado caminando desnuda, avanzado espantada, como un venado en medio de un bosque lluvioso.

La volvió a ver de frente a los ojos después de diez años, sintiéndose incapaz de olvidar cada una de las emociones pasadas. Su malestar físico solo le confirmó que el espíritu era una mezcla de instintos y fragilidades. Quiso tener una frase valiosa, vital, pero no se le ocurrió ninguna. Tal vez debía decir que sentía en el alma tener que encontrarla ahí, en ese lugar, y con una obligación tan clara en la conciencia.

Ella seguía:

—Siempre estabas demasiado pendiente de los otros.

Detrás de Camila, vio pasar a la chica rubia, con el pelo más corto y la peinetada destellando sin sol. Hurgaba con la mirada en todas direcciones hasta que por fin halló un agujero entre los cuerpos y los sonidos, y se metió a través de él. Su cabello se agitaba como un faro baliza entre las máscaras desvaídas de faunos, aves y cervatos. Su brillo sacó a Franco del marasmo. No debía pensar que nada era real. Debía ser víctima de una alucinación.

Camila lo cercó con la voz:

—Siempre me juzgabas y, sin embargo, nunca me escuchabas.

Franco descolgó su fusil y lo empuñó, ajeno a medias a sus palabras:

—Estabas ensimismado y mis ideas te parecían estúpidas.

La dejó de escuchar apenas avanzó tres pasos en la multitud, persiguiendo la luz titilante del cabello de la chica. No podía olvidarse de que ella era la víctima. Si no, las alucinaciones y los delirios terminarían por matarlo. Se abrió salida a codazos entre los danzantes, que lo ignoraban como si fuera de humo. Cuando la tuvo más cerca, silueteada contra la semipenumbra, le pareció una gata de ancas danzantes. Sintió ganas de tocarlas. Le extrañó el impulso porque hacía meses que no se sabía sexual. Le iba a apuntar, pero la chica se introdujo entre bailarinas enmascaradas que escondían el acceso a un salón cavernoso mucho más amplio. Antorchas de fuegos amarillos y azules se distribuían a lo largo de este. Había un gentío mucho más abigarrado, convulso. Franco miró a izquierda y derecha, y se dio cuenta de que la chica rubia no estaba.

—Hola, Franco —le dijo una voz de mujer.

Hubo una pausa en sus movimientos. Identificó la voz de inmediato. Una chica con máscara de estatua y melena abundante se había detenido frente a él. Se quitó la máscara. Distinguió unos ojos castaños y sus cabellos ensortijados, la piel de aceituna blanquísima. Su expresión de felicidad hacía cosquillas. De un salto, envolvió el cuello de Franco con sus brazos y lo apretó con fuerza. Franco sintió los senos voluminosos contra su pecho y quiso por un instante acariciarlos.

—Hola, Mariana —respondió, incrédulo.

—No has cambiado nada —sonrió ella—. Siempre apareces de pronto, parece como si espieras.

Franco retrocedió para verla de pies a cabeza y, al mismo tiempo, pensó en la última vez que la vio, antes de las primeras tormentas. Había deseado acostarse con ella durante años, pero se habían juntado en una amistad difícil, llena de celos y pleitos sin justificación. En aquel tiempo, su insomnio era un calidoscopio de cuerpos tumultuosos de Mariana, acariciados con furor. Ahora, teniéndola a un paso, se percató de que las ganas no habían cesado. Se imaginó a sí mismo

deslizando su rostro entre sus senos, boqueando de los desvaríos de la posesión. «¿Y la chica rubia?», pensó por un instante. Una vez más se sintió tironeado por la preocupación y la curiosidad. «¿Qué me sucede?», murmuró para sus adentros, mientras su visión se volvía una sucesión de imágenes fluctuantes.

—¿No te acuerdas de lo que pasó la última vez? —dijo, sosteniéndola de los brazos con cierta aprehensión.

—¿Por qué te complicas la vida? —sonrió Mariana sabiamente.

Franco recordó la pelea, los insultos, las manos entrelazadas sin dirección.

—Te insulté, te dije que eras una puta.

Mariana volvió a sonreír, pero solo con la mirada. Le guiñó un ojo.

—¿Y qué? ¿Le importa a alguien?

Le tocó la nariz con el extremo de un dedo.

—Te enfurecía que me acostara con otros y no contigo.

Franco no supo qué contestar. Ella retrocedió, lo miró con sorna. Se alzó el polo. Se lo quitó por encima de la cabeza, peleando contra su cabellera. Con su movimiento, se descubrieron tensas dos esferas de carne exultante satinada de pecas, rematadas en una aureola oscura y un pezón erecto, de animal excitado.

—¿Quieres acariciarlos? —le dijo muy lentamente.

Franco la miró desnuda, contra el fondo de la fiesta sin fin. Tuvo ganas de bajarle los pantalones y encabalgarla húmeda y procaz, con la mirada plena de sexo, sobre su virilidad. Pero antes vio cómo otros danzantes se acercaban silentes, trazando los pasos de una emboscada. No se movían como hombres, sino como tentáculos prensiles de una bestia gigantesca. La tomaron por los senos, se los acariciaron fanáticamente como depositarios de un placer inaccesible. Mariana se libró un instante de sus brazos de bestia para desabotonarse los pantalones. Con los primeros gemidos de la chica, Franco se abalanzó sobre sus senos sin pensar, entremezclando lengua, saliva y pezones, mientras con las manos buscó el calor huyente de la grupa alzada y estimuló con los dedos la apertura de las nalgas, y el cuerpo de Mariana se revolcaba húmedo y plástico contra él.

—No participabas de esto —le murmuró Mariana al oído—. Nos odiabas porque no sintonizabas con las ceremonias del amor.

Franco frenó en seco, completamente alterado. Tenía un sinfín de percepciones que le estrangulaban las sienas y la seguridad de que ella estaba en lo cierto. No interesaba cuánto se entreverara desesperadamente contra el cuerpo, las piernas o esa bestia de mil brazos. Él era una entidad ajena, dueña de una indiferencia única. Dejó de moverse y aspiró el aire cargado que emanaba de esa multitud inverosímil. Mariana se masturbaba entre ellos dispuesta a llegar a la cúspide de su goce.

—Ese es el sentido del sueño de la habitación de caliza —dijo otra voz.

Observó a un viejo, envuelto vaporosamente en harapos superpuestos. Supo quién era desde un inicio. Identificó los ojos sin luz, el mentón autoritario, el ademán de los caballeros antiguos. Lo vio avanzar sin adelantar un pie, devorando espacio como si lo refundiera entre los pliegues de su traje, y sintió miedo.

—Abuelo —murmuró—, estás muerto.

El anciano cogió el fusil que estaba tirado en el suelo y se lo calzó entre las manos.

—Es un buen fusil —comentó—. Yo cazaba con él... ¿A cuántos has matado?

—A casi todos —contestó Franco, sin poder escapar de sus palabras ni de la aparición—. Falta la chica rubia.

—Ya caerá —se rió el viejo—. Eres un chico con suerte.

Acercó sus labios al oído de Franco y susurró confidencialmente:

—Siempre tuviste razón. Tus cacerías son justas. Todos son culpables. Imbéciles como Camila o bestias como Mariana.

—No, abuelo —negó Franco, azorado ante sí mismo.

En ese instante, tuvo el sueño frente a los ojos, como una pintura a la luz del día. Era la habitación de caliza, claustrofóbica, diminuta. Las grietas aumentaban cuando las voces eran más altas y numerosas. Él se lanzaba, cómplice, para tumbar

las paredes escuálidas y compactas y escuchar lo que le decían: mensajes indispensables y confortantes que no podía asir.

—No —dijo—. Si fuera cierto lo que dices, no los desearía dentro de mí, diciéndome cosas.

El anciano se le quedó mirando y se rió nuevamente:

—Nadie puede *decir cosas*. ¿Te acuerdas cuando fallecí? Me asfixiaba de las ganas de decir. No quería morirme ¿Y sirvió para algo...? Uno se muere simplemente... ¡Jamás nadie *dice cosas*!

Agregó, revolviéndose, rumiando:

—Pero tú quieres ser quien condena y mata... y quieres que te hablen a la vez. ¿No te das cuenta de que no se puede?

Franco percibió que los bailarines se movían. Retrocedían hacia una penumbra pegajosa que había vuelto, no sabía de dónde. Entre ellos, la chica rubia cimbreaaba como un reptil hacia un destino indescifrable. Su cabello de cometa trazaba un camino que Franco sentía de milenios. No escuchaba a su abuelo y a la vez sí. Sentía que debía continuar y asestarle a la chica un balazo en la cabeza. Se colgó al pensamiento como a un extremo de cordura.

—Eres cómplice —dijo el abuelo, desde el hueco de luz en que se había refugiado. Sonrió. —Porque siempre amaste la belleza. Mira sino a Mariana, a Camila, a la chica rubia, a cualquier otra. Aprendiste a apreciarla hasta el hartazgo. Pero descubriste también sus defectos, sus suciedades y no pudiste soportarlo. Decidiste acabar con ello.

Franco ya no oía. Había atrapado por fin la idea: «Disparar». Alzó su arma, mientras resonaba la voz del viejo, y apuntó hacia el pelo deslumbrante de la chica. «Si se sale de alguna parte», pensó, angustiado, «debe ser a través de alguien».

—No pienses en chivos expiatorios o en sacrificios —escuchó que decía el anciano, como si le leyera el pensamiento—. Dios no oye. Es como las medusas.

«Disparo o me vuelvo loco», se apremió Franco, jadeando.

Centró la mira, apresurado, pero ya no pudo ver nada. Buscó a la chica rubia al cálculo, entre una oscuridad cada vez más intensa. Pensó por un instante que el aliento del huracán se había metido bajo tierra y ahogaba con su humedad antigua el fuego de las antorchas. Cuando bajó la mira, distinguió a la chica muy adelante. Sin darse cuenta empezó a dar trancos cada vez más y más largos. Sin pensarlo, estaba corriendo y no podía alcanzarla por más que se esforzaba. Sintió que subía a través de un aire espeso, que atravesaba en su ascenso capas geológicas sin tiempo, que lo tocaban algas antediluvianas, que respiraba trasminado el polvo de cientos de cometas.

Le zumbaban los oídos cuando distinguió la claridad de la noche que se abría ante sí, al final de lo que se había transformado en una larguísima caverna.

«Afuera, por fin», pensó Franco.

Saltó al exterior, mojado de humedad y sorprendido ante el frescor del aire. Una luna gigantesca, tachonada de cráteres, iluminaba los cielos, y había una playa devastada y un mar negro de espumas blanquísimas que combatían en sordina.

Franco vio a la chica, siempre adelante, que caminaba sin tregua sobre la arena mojada, deprisa, con los cabellos mezclados por el viento y la luz fantasmal de la noche. La miró y se percibió jadeante, con los pulmones hinchados de cada paso de su inacabable caminata. La playa se le abalanzó a los ojos en el cielo sin nubes, sus piernas trazaron arcos sobre su cabeza y supo que se había caído y daba vueltas contra la arena. Frenó su caída, no supo cómo, quizá contra una duna. Respiró hondo el aire salino y se puso de pie y miró en dirección a la chica. Elástica, se iba sin parar. Nada la detenía.

Sin embargo, tampoco nada obstaculizaba un disparo directo a su cabellera iluminada. Franco se supo harto, atolondrado hasta la asfixia por las olas, por esa noche vacía, por el planeta silencioso. Quiso acabar con sus alucinaciones de muertos y mujeres. Solo un balazo, y de nuevo volvería al orden sempiterno de los asesinatos, sin abuelos resurrectos, sin Camilas locuaces y sin Marianas de cuerpos bovinos, intensos e indeseables.

—Adiós, belleza o lo que seas —murmuró.

Apuntó a la muñequita dorada y negra que se iba, al hada danzante en su mira, a esa cola de cometa jaspeada de luna. Centró el objetivo con la escuadra exacta de su ojo y disparó con un estruendo que despertó griteríos de gaviotas a lo largo de kilómetros de playas.

Oyó entonces la voz de su abuelo, diciendo un antiguo sonsonete que había escuchado de niño, muchos años antes, en el tiempo en que nadie soñaba con los huracanes:

—La belleza no está en las cosas, sino en los ojos que miran.

Y Franco se dio cuenta de que ambos habían acertado: su abuelo y él. Ya no estaba apuntando a una muchacha que escapaba asustada bajo la noche cósmica. Los gritos de gaviotas se asieron a su conciencia como a un pez arrancado de las aguas. Se supo sentado en cuclillas, con la espalda apoyada en un paredón viejísimo, el cuerpo como espejo desbaratado al calor del mediodía, convulsionando en un sueño insano que lo cogía de las sienes. Abrió los ojos para imaginar una inmensa amapola roja que florecía dentro de su cráneo y crecía hasta no dejar espacio. Tenía el cañón del fusil encajado en la boca e iba a disparar.

«Mis ojos», fue lo último que pensó.

*A Michelle Osterhage*

# ÍNDICE

*Sábado*

11

*Hombre en el espejo*

25

*La Hermandad y La Luna*

41

*El Inventario de las Naves*

61

*Proximidad del huracán*

87

*Orestes*

101

*El francotirador*

125

EL INVENTARIO DE LAS NAVES  
se terminó de imprimir en  
septiembre de 2005 en los talleres  
de Páginas del Perú S. A. C.  
laberintos@paginasdelperu.com

## Resultados Premio Nacional PUCP 2004

Premio Nacional PUCP 2004  
de ensayo

Luis Andrade Ciudad

*Aguas turbias, aguas cristalitas.*

*El mundo de los sueños en los Andes  
surcentrales*

Premio Nacional PUCP 2004  
de narrativa

Alexis Iparraguirre

*El Inventario de las Naves*

Premio Nacional PUCP 2004  
de poesía

Elio Vélez Marquina

*Sansón ebanista*

Finalista en categoría ensayo

Paul Laurent

*Teología y política absolutista en la  
génesis del derecho moderno*

Finalista en categoría narrativa

Rossana Díaz Costa

*Los olvidados*

Finalista en categoría narrativa

Pedro Llosa

*Protocolo Rorschach*

Finalista en categoría poesía

Paul Forsyth

*Laberinto*

Finalista en categoría poesía

Luis Jara

*Coloquio de los libros*

La decadencia de un barrio ante la fuerza inclemente de un huracán sirve de paralelo para narrar la agonía de una clase media que sucumbe ante sus pasiones y su frustración. En la Calle de los Sueños Perfumados conviven niños genios que leen el tarot, un hombre que emerge del espejo y un asesino en serie fanático de la *Ikada*; pero, sobre todo, seres errantes con manías y carencias tan lejanas como familiares. Ni siquiera el menos, esa droga sintética y azul que consumen los personajes, los libra de la soledad y la pesadumbre. No se trata solo de sucesos fantásticos, sino de la destrucción de un reino que resuena como profecía milenaria en cada uno de estos relatos. Los lectores asistimos a este descubrimiento con una mezcla de pavor y reverencia: el temor a que nuestro paraíso urbano no sea más que una tierra de fantasmas. Alexis Iparraquirre es el cronista de este singular universo, quizá el más perturbador de nuestra narrativa reciente.

auspicia

FUNDACIÓN

Carlos Rodríguez-Pastor Mendoza

ISBN 978-9972-42-732-3



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ  
FONDO EDITORIAL 2005

colabora

El Comercio